

**Nuevas perspectivas
en Historia Intelectual**



Universidad
Nacional
de Quilmes

AA.VV.: “Nuevas perspectivas en Historia Intelectual”. Maestría en Historia Intelectual de la Universidad Nacional de Quilmes (UNQ). Revista Intercambios. La letra del Encuentro VIII (1). Secretaría de Posgrado, Universidad Nacional de Quilmes. Edición electrónica en .pdf, 116 PP, 1459 KB. Marzo de 2023. Disponible para descarga: <http://posgrado.blog.unq.edu.ar/>

STAFF

Directora

Mg. Nancy Díaz Larrañaga

Difusión

Esp. Alejandra Cajal

Mg. Victoria Maniago

Coordinadora editorial

Lic. Sandra Santilli

Corrección y revisión editorial

Edit. María Angélica Sangronis

Maquetación

Lic. María Sol Di Lorenzo

Diseño de portada

Mg. Victoria Maniago

Revista Intercambios. La Letra del Encuentro

ISSN: 2591-6580

Esta obra es editada por:

Secretaría de Posgrado - Universidad Nacional de Quilmes

Oficina N° 71 - Primer piso - Ala Sur

Roque Sáenz Peña 352, Bernal

Buenos Aires, Argentina (B1876BXD)



Esta obra está licenciada bajo la Licencia Creative Commons Atribución – No Comercial – Sin Obra Derivada 4.0 Internacional. Para ver una copia de esta licencia, visita <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>.

UNIVERSIDAD NACIONAL DE QUILMES

Rector

Mg. Alfredo Alfonso

Vicerrectora

Dra. María Alejandra Zinni

Secretaria de Posgrado

Mg. Nancy Díaz Larrañaga

Maestría en Historia Intelectual

DIRECTOR

Dr. Martín Bergel

COMISIÓN ACADÉMICA

Dr. Sebastián Carassai

Dr. Jorge Myers

Dra. Laura Prado

Dra. Ana Lucía Magrini

ÍNDICE

1. Presentación

10. La Maestría en Historia Intelectual y los desafíos de un campo disciplinar
Martín Bergel

2. La historia intelectual latinoamericana, entre tradición y renovación

14. Dilemas actuales de la historia intelectual latinoamericana. Una conversación con Elías Palti y Jorge Myers
Magdalena Fernández García, Adriana Milano y Pablo Torres

3. Nuevos abordajes en historia intelectual latinoamericana

36. El fármaco en las fronteras de la historia intelectual
Julio Ramos
48. Universidad, izquierda y Guerra Fría en el Uruguay de los 60
Vania Markarian

4. Concurso de ensayos de los alumnos de la Maestría

64. Arquitectura y revistas culturales: surgimiento y primeros pasos de *Summa* durante los años 60
Ana Brandoni

5. La historia intelectual como campo plural: perspectivas renovadas y cruces disciplinares

84. Una Nueva China en México: pensar la nación a fines del siglo XIX y principios del XX
Pablo Blitstein
96. Historia intelectual y sectores subalternos: cruces y diálogos
Magdalena Candiotti

6. Historia cultural e historia intelectual

106. Roger Chartier y la historia intelectual. Un diálogo con Jorge Myers
Roger Chartier y Jorge Myers

*Nuevas perspectivas
en Historia Intelectual*



**Inter
cambios** LA LETRA DEL ENCUENTRO

Publicación de la Secretaría de Posgrado
UNIVERSIDAD NACIONAL DE QUILMES



La presente edición, dedicada a la Maestría en Historia Intelectual de la Universidad Nacional de Quilmes, reúne un conjunto de materiales que ofrecen testimonio de un campo amplio y poroso de la historia intelectual, en diálogo constante con el conjunto de las humanidades, y en interrogación permanente de sus propias fronteras disciplinares. Se recorren nuevas formas de abordar la historia intelectual que confrontan a la disciplina con sus propios supuestos, reflexionan sobre los intercambios entre la historia cultural y la historia intelectual, así como invitan a transitar de la historia de los conceptos a la historia social de los intelectuales, desde la historia cultural urbana a la de los artefactos materiales.

Maestría en Historia Intelectual
UNIVERSIDAD NACIONAL DE QUILMES
www.unq.edu.ar



1. Presentación

LA MAESTRÍA EN HISTORIA INTELECTUAL Y LOS DESAFÍOS DE UN CAMPO DISCIPLINAR



Martín Bergel

Doctor en Historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Es investigador independiente del CONICET y del Centro de Historia Intelectual, además de profesor de Historia de América Latina en la Universidad de San Martín.

Fue investigador visitante de la Universidad de Harvard, *Senior Fellow* del Center for Advanced Latin American Studies (CALAS) y *Mercator Fellow* del programa "Global Intellectual History" de la Universidad Libre de Berlín. Fue además profesor visitante en la Universidad de San Pablo, la Fundación Getulio Vargas de Río de Janeiro, El Colegio de México y la Universidad de Shanghai. Publicó, entre otros libros, *El Oriente desplazado. Los intelectuales y los orígenes del tercermundismo en Argentina* (2015, tercer premio en los Premios Nacionales 2019), y *José Carlos Mariátegui. Antología* (2020). Es el actual director de la Maestría en Historia Intelectual.

A fines del 2020, en pleno proceso de la pandemia del COVID-19, se inauguraba la Maestría en Historia Intelectual, un proyecto ideado y construido colectivamente desde el Centro de Historia Intelectual (CHI) de la Universidad Nacional de Quilmes. La iniciativa materializaba un largo y postergado anhelo del Centro, cuyos primeros bosquejos tuvieron hace muchos años por inicial impulsor a Oscar Terán, su fundador. El CHI, creado en 1994 y hoy reconocido a nivel continental como una de las principales instituciones consagradas a la historia intelectual, sumaba así a sus actividades una instancia pedagógica que se propone ser un espacio de formación y disseminación de la labor acumulada en su ya prolongada trayectoria.

Dentro de las orientaciones historiográficas que se han desplegado en las últimas décadas en Argentina, el desarrollo de un campo de historia intelectual tiene como presupuesto la idea de que los intelectuales y sus formulaciones conceptuales tuvieron un papel de relieve en el pasado de las sociedades del continente. Pero, desde la creación misma del CHI, ese punto de partida se abrió, en el seno de la institución, hacia una pluralidad de perspectivas. Así, desde la historia de los conceptos a la historia social de los intelectuales, desde la historia cultural urbana a la de los artefactos materiales que han permitido el diálogo y la divulgación de las ideas --vertientes que han tenido destacados cultores en miembros fundadores del Centro como Carlos Altamirano, Elías Palti, Adrián Gorelik o Jorge Myers--, el CHI sobresalió por propiciar un campo amplio y poroso de historia intelectual, en diálogo constante con el conjunto de las humanidades, y en interrogación permanente de sus propias fronteras disciplinares. Y si ese sesgo presidió el itinerario de *Prismas*, la revista del Centro que acaba de cumplir un cuarto de siglo de vida, otro tanto ocurre con la flamante Maestría, también concebida bajo ese espíritu hospitalario a diversos modos de indagación de la historia cultural e intelectual.

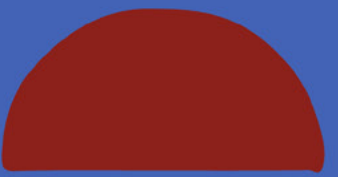
La presente edición de *La Letra del Encuentro*, enteramente dedicada a la Maestría en Historia Intelectual, reúne un conjunto de materiales que ofrecen testimonio de esa concepción de un campo de investigación y docencia que se quiere autorreflexivo y abierto a nuevos objetos y enfoques. Abre el número una entrevista que tres alumnos de la primera cohorte de la Maestría hicieron a Jorge Myers y Elías Palti, en la que estos destacados miembros del CHI recorren tanto sus propias trayectorias como los clivajes que propiciaron en tiempo reciente la emergencia de nuevos modos de concebir a la historia intelectual. Esa preocupación por abordar temas y preguntas renovadas que confronten a la disciplina con sus propios supuestos, se observa también en dos secciones que recuperan presentaciones de destacados colegas invitados a los Seminarios de Actualización Disciplinar I y II, dos materias del tronco de la Maestría. En la primera de ellas, se reproducen los textos de dos conferencias brindadas por Julio Ramos y Vania Markarian; en la segunda, las exposiciones y el diálogo con los alumnos de otros dos investigadores invitados, Pablo Blitstein y Magdale-

na Candiotti. Otra sección de la edición está dedicada a un concurso de ensayos organizado por la Maestría entre sus alumnos. Se publica allí el artículo ganador, de Ana Brandoni. Finalmente, la entrega se cierra con la reproducción de la actividad que hizo las veces de apertura del año académico 2021. En ella, Jorge Myers ofició de interlocutor de Roger Chartier, invitado por la Maestría a reflexionar sobre los puentes entre la historia cultural y la historia intelectual.

En definitiva, los textos que integran esta edición, surgidos del trayecto aún joven de la Maestría en Historia Intelectual, abrevan todos, a mayor o menor distancia, en una creencia compartida: la de la experimentación permanente como fuente para la expansión de un campo, el de la historia intelectual, que tanto en la docencia como en la investigación tiene aún mucho por brindar no solo en Argentina sino en el conjunto de países de la región.

Dr. Martín Bergel

Director de la Maestría en Historia Intelectual



2. La historia intelectual latinoamericana, entre tradición y renovación

La historia intelectual es un campo de bordes difusos, tanto en cuanto a su diálogo con otras zonas disciplinares, como en relación a sus conexiones con las tradiciones de historia de las ideas, de largo arraigo en América Latina. En la siguiente conversación con tres estudiantes avanzados de la Maestría en Historia Intelectual -Magdalena Fernández, Pablo Torres y

Adriana Milano-, dos figuras de larga trayectoria en el área, Elías Palti y Jorge Myers (miembros fundadores del Centro de Historia Intelectual y profesores de la Maestría), recorren su propio itinerario intelectual, a la vez que repasan y discuten los cambios en el perfil reciente de la disciplina.

Dilemas actuales de la historia intelectual latinoamericana. Una conversación con Elías Palti y Jorge Myers



Jorge Myers

Licenciado y magíster en Historia por la Universidad de Cambridge y la Universidad de Stanford. Es autor de *Orden y virtud: el discurso republicano del régimen rosista*; es compilador del tomo I de *Historia de los intelectuales en América Latina* y autor de numerosos artículos en revistas especializadas. Myers es profesor titular en la Universidad Nacional de Quilmes, ha sido *Tinker Visiting Professor* en la Universidad de Chicago, profesor "Chaire des Amériques" en Paris-Sorbonne y profesor visitante en PUC/Río de Janeiro.



Elías Palti

Doctor en Historia por la Universidad de California en Berkeley, ha realizado estudios posdoctorales en El Colegio de México y en la Universidad de Harvard. Es docente en la Universidad Nacional de Quilmes (UNQ), en la Universidad de Buenos Aires (UBA) e investigador de Conicet. Entre sus libros más importantes se hallan *Giro lingüístico e historia intelectual*, *Aporías, Verdades y saberes del marxismo* y *Una arqueología de lo político*. Ha publicado más de 90 artículos en revistas especializadas de 18 países y ha sido ganador del Premio "Leopoldo Zea", edición 2021.



Magdalena Fernández García

Arquitecta de la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo, Universidad de la República, Uruguay (FADU, UdelaR), estudiante de la Maestría en Historia Intelectual, Universidad Nacional de Quilmes (UNQ), Argentina. Es integrante del Instituto de Historia de la FADU-UdelaR. Es docente ayudante en tres unidades curriculares dedicadas a la Historia de la Arquitectura del siglo XX. Publicó "El socialismo es acción: los socialistas uruguayos y el modelo vienés" (*Revista Vitruvia* 3, 2017) y, en coautoría, *Liga de la Construcción del Uruguay: 100 años* (2019). Es responsable del proyecto de investigación *Walter Domingo y los Centros de Barrio de Tacuarembó*, financiado por la Comisión Sectorial de Investigación Científica (CSIC).

Adriana Milano

Doctora en Historia, licenciada en Historia y contadora pública por la Universidad Nacional de Rosario (UNR). Es docente de grado en la Facultad de Humanidades y Artes (UNR). Es investigadora del IECH (CONICET-UNR). Ha publicado artículos y reseñas en revistas del país y del exterior; es coautora de capítulos en obras colectivas y de un libro de su autoría dedicado a la figura del gobernador santafesino Francisco Antonio Candiotti (Prometeo Editorial, 2021). En el marco de la tesis de maestría en Historia Intelectual de la UNQ, investiga los usos del incaismo en el contexto intelectual y político rioplatense de las primeras décadas del siglo XIX.



Pablo Torres

Profesor de Historia por la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario (UNR) y becario doctoral por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), con lugar de trabajo en Investigaciones Socio Históricas Regionales (ISHIR), Rosario. Se desempeña como docente de nivel medio y universitario en la Facultad de Humanidades y Artes (UNR). Ha indagado en torno a la relación entre las organizaciones político-militares y el movimiento obrero, como también en aspectos y trayectorias de las culturas de izquierdas. Actualmente desarrolla su tesis de maestría y doctorado sobre el itinerario político-intelectual de Luis Franco.

¿Cómo sintetizaría su recorrido personal en la historia intelectual? ¿Cuáles fueron algunas de las grandes influencias –desde libros, espacios a docentes– que marcaron su recorrido por la historia intelectual?

Elías Palti: En mi adolescencia estudiaba música al mismo tiempo que desarrollaba una actividad política. Esto último me llevó a interesarme en cuestiones referidas a la teoría política y la teoría de la historia, que, en realidad, se conjugaban bien con mis preocupaciones estéticas derivadas de mi vocación como músico vinculado, además, al teatro (en esos años compuse música para varias de las obras de un grupo de teatro alternativo). Mis lecturas eran así más bien eclécticas y dispersas. Además de los clásicos del pensamiento de izquierda, me interesaban algunas de las corrientes más recientes en el campo de las humanidades, particularmente, la semiótica (sobre todo, la obra de Eco, Cerroni y Kristeva) y la epistemología (especialmente, la francesa). Tuve también una etapa de entusiasmo desbordado con todo aquello vinculado con el llamado estructuralismo genético y, en particular, con la obra de Piaget, que prácticamente devoré entera. Poco a poco, las preocupaciones político-intelectuales me fueron absorbiendo e hicieron que mi vocación por ser músico se fuera oscureciendo. Por momentos recuerdo con añoranza los años de estudio en el Conservatorio Nacional, siempre rodeado de música. Pero lo cierto es que mis intereses teóricos se fueron ampliando y todo ya no cabía en un solo cuerpo y una sola cabeza. Al final, una vez vuelta la democracia, me decidí a iniciar estudios más sistemáticos e ingresé a la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Dudé al inscribirme entre la filosofía y la historia, pero me incliné por la última ya que me interesaba darle cierta encarnadura empírica a los debates teóricos.

Según recuerdo, fueron años muy intensos, de gran agitación intelectual, luego de los tiempos oscuros de la dictadura. El regreso a la universidad de toda una gene-

ración de docentes exiliados o apartados del medio académico (como Terán, Sazbón, Altamirano, Sarlo, Sábato y tantos otros) fue un impulso decisivo para la renovación de los estudios en el área de las humanidades, y esto nos infundió un entusiasmo, una avidez, particularmente notable entre los que entonces éramos estudiantes. Vimos allí la oportunidad de internarnos en terrenos intelectuales muy diversos y novedosos para nosotros. El recuerdo que tengo de esos años es mi imagen frente a la lista de cursos y seminarios ofrecidos y el impulso de inscribirme en todos ellos. Esto me llevó a incursionar por diversos campos. Me anoté en cursos y seminarios de otras carreras, además de Historia, como Letras y Filosofía. Varios en el área de filosofía de la ciencia. Me familiaricé así con la línea de pensamiento que va de Carnap a Feyerabend, pasando por Popper, Lakatos, Kuhn, y, sobre todo, con la llamada “concepción no-enunciativa” de las teorías científicas de Wolfgang Stegmüller y el “círculo de Berlín”, cuya obra estudié de forma minuciosa.

Ya hacia el final de mi carrera me convocó Terán para incorporarme a la cátedra de Pensamiento Argentino y Latinoamericano y fue allí que creí encontrar finalmente aquello que me motivó todos esos años. De algún modo, según descubrí en ese momento, la historia intelectual era, justamente, ese cruce entre historia y teoría que buscaba. También por impulso de Terán, comencé a leer la obra de Foucault. *Las palabras y las cosas* me marcó profundamente hasta el día de hoy. De hecho, me permitió integrar esos recursos y herramientas conceptuales dispersas que había adquirido en ese intrincado recorrido mío por los claustros universitarios. Si tuviera que resumir hoy cuál creo que ha sido, a la sazón, mi aporte a la historia intelectual, diría que fue el haber completado y, en cierta forma, refinado, el proyecto foucaultiano de una “arqueología del saber.” En todo caso, entiendo que el trazado que Foucault realiza por los diversos regímenes de saber, convenientemente reformulado, ofrece aun hoy un marco fundamental para elaborar una pers-

pectiva más compleja y un mayor rigor histórico en los estudios en el área.

Un punto de inflexión importante en mi trayectoria intelectual fue el momento en que comencé a escribir mi tesis de Licenciatura, primero, y de Maestría, luego. En ellas estudiaba al pensamiento romántico en Argentina, y debo decir que la primera sensación que tuve fue de una enorme decepción. Prácticamente todos los estudios al respecto, salvo muy pocas excepciones, y la mayoría provenientes por fuera del ámbito de la historia, giraban en torno de una misma preocupación: el determinar si el pensamiento de autores como Sarmiento o Alberdi era más historicista que iluminista, o viceversa, o una mezcla ecléctica entre historicismo e iluminismo. Incluso uno de los fundadores de la historia de ideas en Argentina formuló esto en términos de porcentajes relativos. Las ideas de tal autor, decía, eran 80% historicistas y 20% iluministas, las de tal otro 40% historicistas y 60% iluministas, y así sucesivamente. Esto era ya una exageración, pero lo cierto es que llegó un punto en que estaba harto de ver repetido siempre lo mismo, la misma discusión acerca de cuán romántico o cuán ilustrado era tal o cual autor. Aun cuando me dispusiera a hallar nuevas ideas y temas, tan pronto como avanzaba en la lectura de la bibliografía especializada, me invadía siempre esa horrible sensación: “no, de nuevo no!!!”. Definitivamente, no era eso lo que me interesaba escribir. Me prometí que antes de ponerme a discutir si Sarmiento o Alberdi eran más iluministas que historicistas, o viceversa (o algunas de las antinomias correlativas que articulaban los estudios en el área de la historia de ideas), prefería salir a manejar un taxi...

Entonces sabía ya qué *no* quería decir, pero todavía me faltaba saber qué quería decir, qué otras preguntas se le pueden hacer a los textos que no sean esas. Es aquí que ese malestar dio lugar a una búsqueda teórica. Mi estadía en Berkeley fue, en ese sentido, clave. Para quienes no tuvieron esa experiencia, es difícil imaginar la sensación

que produce el tener la oportunidad de estudiar en un lugar así. Encontrarme solamente ante una biblioteca con diez millones de volúmenes, donde estaba todo lo que podía llegar a querer leer y, por supuesto, mucho más que ni siquiera imaginaba, era, como decía Borges, lo más cercano al Paraíso. Quería fotocopíármelos todos. Lo cierto es que, en un campus como ese, uno puede encontrar trabajando allí, en el área que se le ocurra, siempre a alguno de sus referentes fundamentales. Tuve, en fin, la oportunidad de trabajar con docentes e intelectuales excepcionales, como Tulio Halperin Donghi, que fue mi director de tesis de doctorado, Martín Jay y Julio Ramos, quienes formaron parte de mi comité de tesis, y tantos otros. El punto es que allí pude conocer y profundizar en la obra de aquellos autores que por esos años habían renovado de manera decisiva los estudios en el campo de la historia intelectual, como Skinner, Pocock, Koselleck, Blumenberg, etc. Y estas lecturas me permitieron elaborar un cierto marco teórico a partir del cual plantear otros interrogantes a los textos que no fueran aquellos ya trillados y propios de la “vieja” historia de ideas. Esta, pues, fue la base a partir de la cual se habría luego de desplegar mi obra posterior.

Jorge Myers: El trabajo del historiador (o de la historiadora) se produce, siempre, de forma situada: en un tiempo y en un lugar específicos que le han tocado, a él o a ella, ocupar un poco por azar y un poco como el resultado de decisiones concretas a lo largo del tiempo. El hecho es que nadie, cuando es niño, comienza su vida pensando que quiere ser historiador/a intelectual cuando sea grande. Mi propio recorrido escolar y académico -que me ha llevado a especializarme en la historia intelectual- ha sido el producto, primero, de afinidades electivas que se han dado -sobre todo al principio- de forma bastante azarosa; segundo, de la insatisfacción que me producía la hegemonía (en el ámbito universitario anglosajón donde cursé mis estudios de grado) de la historia social y económica (en desmedro de toda

reflexión historiográfica sobre lo político o lo cultural); y, tercero -ya como estudiante de doctorado y después- de las preguntas surgidas del propio trabajo concreto de investigación, una vez emprendido. Cuando era niño, el azar quiso que descubriera, cuando tenía 10 u 11 años, que la historia de la literatura podía ser tan conmovedora como la literatura misma: cayó en mis manos entonces el libro *Billion Year Spree* de Brian Aldiss, en el que se narra la historia de la ciencia ficción -género que entonces era mi pasión dominante- desde la antigüedad hasta el presente (años 1970), y me fascinó, ofreciéndome un primer anticipo del gusto que me genera el trabajo sobre los textos y sus contextos, si bien desvinculado -como corresponde en la experiencia infantil- de las preocupaciones más teóricas, metodológicas y ético-políticas que animarían mi trabajo adulto. Otras lecturas fortuitas de la misma época -una edición abreviada de la *Declinación y caída del Imperio Romano* de Edward Gibbon que destacaba los capítulos sobre aspectos culturales, o *The Making of the Middle Ages* de Richard Southern, medievalista inglés- despertaron en mí la curiosidad por la historia de la cultura y del pensamiento. La insatisfacción con el tipo de historia que prevalecía en mis cursos universitarios es algo que empecé a sentir sobre todo a partir de mis años en el posgrado en Stanford University. Quizás porque había conocido otras formas de hacer historia en Cambridge -y en particular en los cursos de David Brading- me aguijoneaba la sensación de que estaba ausente la dimensión intelectual de la nueva historiografía latinoamericanista que se estaba produciendo entonces en los Estados Unidos -mucho de ella de gran calidad académica-: ésta la insatisfacción que me llevó a estudiar por mi cuenta cada vez más textos teóricos relacionados a la historia del pensamiento, y a leer cada vez más historia cultural e intelectual. Mi impresión era que en el campo de la historia latinoamericanista, dominado por la producción estadounidense en aquellos años -hay que recordar que las dictaduras obturaban la circulación

de mucha de la producción latinoamericana nueva que entonces comenzaba a despuntar, o lisa y llanamente no la permitían-, carecía de investigaciones sólidas en historia intelectual. Obras clave de historia del pensamiento argentino y latinoamericano como las de Tulio Halperin Donghi, Héctor Aguilar Camín o Carlos Real de Azúa aparecían entonces como rarísimas -y brillantes- excepciones. Es por ello que quise explorar justamente la dimensión intelectual de la historia latinoamericana al realizar mi investigación doctoral.

En cuanto al rol de mi propio trabajo de investigación en acercarme a la historia intelectual, creo que (aún antes de saber demasiado bien cómo se denominaban las perspectivas pertinentes) desde el inicio me di cuenta de que para responder a las preguntas sobre la historia rioplatense en la primera mitad del siglo XIX que mi tesis doctoral proponía explorar, el material que estaba explorando me exigía prestarle atención no solo a las ideas -que entonces entendía en términos de una historia de las ideas clásica, como la que realizaba Isaiah Berlin-, sino también a los discursos o lenguajes que circulaban de modo masivo entre la población -historia del discurso y de los conceptos-, y a las instituciones que hacían posible la presencia de esas ideas y esos discursos, como las universidades, las imprentas o editoriales, los periódicos y revistas -historia social de los intelectuales e historia intelectual-. Lo importante -me pareció entonces y me sigue pareciendo ahora- era recuperar y reconstruir aquello que los actores del pasado habían pensado estar haciendo en el momento de hacerlo, y para ello era necesario en primer término prestarle atención a la dimensión discursiva junto con el contexto que definía sus condiciones de posibilidad.

Tanto mis trabajos sobre el pensamiento romántico, cuanto mi trabajo sobre el discurso republicano empleado por los actores políticos durante la era rosista, buscaron responder a esta inquietud; y su realización me

obligó a echar mano, de forma ecléctica, de distintos insumos teóricos y metodológicos, hallados en campos del saber que iban desde la historia intelectual y de las ideas hasta la historia del libro, la historia social de los intelectuales, o la historia de las disciplinas y de las instituciones educativas. Y también la historia intelectual hermenéutica propuesta por Claude Lefort y la historia conceptual, todas ellas sobrevoladas por las largas sombras de Foucault y de Gramsci.

El recorrido que he seguido luego de haberme definido como especialista en temas de historia intelectual -con mi tesis doctoral y mi primer libro- ha seguido la huella de mi propia insatisfacción con lo adquirido. En mi caso, mientras iba especializándome cada vez más en la historia intelectual del siglo XIX rioplatense -primera mitad-, dos cuestiones pasaron a preocuparme de forma cada vez más insistente: por un lado, la necesidad de colocar el espacio rioplatense dentro del marco de una exploración densa (en el sentido de Clifford Geertz) de la historia intelectual de toda la región latinoamericana (incluyendo a México, Brasil y el Caribe) como paso necesario para una comprensión más exacta del sentido de los fenómenos culturales que había estado estudiando en el plano local; y, segundo, la necesidad de explorar de forma igualmente completa el devenir de los temas que en mi trabajo había venido privilegiando -como los discursos republicanos o los vocabularios conceptuales socialistas, liberales, etc., o como la propia institución social del intelectual-, mediante la ampliación del mismo hasta incluir también temas centrados en el siglo XX latinoamericano -esto último, en parte, como un complemento y correctivo a la historia contextual de las ideas, cuya premisa básica es estudiar la historia del pensamiento *como si uno fuera su contemporáneo*. Ello implica, para evitar toda prolepsis, colocar una epojé entre el momento estudiado y lo que vino después: y, sin embargo, lo que vino después existe y no puede ser dejado de lado por el análisis histórico que busque una plena comprensión.

Un segundo paso necesario luego de la contextualización es, me parece, pues, la reconexión de esa historia contextual precisamente reconstruida con todas las derivas posteriores que pudieron desestabilizar (o desestabilizan) el sentido intrínseco de las ideas y discursos que el trabajo previo ha recuperado. La segunda época de mi recorrido por la historia intelectual ha tendido por ello a abordar también el siglo veinte, y a incorporar de forma cada vez más especializada la historia intelectual de toda América Latina, no solo del Río de la Plata y sus aledaños. En síntesis, si quisiera definir sucintamente el objeto de estudio que ha definido mi recorrido por la historia intelectual durante cuarenta años, éste parecería consistir en los universos intelectuales habitados por las élites letradas latinoamericanas durante los siglos XIX y XX, junto con los procesos que colaboraron en la elaboración de los mismos.

Cinco trabajos concretos han sido el resultado (publicados a veces como obra única, otras desparrramados entre muchos ensayos de extensión breve o mediana -o aún inéditos como mi tesis doctoral en inglés-): 1) el análisis del discurso republicano y de las corrientes ideológicas presentes en el Río de la Plata en la época de Rivadavia y de Rosas; 2) el mundo intelectual de las élites letradas que se identificaron con una ideología romántica; 3) la historia social de los intelectuales latinoamericanos desde fines del siglo XVIII hasta mediados del siglo XX; 4) la historia intelectual del movimiento historiográfico y de crítica cultural que se autodenominó "los humanistas de América" (años 1930 a 1960); y 5) un análisis histórico de las formas de subjetivación de la objetividad adoptadas por los intelectuales latinoamericanos en el curso del siglo XX, a través de una producción periautográfica -es decir, en lenguaje más llano pero también menos preciso, el análisis histórico de la literatura autobiográfica de los intelectuales latinoamericanos-.

La segunda parte de esta pregunta es aún más difícil

de responder que la primera, ya que el campo de las “influencias” –término que me provoca, por otra parte, reparos teóricos importantes– es siempre sumamente complejo. Articularé mi respuesta entonces en torno a la siguiente pregunta, que formulo de dos maneras: ¿Cómo se forma un historiador dedicado a la historia intelectual? ¿De dónde sale esa inclinación? En primer término, creo que los contactos directos con docentes, colegas, o –en los años universitarios– con los compañeros de estudio tienden a jugar siempre –en mi caso lo han hecho– un rol decisivo. En la secundaria, en un colegio inglés, tuve la buena fortuna de tener como docente a un excelente profesor especializado en el siglo XIX, Timothy Stunt, egresado de Cambridge y con interés por la historia de las ideas religiosas: fue en sus clases que conocí por primera vez a autores de historia de las ideas, como Isaiah Berlin, de la cultura y de los intelectuales (Huizinga, Élie Halévy, Derek Beales). Mi camino intelectual adulto ha seguido un camino muy diverso al suyo pero el recuerdo de las conversaciones con él permanece indeleble en mi memoria.

Las figuras decisivas en mi trayectoria como historiador intelectual (y como historiador tout court) han sido, sin embargo, Tulio Halperin Donghi, cuya obra ha sido siempre para mí un faro en medio de las incertezas, sombras e ilusiones que componen el fluir de los hechos que estudiamos los historiadores, y cuya conversación, desde que fui su alumno en los años 1980 hasta su fallecimiento, supo ser un venero inagotable de ideas e intuiciones acerca de nuestro campo; y Oscar Terán –cuya verdaderamente original perspectiva, colocada en el interfase entre la filosofía y la historia, deja sentir sus resonancias en todas mis investigaciones–. Fue la lectura de dos de sus libros tempranos –sobre José Ingenieros, uno, sobre Aníbal Ponce el otro (más artículos suyos en *Punto de Vista* –y de otros integrantes de esa revista–)– lo que confirmó mi decisión de instalarme definitivamente en la Argentina, luego de largos años de vida en el exterior. Las

conversaciones con Oscar siempre me deparaban nuevos conocimientos, sugerencias para nuevas lecturas, puntos de vista que al contradecir o cuestionar los míos, me obligaban a ejercer con mayor rigor el oficio de pensar la historia. El “modo Terán” de pensar los problemas historiográficos y filosóficos era el de un trabajo constante de “repensar”: luego de entusiasmos intensísimos con distintos marcos teóricos, tomaba distancia, buscaba sus puntos ciegos y sus endebles, los sometía a reflexión acerada y visceral, aproximándose y distanciándose constantemente de esos autores alguna vez predilectos, y ello movido por las preguntas e inquietudes que su posición situada en el espacio y en el tiempo –la Argentina de la lenta invención democrática pos 1983– le suscitaban.

Entre las personas vivas que han dejado huella en mi modo de hacer historia intelectual, sin agotar ni siquiera remotamente la lista, no puedo dejar de mencionar a Carlos Altamirano –maître à penser fundamental– ni a Hugo Vezzetti (ni tampoco a Beatriz Sarlo, Jorge Dotti o María Teresa Gramuglio a quienes leí y frecuenté en el marco de la sociabilidad intelectual organizada en torno a *Punto de Vista*). Cabe señalar que tan importantes para mi formación como historiador dedicado a la historia intelectual como aquellos en quienes he sabido ver autoridades intelectuales –profesores/as del pensar–, lo han sido los colegas, los compañeros de estudios y de trabajo intelectual, los pares etarios y también los más jóvenes.

Mi modo de concebir la historia intelectual se ha desarrollado (y se sigue desarrollando) en el marco de mis contactos con un mundo de colegas, amigas y amigos, alumnas y alumnos, con quienes el diálogo permanente constituye el *humus* del cual brota, en cualquier momento dado, mi modo de concebir este campo del saber. Tuve la suerte de hallar tres espacios fundamentales de discusión de la historia intelectual a través de mi carrera: el hoy llamado Seminario Oscar Terán que desde los años

1980 sirvió como crisol de nuevas perspectivas mediante su práctica de lectura y debate de textos –algo que en mi caso se prolongaba en el seminario interno de la cátedra de *Pensamiento argentino* de la UBA, también organizado por Terán–; el Programa de Historia Intelectual, antecedente directo del hoy Centro, que funciona desde 1995; y, en los inicios de mi vida académica, un grupo informal dedicado a la historia intelectual –cuyo clima era marcadamente foucaultiano– organizado en 1986 en Stanford por Edmundo Fuenzalida –un académico chileno que se había dedicado a la historia de la educación– y en el cual nos encontrábamos para discutir textos, estudiantes latinoamericanos de posgrado o recientemente doctorados, como Iván Jaksic, Ana María Stiven o el colombiano Arturo Escobar.

En cuanto a las lecturas, estas son muchas y eclécticas. Muchas veces las herramientas más productivas para abordar problemas específicos de historia intelectual me han llegado de figuras marginales al campo o consideradas “menores”: sin la lectura de Bronislaw Bazcko o Jean Starobinski, de John Burrow, Christopher Hill o Philippe Ariès, de Karl Löwith o Paul Bénichou o Carl Schorske o H. Stuart Hughes, mi visión acerca del modo de explorar la historia intelectual habría sido muy distinta. Dicho esto, los teóricos e historiadores cuya obra ha sido clave en la elaboración de mi modo de concebir la historia intelectual han sido, por un lado (por su énfasis en la relación entre el contexto y el significado de las obras y de los discursos), J.G.A. Pocock, Quentin Skinner, y Stefan Collini. Reinhardt Koselleck y toda la constelación de historiadores conceptuales han aportado por otro lado a mi perspectiva dos elementos: la propia teoría de la historia conceptual con su cronología tan específica, y la cuestión de la centralidad de los regímenes de historicidad; lo cual ha venido a reforzar (y transformar en parte) la misma cuestión aprendida mediante otro vocabulario en la obra de Michel Foucault –mi lectura inicial de *L'Archéologie du savoir* fue para mí deslumbrante–.

Antonio Gramsci y Raymond Williams –desde el materialismo cultural– me han ofrecido herramientas eficaces y sugerentes para explorar la condición situada de los productores de los discursos y conceptos –los intelectuales–, como desde otro espacio disciplinar también lo ha hecho la obra de Pierre Bourdieu –cuya lectura, aún de los textos que menos me han sabido persuadir, como *Les règles de l'art*, ha sido siempre un festín–. En clave de historia material de la cultura, los estudios y también los textos más teóricos de Roger Chartier –acompañados por lecturas de su colega norteamericano Robert Darnton– han constituido otro aporte fundamental a mi propia forma de hacer historia intelectual. En Carlo Ginzburg, Perry Anderson, y el siempre tan erudito como ameno Peter Burke he encontrado formas de explorar la historia cultural que me han servido como herramientas eficaces al momento de intentar responder a mis propias preguntas acerca de la historia intelectual. A lo cual debo agregar que sin mis lecturas de dos obras para mí claves, los *Essais sur le politique (XIXème et XXème siècles)* y *Le travail de l'oeuvre: Machiavel*, ambas de Claude Lefort, mi modo de concebir la tarea historiográfica en historia intelectual habría sido radicalmente otra. Sin esa lectura la problemática hermenéutica que plantean las cadenas de interpretación que los lectores establecen a través de temporalidades largas, no hubiera formado parte de mi caja de herramientas al momento de examinar obras concretas desde la historia intelectual, como las de Sarmiento o Echeverría, cuyo pleno sentido –en tanto éste es “dado a” nuestro “nosotros” situados en un presente concreto (y que cambia con el fluir mismo del tiempo)– exige prestarle atención simultáneamente a todas sus lecturas (las de Sarmiento y Echeverría) para escribir esas obras y a todas las lecturas que luego se han hecho de ellas. Tarea imposible, sin duda, pero que no puede dejar de estar en el horizonte mismo de la investigación. Cabe señalar, finalmente, que mi lectura de estos y otros libros se ha dado en el interior de un “aire de época” –difuso e inmanente–,

de cuya conformación tampoco han estado ausentes obras clave del pasado distante -Gibbon, Kant, Diodoro Sículo-, o de central figuración en momentos específicos de nuestra historia reciente como las de Karl Marx, Eric Hobsbawm o Walter Benjamin.

¿Es la historia intelectual un espacio en donde convergen distintas disciplinas, y no una disciplina en sí misma; un campo de límites imprecisos, como señalan varios autores? ¿Cuáles son esas disciplinas y cómo se interrelacionan? ¿Qué es la nueva historia intelectual?

Elías Palti: Esta es una característica fundamental de la historia intelectual, la cual se articula en la intersección entre diversas disciplinas. Para el estudio de la historia del pensamiento uno tiene siempre que nutrirse de herramientas conceptuales y metodológicas tomadas de diversas áreas disciplinares. En el Renacimiento se pensaba que había dos procedimientos intelectuales fundamentales: el *juicio* y el *ingenio*. El juicio consistía en encontrar diferencias entre fenómenos análogos, y el ingenio, lo inverso, encontrar analogías entre fenómenos diversos. Creo que estas dos figuras sintetizan bien la tarea del historiador intelectual. Por un lado, entiendo que la misma es, básicamente, el arte de establecer diferencias. Descubrir por qué ideas similares, o incluso las mismas ideas, pronunciadas en contextos distintos, tienen ya sentidos muy diversos. Como decía Foucault, la expresión "los sueños son manifestaciones de deseos", no tiene el mismo sentido si es dicha por Platón o por Freud.

Por otro lado, resulta clave, inversamente, saber encontrar conexiones entre fenómenos y objetos culturales aparentemente muy alejados entre sí. Un cuadro, un cuento de hadas o incluso una pieza musical nos pueden llegar a decir mucho del pensamiento de una época, incluso quizás mucho más que las fuentes documentales a las que normalmente apelamos. Pero para descubrirlo se necesitan las herramientas heurísticas adecuadas. Y es aquí que la apelación a metodologías diversas, tomadas

de distintas áreas disciplinares, resulta indispensable. Ahora, cuáles deban ser éstas no se puede establecer de antemano, sino que tiene que verse en cada caso particular, según cuál sea la problemática de que se trate. Y aquí entra la habilidad del historiador para hallar los recursos más apropiados a lo que se quiera tratar de comprender. El principio, de todas formas, es siempre el mismo: si queremos desarrollar una perspectiva innovadora respecto de temas que, como suele ocurrir, ya han sido muy abordados, y no limitarnos a reproducir los saberes establecidos, es necesario desencajar dichos objetos y poder mirarlos desde lugares distintos a aquellos desde donde se los ha mirado tradicionalmente.

Jorge Myers: Las opiniones varían al respecto. En mi caso, pienso que aquello que constituye a la historia intelectual como una práctica histórica potencialmente muy fecunda es el hecho de ser un espacio de cruce entre distintas perspectivas teóricas y metodológicas -dentro de la disciplina histórica- y de diálogo intenso con otras disciplinas que comparten un interés por el mismo objeto: la historia del pensamiento y/o de los intelectuales. Dicho esto, existe, creo, un núcleo firme -teórico y metodológico- a partir del cual se configura la perspectiva que hoy se llama historia intelectual: un haz de corrientes historiográficas que consideran productivo reconstruir el pensamiento del pasado en términos de su propia historicidad específica -evitando anacronismos de cualquier tipo- con la intención de poder comprender (hasta donde ello sea posible) qué estaban diciendo, qué querían decir cuando lo decían los actores sociales y políticos del pasado.

Ese núcleo está formado, entonces, por corrientes historiográficas que si bien comparten -todas ellas- una preocupación central por la recuperación de los sentidos pretéritos de las palabras y los discursos, difieren en cuanto a sus métodos específicos y también en cuanto a su evaluación de las razones que volverían necesaria

esa recuperación. Una de ellas -asociada a la obra de Quentin Skinner y J.G.A Pocock, y la amplia constelación de historiadores que se ha formado a su alrededor en los últimos sesenta años- lo hace porque considera que el pensamiento ha sido una forma de acción política tan importante como otras -Skinner, Pocock-: en clave de la filosofía lingüística inglesa, considera que "se puede hacer cosas con palabras". Otra, la de Koselleck y el programa de la historia conceptual, funda esa condición necesaria en el hecho de considerar que los vocabularios conceptuales y su despliegue constituyen la matriz misma de la historia social, sin cuyos conceptos básicos no existiría lo social. Una tercera vía de aproximación ha sido aquella que, partiendo de un diagnóstico social que enfatiza la división social y el hecho ineluctable de la dominación, asigna al pensamiento y a los discursos un rol central y no secundario en los procesos históricos: en esta vía de abordaje incluiría -a pesar de las evidentes diferencias profundas entre ellas- al materialismo cultural de Raymond Williams -de raigambre gramsciana-, a la arqueología del saber propuesta por Michel Foucault, y también a la perspectiva -hasta ahora más marginal en el campo- a la historia intelectual hermenéutica practicada por Claude Lefort.

Todas estas corrientes o perspectivas, en mi opinión, integrarían el núcleo mismo del campo de la historia intelectual en tanto este enfoca la producción intelectual en sí: el pensamiento, sus formas discursivas, sus vocabularios históricamente dados. También colocaría en proximidad a ese núcleo a la historia de los intelectuales -cuyo diálogo principal ha sido mayor con la sociología que con la filosofía-, enriquecida en los últimos tiempos por obras que emplean las herramientas de Karl Mannheim o de Pierre Bourdieu, o -en el caso de parte de la historiografía italiana dedicada a estos temas- las de Antonio Gramsci.

Ese núcleo ofrece, sin embargo, simplemente un ancla:

no define la forma más precisa de la embarcación. La historia intelectual, en sus zonas de frontera, interactúa necesariamente con los aportes que le llegan de la historia cultural -en el sentido de Peter Burke, Roger Chartier, Robert Darnton o Christophe Charle-, de la historia del arte -desde Erwin Panofsky, Aby Warburg o Edward Wind hasta Michael Baxandall, Georges Didi Huberman o Svetlana Alpers, las intuiciones productivas halladas en ese espacio no han hecho sino enriquecer a la historia intelectual-, de la antropología cultural, de la sociología de la cultura, la crítica literaria atenta a la problemática histórica -Paul Bénichou, por ejemplo- o, qué duda cabe, de zonas importantes de la filosofía -en tanto una frase de Friedrich Nietzsche podría ser censada resumir el proyecto entero de la historia intelectual ("definirbar ist nur Das, was keine Geschichte hat" -"sólo se puede definir aquello que no tiene historia", *Genealogía de la Moral*, II, 13-)-. El diálogo, los préstamos, los cruces, las combinaciones entre corrientes historiográficas distintas y entre estas y los aportes de otras disciplinas, pueden resultar sumamente productivos, en el sentido de dar origen a interpretaciones históricas que iluminan zonas decisivas del pasado humano y/o de provocar intensos y fecundos debates acerca del pensamiento pretérito y sus sentidos. El elenco específico de disciplinas pertinentes a un trabajo de historia intelectual es cambiante ya que dependerá siempre, necesariamente, de la naturaleza de las preguntas que el material investigado le suscita a cada investigador.

En cuanto a la "nueva historia intelectual", si por ello se entiende la renovación realizada por Dominick La Capra en sede anglosajona (que en su momento solió verse acompañada -en la Argentina- por lecturas de Carl Schorske, Martin Jay o Marshall Berman), no es ya tan nueva; en cambio, si la referencia tiene que ver con propuestas como las de Samuel Moyn y el elenco de historiadores intelectuales incluidos en sus diversas antologías, la novedad reside más en su carácter reciente que en

cualquier ruptura demasiado profunda con el universo de referencias y problemáticas que he venido esbozando hasta aquí. La perspectiva global –y también aquellas más acotadas que se proponen trascender las limitaciones de una historiografía puramente “nacional”– ha sido, no cabe duda una de las principales herramientas para una renovación de la historia intelectual en los últimos diez o quince años. No solo por los cruces entre ésta con la historia global –en sus distintas declinaciones, incluyendo también la “historia de los encuentros culturales” y a la “historia entrelazada”–, sino por las posibilidades de resignificación general que implica una perspectiva que intenta abordar su problemática específica manteniendo como trasfondo el mapa global del pensamiento humano, este “giro global” representa una verdadera inflexión en las formas de practicar la historia intelectual y conceptual. La reinscripción de la historia intelectual china en el mapa de la historia del pensamiento mundial (término este último que hasta hace pocas décadas era en realidad un eufemismo para “mundo atlántico”) constituye un cambio de alcance sísmico en este campo del saber, cuyas consecuencias positivas estamos recién comenzando a atisbar: para dar un solo ejemplo, una historia del pensamiento político que no reconozca que el aporte de la escuela filosófica mohista (inaugurada por Mo Zi) es tan significativo para comprender lo político en sus distintas acepciones modernas en el mundo como los del estoicismo o del platonismo, no podrá pretender a ninguna seriedad. Más cerca de casa, el “giro global” ha implicado la posibilidad de reinscribir zonas enteras del mapa a la historia conceptual y discursiva practicada por escuelas como la de Cambridge o como la *Begriffsgeschichte* alemana: ni el pensamiento iberoamericano –de importancia tan decisiva en los orígenes de corrientes como el liberalismo o ciertas versiones del republicanismo en el mundo atlántico– ha sido tomado en cuenta por el proyecto de Ideas en Contexto de Quentin Skinner, ni el enorme universo intelectual eslavo o islámico por la

historia conceptual en su versión original. La incorporación de estos nuevos continentes de pensamiento, con sus conceptos y sus discursos, al mapa general de la historia conceptual o de la historia contextual de las ideas, representa un cambio de auténtica profundidad. En el plano de la teoría una deriva de esta nueva apertura a lo global y a las perspectivas que buscan trascender los límites nacionales y lingüísticos, ha sido la propuesta en favor de una historia de los “conceptos nómades” que Olivier Christin y otros han estado explorando desde hace unos 15 años. (Un modelo posible, en este sentido, es, para mí, el libro reciente (2018) de Quentin Deluermoz, *Commune(s) 1870-1871*, que propone una historia de los sentidos culturales de la Comuna de París a partir de una contextualización global de ese episodio histórico.) Si bien no deseo negar la radicalidad de este giro en la historia intelectual, creo que es importante recordar que las raíces de la “historia intelectual global” tampoco son tan nuevas, en tanto existieron importantes antecedentes de análisis cultural “global” en los años 1970 y 1980, como los de Edward Said, Benedict Anderson, o V.G. Kiernan, entre muchos otros.

La historia material de la cultura –y en particular la historia del libro y de la edición– ofrecen otros elementos para una renovación progresiva del campo, pero una vez más, la novedad de este tipo de estudio es relativa. La teoría de género y sus derivas hacia una historiografía de las mujeres (o de las sexualidades plurales) o feminista, ofrece, en mi parecer, un camino posible hacia una historia intelectual sí realmente “nueva” (y hacia una “nueva” historia *tout court*, ya que es hora –desde hace mucho– que se reconozca que no hay “historia” digna del nombre que ignore la vivencia pretérita de más de la mitad de la especie humana). Otras zonas recientes de investigación, como aquella de la corporalidad y de la experiencia somática –pienso en obras como las de Alain Corbin o Georges Vigarello– o la “historia de las emociones”/“historia de los afectos”, analizadas desde una perspectiva

de historia intelectual y empleando las herramientas de la misma, también podrían ofrecer vías hacia una clara renovación. Ejemplos de esta corriente historiográfica reciente son obras de Bárbara Rosenwein, Christophe Prochasson, o Patrick Boucheron, y, en clave más teórica, del cientista social spinozista Frédéric Lordon: Javier Fernández Sebastián ha reflexionado en trabajos recientes acerca del aporte positivo que “el giro afectivo” podría aportar a la historia conceptual. De todos modos creo que es importante no olvidar que la historia intelectual –como toda empresa histórica– está en permanente proceso de renovación, ya que la incesante transformación de nuestro presente modifica también incesantemente el campo de posibilidades de nuestra propia mirada, llevando a que preguntas nuevas sucedan a las antiguas, en un proceso de infinita complejidad. Contra la conciencia ineluctable de que “todo fluye”, el historiador debe construir su mirador –aunque sea tan efímera como el momento captado por una instantánea– y desde allí buscar producir un conocimiento nuevo sobre lo ya conocido, sobre lo viejo, sobre lo pretérito –es decir, sobre ese pasado que es aquel “país otro” que como historiadoras e historiadores nos sentimos compelidos a explorar–.

¿Es posible pensar una periodización en la historia intelectual argentina? ¿Qué figuras se han destacado? ¿podemos hablar de una herencia que llegue hasta hoy?

Elías Palti: La historia de ideas en Argentina, que se inicia ya a fines del siglo XIX, con autores como Ingenieros o Rojas, aunque se institucionaliza como disciplina académica en la primera mitad del siglo XX, ha fijado ya lo que podemos llamar la periodización estándar (la sucesión de corrientes intelectuales: iluminismo, romanticismo, positivismo, espiritualismo, etc.) y las figuras canónicas en cada uno de ellos (Moreno, Rivadavia, Alberdi, Sarmiento, Ingenieros, etc.). Entiendo que este es su aporte más importante. La misma también definió una problemática

específica: entender cómo las ideas europeas, una vez trasladadas a aquí, se contorsionaron para adecuarse a las peculiaridades del medio social y cultural local, en fin, de lo que se trataría es de identificar aquello que distingue al pensamiento local respecto del de los demás países, y, particularmente, de las matrices de pensamiento europeo de las cuales se partiría.

Es acá también que encontramos los principales problemas que plantea esta tradición de historia de ideas. Ésta, de hecho, solo puede concebir estas peculiaridades locales en términos de una oscilación entre modelos de pensamiento. Esto nos devuelve a aquello que descubrí en el curso de mi investigación para mis tesis de Licenciatura y de Maestría. Como dije, según afirmaban los estudios en el campo de la historia de ideas, lo que caracterizó al pensamiento romántico argentino fue su contaminación con ideas de matriz ilustrada. El romanticismo local sería una mezcla de historicismo e iluminismo, y así sucesivamente con los distintos periodos en la historia del pensamiento local. Esto, como vimos, resultará inevitablemente en simplificaciones abusivas, allanando aquellas aristas problemáticas, de orden teórico, que plantea el estudio de formaciones intelectuales complejas.

El punto, de todos modos, es que esta metodología no lograría nunca alcanzar su objetivo de descubrir qué específica al pensamiento local. Está claro que esa supuesta mezcla de historicismo e iluminismo no es un invento argentino, no representa ninguna originalidad propia. En definitiva, entiendo que de lo que se trata es de desmontar esas grandes categorías genéricas (los “modelos de pensamiento”) y dejar de lado el trazado de filiaciones de pensamiento para ver cómo se rearticulaban la ideas en función de determinadas problemáticas particulares. Más allá de cuál era su procedencia, cabría entender a qué funciones servirán éstas en el interior de cada forma de discurso particular, a qué preguntas venían a intentar dar una respuesta, cómo se resignificaron en el transcur-

so, etc.. Y esto nos lleva, a su vez, al otro punto problemático en esta tradición de historia de ideas.

Esta misma metodología se despliega también diacrónicamente, lo que lleva a concebir los distintos periodos como una mera sucesión y superposición entre modelos. Pero allí no hay propiamente una *historia* aún. Desde esta perspectiva, lo único que vincula un periodo con otro es la mera sucesión cronológica de dichos sistemas de pensamiento, y el paso de uno a otro se explicaría simplemente por la lectura de libros, la llegada de nuevas ideas procedentes de Europa. En realidad, para la historia de ideas, no surgiría nunca nada verdaderamente nuevo. Lo que distinguiría a estos distintos periodos sería el mayor predominio de uno u otro sistema de pensamiento en el juego de estas antinomias eternas, como historicismo e iluminismo, racionalismo y espiritualismo, individualismo y holismo, etc. El positivismo, que siguió al romanticismo, aunque incorporó nuevas categorías, en el fondo no indicaría más que un reforzamiento del polo iluminista (“europeísta”, “cosmopolita”), inversamente, el espiritualismo, que siguió, a su vez, al positivismo, señalaría un vuelco hacia el lado historicista (“nacionalista”, “populista”), y así sucesivamente.

Siguiendo aquella lógica numérica de nuestro historiador de ideas, cabría decir, pues, que el positivismo fue 80 % iluminista y 20 % historicista, y el espiritualismo, por el contrario, 20 % iluminista y 80 % historicista. Todo sistema de pensamiento, pasado o presente, se inscribirá necesariamente dentro de esta grilla binaria, que es la que provee la clave para su comprensión. Y todos los problemas que plantearía el análisis de los sistemas de pensamiento del pasado se reducirían a esto, a determinar el grado relativo, el punto en que cabría situar a cada uno de ellos dentro de los ejes “iluminismo” e “historicismo”. En fin, si lo que queremos efectivamente historizar los mismos, resulta necesario antes desmontar este juego de antinomias también en un sentido diacró-

nico, analizar cómo se vinculan estos diversos momentos, cómo se articulan y esconden las diversas formas de discursividad. La llamada nueva historia intelectual nos provee, justamente, marcos para repensar los procesos de transformación conceptual, y elaborar modos de articulación entre los distintos momentos en la historia del pensamiento que no se reduzcan a una mera sucesión u oscilación entre modelos. En definitiva, ésta nos permite construir una *historia*, esto es, una cierta narrativa de cómo los discursos se fueron torsionando y transformando en función de las distintas problemáticas que fueron surgiendo históricamente. Al respecto, los desarrollos de la Escuela de Cambridge, cuyos principales representantes son Quentin Skinner y John Pocock, o los de la *Begriffsgeschichte* elaborada por Reinhart Koselleck, entiendo que resultan particularmente relevantes.

Jorge Myers: Los campos disciplinares se organizan y reorganizan constantemente, y lo hacen a través de cesuras profundas que dificultan el traspaso de los saberes producidos en el marco de una episteme –para emplear una noción tomada del léxico foucaultiano– hacia el espacio nuevo regido por otra muy distinta –es decir (simplificando brutalmente la propuesta de Foucault), regido por un conjunto de reglas epistemológicas (y de método) que sirven para demarcar lo que constituye un conocimiento auténtico de lo que no lo es–. El reemplazo de un estatuto de legitimidad para definir lo que constituye el saber, por otro, imposibilita la construcción de una línea de continuidad –evolutiva– entre formas antiguas de saber y otras más nuevas, ya que dentro del nuevo régimen lo que en el anterior era “conocimiento” ha dejado de serlo: no puede ser aprehendido como tal. ¿Sigue interesando? Sí, sin duda, del mismo modo que toda reflexión humana puede ofrecer sugerencias o disparar nuevas ocurrencias a una lectora o a un lector que ya no comparten sus presupuestos.

Un ejemplo de la discontinuidad radical entre sistemas

disciplinares/epistemológicos es la historia de la ciencia preconizada por Kuhn. Ante la profundidad de la cesura entre la ciencia moderna y aquello que ocupó el lugar del pensamiento científico desde el siglo V antes de la era común hasta el siglo XVII de nuestra era, Thomas Kuhn debió realizar un trabajo complejo de arqueología intelectual simplemente para demostrar que la “ciencia” de los griegos no era menos “científica” –dentro de los parámetros del paradigma que organizaba sus prácticas de investigación– que la moderna desarrollada a partir de Galileo y Newton. Para nosotros no es ciencia la teoría de las esferas celestes, pero para ellos sí lo era. Guardando las distancias, entre la historia intelectual que se practica hoy –en el mundo y en la Argentina– y la historia de las ideas –en su acepción vernácula tanto como en la acepción que le imprimió Arthur Lovejoy– existe, como suele recordar Elías Palti, una fosa epistemológica que genera el mismo tipo de dificultad a la hora de intentar formular una periodización consecutiva.

La historia intelectual que comienza a hallar ciertas resonancias –esporádicas y marginales– en la Argentina desde los años 1960 en adelante, sólo se constituyó en un espacio cada vez más sólido de prácticas disciplinares regidas por reglas epistemológicas propias, en la inmediata pos-dictadura, desde los años 1980 en adelante. ¿Podemos encontrar antecedentes de la historia intelectual que hoy se practica, aún cuando la utilidad de sus hallazgos esté muy condicionada por la forma disciplinar misma en que fue realizada? En este sentido, sugiero, existe una prehistoria de la historia intelectual que se remonta al siglo XIX, a obras un poco marginales en su momento, como la de Juan María Gutiérrez –dedicado a producir una historia de la literatura latinoamericana, por un lado, y por otro lado una historia del saber universitario en el Río de la Plata– y cuya principal característica fue el carácter individual de las obras que la integran y la falta de continuidad entre ellas. Esa situación se comenzó a modificar durante la década de 1910 con el surgimiento

de dos proyectos alternativos dedicados a construir una historia de las ideas argentinas, aquél animado por José Ingenieros –que cristalizó en la colección *La cultura argentina* y en su libro *La evolución de las ideas argentinas*–, y aquél, menos exitoso, propuesto a partir de la historia de la literatura por Ricardo Rojas. A esos dos proyectos podría añadirse el elegante pero fallido estudio de Alejandro Korn, *Influencias filosóficas en el Río de la Plata*. A partir de entonces, estudios dedicados a temas de historia de las ideas –entendidas éstas en su sentido más silvestre, no en el sentido técnico acuñado por Lovejoy– se multiplicaron.

La primera en destacarse realmente por su impacto sobre la opinión académica de su época fue la de José Luis Romero, cuyo libro *Las ideas políticas en la Argentina* ofreció una instancia del tipo de historia de las ideas posible en la época, y cuyo proyecto académico más general –sintetizado en la revista *Imago Mundi*–, marcado por su esfuerzo por vincular historia cultural e historia social a través de un trabajo sobre “las ideas políticas y sociales”, constituye una versión argentina de una suerte de proto-historia intelectual. Sería sin embargo, recién en los años 1950 cuando, en un momento en que las limitaciones de la historia de las ideas más tradicional practicada hasta ese momento en la Argentina se volvían cada vez más evidentes para las nuevas generaciones, pero las herramientas teóricas y metodológicas acuñadas en función de las necesidades específicas de una historia dedicada a explorar la dimensión discursiva y conceptual de la experiencia humana todavía no circulaban, cuando un conjunto de obras significativas intentaron dar cuenta de la importancia del plano ideológico y discursivo para una plena comprensión de la historia argentina.

Varios autores de la generación de *Contorno* –Adolfo Prieto, David Viñas, y Tulio Halperin Donghi– produjeron trabajos cuyas preguntas pueden resultar interesantes aún para quienes estudian el pensamiento argentino,

a pesar de la distancia entre su método y el de la historia intelectual disciplinar. Cabe señalar que tanto Prieto como Halperin Donghi siguieron una trayectoria de producción historiográfica que los colocó, a partir de los años 1980, en una zona de íntima proximidad intelectual con el emergente campo de la historia intelectual. Sobre el final de este período, Natalio Botana publicó un libro magistral de historia de las ideas realizado según parámetros clásicos, *La tradición republicana*, que pese a seguir una dirección distinta a la que entonces ya se comenzaba a discernir, ofreció para muchos de los futuros historiadores intelectuales un hito.

De este modo, sugiero, que antes de la configuración en la Argentina del espacio que ahora llamamos "historia intelectual", se pueden esbozar al menos tres etapas previas: aquella de la "prehistoria" hasta los años 1910; aquella en que distintos proyectos de "historia de las ideas" ocuparon el espacio intelectual dedicado a explorar la historia del pensamiento –y que habría culminado en la obra decisiva de Romero–; un tercer período marcado por una intensa búsqueda de los puentes entre la esfera de lo discursivo y aquella de la praxis (una suerte de *Sattelzeit* argentina, si se quiere, entre historia de las ideas e historia intelectual); y finalmente el momento en que todavía nos hallamos, definido por la consolidación de la historia intelectual como un espacio de investigación y reflexión importante en este país, habiendo sido Oscar Terán, sin duda, la figura clave en su constitución.

Estos períodos han sido momentos discretos –no sería legítimo postular una continuidad directa entre ellos– pero sus bordes son lábiles y difuminados. Para concluir, deseo enfatizar que el hecho de que la periodización exija una reflexión anclada en la cuestión de las líneas de ruptura entre un momento y otro y los efectos de incommensurabilidad que ello genera, no implica o debería implicar que el espacio que ocupa la historia intelectual como campo no pueda ser un espacio de cruce de

perspectivas programáticas y disciplinares, dentro de las cuales la historia de las ideas, por ejemplo, que se sigue escribiendo –si bien informada por las pautas teóricas y metodológicas del cuarto período– podrá seguir ofreciendo fundamentales aportes. El hecho de que probablemente sea cierto que la poesía es imposible de traducir de un idioma a otro –según Nabokov, refiriéndose al *Eugenio Onéguin* de Pushkin, solo pueden existir adaptaciones, glosas imperfectas de la obra poética en otros idiomas–, no quiere decir que exista una radical incommunicabilidad entre una lengua y otra. Tanto es así que el propio Nabokov ensayó su propia traducción al inglés de ese clásico "intraducible".

¿Existe una agenda común de temas en Latinoamérica o por el contrario nos encontramos ante intereses divergentes en función de agendas nacionales? ¿Cree, como dice Canavese, que "una agenda en la configuración actual del campo no debería soslayar las discusiones sobre la función intelectual, sobre las propias maneras de hacer y los efectos más allá de los espacios académicos"?

Elías Palti: En realidad, son dos preguntas distintas. La primera respecto de si hay una agenda de temas en común en América Latina, es una pregunta que no tiene una respuesta unívoca. El surgimiento de una cierta agenda de temas en común supone ya una serie de operaciones discursivas. Es decir, tal agenda de temas compartidos no es algo dado sino algo que se construye. Y esto explica que, según se observa, el rango de tales problemáticas compartidas se haya alterado en los distintos momentos históricos. Hubo periodos en que los temas en común abarcaron variedad de áreas del pensamiento y la cultura, las cuales se situaron en el centro del discurso político y social. Y otros en que éstos fueron

muy reducidos, esporádicos y marginales, y no tuvieron gran influencia en los debates de su tiempo. Lo que habría que evitar, en todo caso, son las visiones esencialistas que suponen la existencia de una serie de cuestiones inherentes a América Latina, que atraviesan por igual a todos los momentos, regiones, contextos sociales y culturales. Este supuesto, cabría entender que es él mismo una construcción intelectual, y que habría que analizarlo como tal, esto es, cómo surge, en qué contexto discursivo pudo cobrar forma, sobre la base de qué supuestos se funda, qué tipo de ansiedades trasunta, etc. En fin, estas visiones esencialistas, como todas las demás, cabría tomarlas, desde una perspectiva histórico-intelectual, no como meras descripciones de la realidad, sino ellas mismas como sintomáticas. Es decir, lo que se busca analizar no es qué se dice, sino qué llevó a ciertos sujetos a decir lo que dijeron.

Respecto de la segunda cuestión, también aquí habría que establecer distinciones. Hubo momentos y lugares en que las voces de los intelectuales fueron particularmente influyentes y efectivas para instalar en la sociedad agendas de problemas, y otros en los que su participación en este sentido fue más bien marginal, en que el tipo de cuestiones que agitaron los debates públicos surgieron y se impusieron desde otros lugares sociales. En definitiva, cuál es esa "función intelectual" tampoco es algo que se pueda predeterminedar. Pretender hacerlo supone siempre una intervención subjetiva por parte del historiador, el imponer la propia idea respecto de cuál debería ser ésta. Lo que se observa en la realidad, en cambio, es una diversidad de situaciones, que es, precisamente, lo que habría que tratar de entender, esto es, cómo cambió históricamente esta "función intelectual", y qué nos dice esto, en última instancia, de transformaciones políticas, sociales y culturales más vastas.

Jorge Myers: No creo que sean las "agendas nacionales" o "continentales" las que determinan el tipo de historia

intelectual que se practica en cada país. Si bien es cierto que el campo de la historia –tanto la no académica como la académica– ha estado fuertemente organizado en torno a problemáticas "nacionales" desde el mismo auge de los estados-nación en el curso del siglo XIX –siendo ello una de las barreras más obcecadas contra las cuales debe lidiar toda propuesta de historia transnacional o global– la conformación de los campos de saber deriva de procesos sumamente complejos en los cuales las políticas de estado son apenas una entre muchas variables.

Una primera observación sería que la presencia de grupos o instituciones dedicados a investigar la historia intelectual en América Latina se da de forma desigual: en Brasil existen núcleos de investigadores muy importantes y con una trayectoria de varias décadas dedicados a la historia intelectual, a la historia social de los intelectuales, a la historia conceptual y/o a la historia de las ideas en contexto, y a muchas zonas anexas, como la historia del libro, para dar un solo ejemplo; en México, en Colombia, en la Argentina, la situación es comparable, si bien cada espacio nacional presenta características propias. En cambio, en otros países, como Chile –donde este tipo de estudio cuenta ya con muchos investigadores pero sin un desarrollo institucional que consolide ese trabajo (está ahora mismo en vías de creación)– o Perú, etc., la historia intelectual está menos consolidada que en los países que antes mencionaba. Entonces, no en todos los países se investiga y escribe historia intelectual con la misma visibilidad, y ese hecho en sí obstaculiza la posibilidad de pensar en una agenda común de este campo para toda América Latina: por el momento, al menos. Por otro lado, el elenco variable de interrogantes que estos núcleos han venido privilegiando, en cada país de América Latina, es el producto de un conjunto amplio de factores, como la circulación o no de ciertas corrientes teóricas y metodológicas en esos países, la estructura del sistema universitario, la accesibilidad de los libros –y ello en función de políticas de traducción–, etc.

¹ M. Canavese, "Notas para una historia intelectual de la historia intelectual. Un estado del campo en la Argentina", en *Políticas de la Memoria*, n° 21, 2021, pp. 20-29.

Desde la historia intelectual, la América Latina es vista más como interrogante que como punto de partida, en tanto la propia identidad de ese espacio es el producto de sucesivas instancias de debate por parte de las élites intelectuales del continente en torno a su existencia y sus posibles significados. Pensar una “agenda común” no solo no sería demasiado productivo en el momento actual, sino que ni siquiera aparece como posibilidad. Lo que sí puede existir, y existe en los hechos, es una confluencia entre agendas de investigación realizadas por distintos grupos de historiadores intelectuales, desde el interior de los campos históricos nacionales de los países donde están situados: el Centro de Historia Intelectual de la UNQ tiene relaciones de intercambio y diálogo continuadas en el tiempo y frecuentes con grupos paralelos en México, Brasil y algunos otros países de la región, por ejemplo. Y de esa confluencia emergen elementos programáticos que permiten fortalecer perspectivas transnacionales, continentales y aún globales. La noción misma de “conceptos nómades” que a partir de la obra de Olivier Christin y sus colaboradores ha buscado explorar los procesos históricos que necesariamente atraviesan fronteras nacionales (como parte de la propia historia conceptual), ha emergido de este tipo de confluencia transnacional –en Europa, y cada vez más entre Europa y América Latina–, y ha fortalecido el cuestionamiento al marco estrictamente nacional para enfocar los problemas históricos.

En cuanto a la referencia a Canavese, no cabe duda de que toda “configuración actual” de un campo es inherentemente inestable: la configuración que existe hoy no existirá, con las mismas características, dentro de cinco o diez años. Los historiadores estamos siempre situados en un tiempo histórico preciso –el de nuestro propio presente– y es desde allí que formulamos necesariamente nuestras preguntas, y en tanto cada presente sucesivo reconfigura las cartografías del pasado –y también las herramientas para estudiar esas cartografías–, no cabe

duda de que cualquier configuración académica o disciplinar de un momento dado, está condenada a ser pasajera. Y también reconozco que el esfuerzo por definir agendas de investigación nuevas o por criticar las existentes constituye también un elemento mediante el cual nuestra propia agencia como historiadores/as e intelectuales puede incidir sobre las formas hacia las cuales esa inestabilidad abra paso. La insatisfacción con el estado actual del campo de la historia intelectual que demuestra el artículo de Canavese es uno de los elementos que yo rescato de su artículo ya que la actitud crítica y el debate son siempre elementos provechosos para el desenvolvimiento de una disciplina.

En cambio, como dentro del campo de la historia intelectual la propia “función intelectual” se presenta necesariamente como interrogante y no como dato fáctico o normativo, no me parece que sea demasiado productivo proponer una agenda explícita de forma voluntarista acerca de cuál deba ser la función intelectual y mucho menos de cuál deba ser la forma “correcta” de ejercer el oficio de historiador de lo intelectual –algo que en el texto de Canavese se subentiende no puede sino ser la de una militancia política que defina de forma apriorística la necesaria agenda del intelectual dedicado a la historia intelectual–. Si bien la forma que asume su argumentación es sin duda sofisticada –y se basa en un análisis empírico detallado del campo de la historia intelectual tal como se presentaba al momento de escribir su artículo–, el trasfondo de su argumento es que el ejercicio mismo resulta insatisfactorio precisamente por representar una forma despolitizada de la actividad intelectual (“historiográficamente sublimada”, “hedonista un poco espiritualizada”). Difícilmente puedo estar de acuerdo con ese diagnóstico, en tanto parte de dos sofismas –hartotrillados en el debate político-académico argentino–: a) que la condición de investigadores “profesionales” encuadrados dentro de instituciones formales dedicadas a la docencia y a la investigación es antitética a la acción

política; y b) que la agenda de investigación debe estar necesariamente orientada por las exigencias de una militancia política concreta –regida por una teoría “fuerte” en lugar de la “débil” o “eclectica” (cuyos efectos positivos ella también señala en su texto)–, y no por las preguntas surgidas del propio ejercicio de la investigación. Existe una especificidad del trabajo intelectual que es irreducible a la política y viceversa: imponer las reglas de una actividad a la otra amenaza con ser deletérea para ambas. Lo cual no significa que el investigador académico deba renunciar a la militancia política, en tanto todas y todos somos ciudadanas y ciudadanos de nuestro “*vivere comune*” (común vivir), de nuestro “*vivere insieme*” (vivir juntos).

¿Cómo ve hoy la relación entre historia intelectual e intervención política? ¿Cuál es la función del intelectual, si eso fuera definible?

Elías Palti: Como decía antes, la relación entre intelectual y política no ha sido algo fijo o que pueda preestablecerse. En cada contexto histórico particular el intelectual ocupó distintas posiciones en la sociedad. Yendo a la situación actual, mi impresión es que el fenómeno que se viene produciendo en nuestro país, desde hace no muchos años, de mayor profesionalización de la producción académica, tiene efectos contradictorios. Por un lado, ha permitido una ampliación y profundización de los estudios en el área, pero también llevó a un alto grado de especialización que hace que los trabajos que se producen circulen en ámbitos mucho más restringidos. En todo caso, lo que me parece bastante evidente es que, al menos en nuestro país, la producción académica no tiene demasiada visibilidad pública ni incidencia sobre los grandes temas que se debaten en la sociedad. Otros ámbitos, como los medios de prensa, las redes sociales, etc., muy poco propicios para el debate intelectual, son infinitamente más influyentes hoy que todo lo que nosotros podemos llegar a decir o escribir. De todas formas,

no creo que esto sea tampoco algo que debamos lamentar. Siempre que los intelectuales intervenimos públicamente, que opinamos acerca de los asuntos colectivos, el resultado no necesariamente ha sido demasiado útil o beneficioso. En este terreno, nuestras opiniones no se han revelado más acertadas que las de cualquier otro. Creo que esta creciente marginalidad de la voz de los intelectuales vueltos académicos profesionales es, en cierto sentido, un buen correctivo a las pretensiones del intelectual clásico de que el hecho de conocer algo sobre ciertos temas le confiere una autoridad superior al resto de la sociedad acerca de cómo ésta debe gobernarse o cómo debe pensar. Esto es, el imaginar que a éste le cabría naturalmente el papel de dictaminar al respecto, idea que tiene también en su base una serie de supuestos cuyos orígenes y fundamentos conceptuales le toca a la historia intelectual tratar de desentrañar.

Jorge Myers: Esta pregunta es muy parecida a la última parte de la anterior, de modo que trataré de no repetirlo ya dicho. La historia intelectual realizada con rigor teórico y metodológico puede contribuir directamente a la acción política en el presente, en tanto se propone recuperar el sentido pretérito de los conceptos y de los discursos: ello puede servir como correctivo a los lugares comunes y tergiversaciones que pueblan la retórica política en todas partes –no sólo en la Argentina– y dificultan la construcción de agendas concretas para un cambio social encaminado hacia formas de vida más justas para el conjunto de la población. Si no se conoce el sentido de las palabras que se emplean, si no se aprecia su historia y su gama de resonancias semánticas, si no se reconoce que todo discurso moviliza capas complejas de sentido y que la contradicción fortuita puede a veces ser tan productiva como la coherencia o la sistematicidad, pensar nuevas vías para abordar las problemáticas más acuciantes del presente resultará tanto más difícil, cuando no imposible, de lograr. Entonces, una historia intelectual realizada con rigor académico, basada en un trabajo de

pesquisa intenso, puede –sin renunciar a los fueros de la propia actividad intelectual e historiográfica– ser al mismo tiempo una herramienta para la militancia política.

El trabajo de investigación no equivale de por sí a una renuncia a la militancia política, ni siquiera el trabajo que realizan los historiadores especializados en los discursos y conceptos del pasado. No obstante, la undécima tesis sobre Feuerbach, Marx pasó décadas encerrado en la Reading Room de la British Library en aras de perfeccionar su propia teoría: un trabajo dentro del cual el propósito de entender las diferencias que separaban los conceptos de lo económico en la antigüedad o en el medioevo de las que él creía aprehender en su propia época, no fue una tarea menor. El investigador –riguroso y atento a las normas de validación del saber que rigen dentro de su disciplina– puede ser también un militante, así como el trabajo intelectual –en este caso la historia intelectual– puede ser a su vez una herramienta para esa militancia, siempre y cuando las esferas específicas de cada actividad sean respetadas. En cambio, pretender subordinar la práctica de investigación a una agenda política formulada a priori obturaría la posibilidad de esa eficacia como herramienta, al hacer violencia al propio funcionamiento del trabajo disciplinar. Mi opinión, al menos, es ésta: la historia se investiga movilizada por preguntas, y la única pregunta válida es aquella que esté en condición de arrojar respuestas que antes de formularla no imaginábamos. En cambio, hacer trabajo histórico para confirmar aquello que ya se creía –descartando como evidencia cualquier respuesta que no se corresponda a ese saber previo– es la antítesis del oficio del historiador.

Seres situados en el espacio y en el tiempo, la función intelectual será aquella que las condiciones de posibilidad de cada época, y las pasiones inteligentes de cada uno, permitan. En trabajos previos he buscado definir a priori lo que constituye la función intelectual –por razones heurísticas, pedagógicas– pero estoy cada vez más con-

vencido de que esa función –tan cambiante en el tiempo como todo lo humano– debería ser descripta según cada caso analizado, y ello mediante una descripción densa atenta siempre a la especificidad del momento histórico y del contexto geográfico, cultural, social en que se ejerció. Esto lo pienso en tanto historiador. En tanto ciudadano, sospecho que la función intelectual en los tiempos que corren –al menos aquella más productiva– consiste básicamente en una duda metódica aplicada al universo discursivo que constituye nuestro contexto actual –tanto a aquella franja cuyos valores aceptamos y celebramos (en mi caso, los que suelen denominarse, de forma amplia e imprecisa, “progresistas”) como a aquella cuyos valores nos resultan denostables–. Sin una interrogación incesante y profunda acerca de aquello que nos constituye como comunidad, acerca de qué es lo justo y qué lo injusto, acerca del poder, sus alcances y sus límites, y acerca del propio rol dentro de este “vivir juntos” que es toda comunidad política, no habrá república posible, ni devenir. No solo para quien se especializa en las tareas de la inteligencia universitaria, sino para todo ser humano dotado/o de todas sus facultades, pensar es un deber ético, una obligación y no un pasatiempo. Pensar es hacer, o al menos una forma tan válida de hacer como cualquier otra. Y más potencialmente ética que muchas.



Universidad
Nacional
de Quilmes
Posgrado
Maestría en Historia Intelectual
<https://n9.cl/mhiunq>



3. Nuevos abordajes en historia intelectual latinoamericana

El campo de la historia intelectual latinoamericana está abonado por hitos recientes y clásicos de larga data, torsiones teórico-metodológicas de tramitación actual e inspiraciones que provienen de antaño. También, por renovaciones y recurrencias temáticas. El Seminario de Actualización Disciplinar I, materia curricular de la Maestría en Historia Intelectual dictada para su primera cohorte de alumnos entre abril y junio de 2021 bajo la coordinación de Martín Bergel y de Dhan Zunino, colocó sobre el tapete algunos de estos problemas y recortes novedosos, a partir

de cinco conferencias ofrecidas por destacados investigadores latinoamericanistas de distintas instituciones: Julio Ramos (de la Universidad de California, Berkeley), Vania Markarian (de la Universidad de la República de Montevideo), Sergio Miceli (de la Universidad de San Pablo), Mara Polgovsky (del Birbeck College, de Londres) y Guillermo Giucci (Universidad del Estado de Río de Janeiro). De esas cinco presentaciones, se reproducen en esta sección los textos revisados de las conferencias de Ramos y de Markarian.

El fármaco en las fronteras de la historia intelectual



Julio Ramos

Profesor jubilado de la Universidad de California-Berkeley. Es autor de una extensa obra en cultura literaria y cultura visual latinoamericana que incluye libros como *Desencuentros de la modernidad en América Latina: literatura y política en el siglo XIX* (1989), *Paradojas de la letra* (1996) y *Sujeto al límite: ensayos de cultura literaria y visual* (2015). Dirigió además varios documentales, entre los que se destaca *Detroit's Rivera: The Labor of Public Art* (2017).

De entrada voy a comentar una inflexión farmacológica de la literatura y la teoría cultural contemporánea, antes de proponerles una lectura del poema "Valium 10" de la escritora mexicana Rosario Castellanos, una inesperada narcografía de la vida doméstica de 1972.¹

En la medida en que las drogas alteran la relación entre vida material, percepción y políticas del cuerpo, suscitan una serie de preguntas sobre los límites de la categoría moderna de sujeto. Desde principios del siglo XIX, cuando la alteración sensorial se convertía en un motivo recurrente de las exploraciones literarias en las fronteras y límites racionales de la modernidad, los intentos de conceptualizar la experiencia de las drogas se han enfrentado a una paradoja recurrente. Esas sustancias estimulan el nervio de un principio de realidad secularizado de modos que frecuentemente se identifican con el objeto mismo de la estética en su promesa de una relación alternativa con la vida, el cuerpo, la experiencia y la percepción, desatada de los rigores de la razón instrumental.²

Sin embargo, cuanto más fuerte son las sensaciones que producen las drogas, más expuesto queda el sujeto a su uso compulsivo. Este es al menos el caso de los analgésicos y estimulantes, modelos genéricos en el siglo XIX de las dos sustancias más nombradas en estas discusiones: la morfina y la cocaína.

¹ R. Castellanos, "En la tierra de en medio". *Poesía no eres tú. Obra poética (1948-1971)*, México, Fondo de Cultura Económica, [1972] 2002.

² Este texto reproduce la conferencia brindada el 4 de junio de 2021 en el marco del ciclo "Nuevas perspectivas en la historia intelectual latinoamericana" de la Maestría en Historia Intelectual. Agradezco a Martín Bergel la invitación, y a Elías Palti, director del Centro de Historia Intelectual, por sus palabras de bienvenida en la ocasión. El registro en video de la conferencia, disponible en el canal de youtube del Centro, incluye una sesión de preguntas y respuestas moderada por Dhan Zunino Singh, a quien también agradezco su hospitalidad. Una versión de este trabajo se publicó titulada "La historia alterada", en la *Revista Transas. Letras y Artes de América Latina*, el 20 de septiembre de 2021, y en *En Rojo*, el 12 de octubre de 2021.

Procesadas inicialmente en laboratorios europeos, ambas son derivados farmacológicos de origen e historias coloniales puntualizadas por cuerpos, materialidades y tiempos asincrónicos. El cannabis ocupa un lugar destacado en la farmacopea literaria desde el siglo XIX, pero no tendrá el mismo vínculo con los laboratorios industriales hasta su reciente masificación impulsada por usos medicinales y lúdicos bajo una gradual despenalización.³

Al menos desde De Quincey⁴ y Baudelaire⁵, los placeres de los paraísos artificiales han estado minados por los agujeros de la repetición compulsiva y la caída del sujeto moderno (orientado normativamente al rendimiento, la producción y la instrumentalización del entorno) en estados de abulia e inacción extrema. Nos equivocáramos si redujéramos la aparente inercia al "ocio", aunque los estados alterados frecuentemente acarreen la negación de la "ética del trabajo". No es nada casual que De Quincey, Baudelaire y el heterónimo de Pessoa, Álvaro de Campos ("Opiario", 1915), asociaran las secuelas de la experiencia con las drogas al colapso de la voluntad y los atributos que definen a un sujeto activo, autónomo y soberano.⁶

De ahí se desprende, como sugería De Quincey en sus *Confesiones de un inglés comedor de opio*, que los efectos

³ La antología "Farmacopea literaria latinoamericana: droga, modernidad y biopolítica 1875-1926" incluye textos de José Martí, Rubén Darío, Horacio Quiroga, Luis Palés Matos y André Botelho sobre el cannabis que muestran el paso del hachís exótico (orientalista) a la referencia vernácula de la planta nativa, especialmente en México y Brasil. Véase, A. Contreras y J. Ramos, "Farmacopea literaria latinoamericana: droga, modernidad y biopolítica 1875-1926", I. Garbaczky, I. Iriarte, M. Moscardi y A. Porrúa (eds.), *Puntuaciones sensibles: Figuras en la poesía latinoamericana*, Santiago de Chile, Bulk Editores, 2022.

⁴ Th. de Quincey, *Confessions of an English Opium Eater*, New York, Penguin Press, [1821] 2003.

⁵ Ch. Baudelaire, *Los paraísos artificiales*, Madrid, Akal, [1860] 2014, Trad. Mauro Armiño.

⁶ F. Pessoa, "Opiario", T. R. Lopes (ed.), *Poesía de Álvaro de Campos*, Lisboa, Assirio y Alvim, [1915] 2002, pp. 59-66.

de las drogas se conviertan pronto en un asunto atractivo para la investigación filosófica, incluso antes que para la Historia. Las drogas producen la imagen invertida de categorías filosóficas modernas como la voluntad, la libertad, la autonomía del sujeto, al suspender las coordenadas del principio normativo de realidad, los amarres que aseguran la integridad de la persona en el orden simbólico y jurídico. No es de extrañar, entonces, que reiteradamente el viaje impulse al narconauta por las rutas de un orientalismo farmacolonial.⁷ Ahí se traza el accidentado itinerario de un cosmopolitismo a contrapelo que culmina con las fugas contraculturales de la generación Beat. Esta geografía liminal es particularmente notable en los conocidos recorridos de Burroughs, Ginsberg y Kerouac,⁸ aunque resuena en experimentos posteriores como los de Oscar del Barco⁹ en México contenidos en un libro significativamente titulado *Alternativas de lo posthumano*.

La paradoja del fármaco como remedio y veneno es recurrente en perspectivas contemporáneas que oponen el potencial liberador de la experiencia drogada a la conciencia identificada con la producción institucional de la verdad bajo un régimen de sometimiento del cuerpo y los sentidos.

Peter Sloterdijk, por ejemplo, ha argumentado que la

⁷ Para una entrada a la discusión *farmacolonial*, ver la introducción de L. Herrera y J. Ramos del 2018, donde se nombra la importancia de la obra del antropólogo cubano Fernando Ortiz, *Contrapunteo cubano del tabaco y del azúcar*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, [1940] 1987. Disponible en L. Herrera y J. Ramos, *Droga, cultura y farmacolonialidad: la alteración narcográfica*, Santiago de Chile, Universidad Central de Chile, 2018. Ver también M. Taussig, *Shamanism, Colonialism, and the Wild Man. A Study in Terror and Healing*, Chicago, University of Chicago Press, 1987; M. Taussig, *My Cocaine Museum*, Chicago, The University of Chicago Press, 2004.

⁸ J. Kerouac, *Tristessa*, New York, Avon Books, 1960 y J. Kerouac, *Lonesome Traveler*, New York, McGraw-Hill, 1960.

⁹ O. del Barco, *Alternativas de lo posthumano*, Buenos Aires, Caja Negra, 2010.

historia de la filosofía occidental puede narrarse como el devenir de estrategias para eliminar las descargas sensoriales del éxtasis y el entusiasmo del dominio legítimo de la verdad filosófica.¹⁰ Este argumento se basa en una especie de “hipótesis represiva”, llamémosle así, siguiendo muy libremente las paradojas del análisis foucaultiano de la *proliferación* de los discursos modernos de la sexualidad, que paradójicamente no cesan de apalabrar o manifestar el silencio y la represión sexual. En el campo de la literatura drogada, la narrativa que repite la hipótesis represiva arranca con frecuencia de una escena primaria ritualizada o chamánica.

En esto, Sloterdijk coincide con los argumentos programáticos de Antonio Escohotado, punto de referencia ineludible en este campo.¹¹ Ya en *Historia general de las drogas*, Escohotado explicaba los estados de éxtasis provocados por la experimentación química como formas de disidencia o de “desobediencia farmacológica”. Esas formas contestatarias del di/sentir se oponen, primeramente, a la centralización religiosa. Luego, ya en un mundo secularizado o desencantado, se oponen a los controles estatales sobre el individuo y su cuerpo, aposento primero de su derecho y *posesión* según Escohotado. En efecto, en la monumental *Historia general de las drogas*, la hipótesis represiva conduce a un individualismo radical, entramado en una crítica militante de la prohibición que proclama los derechos individuales del sujeto a alterar su cuerpo, su mente, su percepción, o lo que le dicte su deseo, contra los controles e interdicciones del Estado. No hay que ignorar la deriva liberal del individualismo de Escohotado (ni su apología del libre mercado) para reconocer el peso histórico del prohibicionismo, su fuerza opresiva, históricamente inseparable de la moral que

impulsa a las interminables cruzadas contra las drogas y que subyace aun a la panoplia de discursos médicos, jurídicos y policíacos que se producen en torno a la vida de los usuarios.

Ya en el siglo XIX los discursos sobre el alcoholismo y la temperanza manifestaban lo que el historiador brasileño Henrique Carneiro ha llamado “la construcción del vicio”, inseparable del gobierno de la vida y las poblaciones. A partir de comienzos del siglo XX, estos dispositivos registran un cambio profundo en las construcciones normativas del cuerpo ideal ciudadano, intervenido ahora por el cruce higienista de la Medicina y la Criminología, según ejemplifica el libro sintomático de Gregorio Bermann publicado en Córdoba, Argentina, en 1926, una de las primeras referencias latinoamericanas a la emergente “ciencia” de la toxicomanía, correlato de las primeras leyes de regulación o control del consumo, producción y distribución de las sustancias controladas.¹² *Sebastián Guenard*, novela corta de Padró con trama parcialmente situada en Chinatown (Nueva York), registra la transformación del lugar social de las drogas y la identificación de la subjetividad bohemia y “decadentista” en un marco de patologización.¹³

Si bien la hipótesis represiva remite a una historia insoslayable de prohibiciones y guerras contra los usuarios, el acercamiento a la alteración como forma de desobediencia o disidencia farmacológica, o como experiencia esencialmente opuesta al poder, confirma el peso de un lugar común de historia contracultural que conviene despejar. Hasta hoy, en ese marco contracultural, las sustancias que alteran la sensibilidad, en particular los alucinógenos y el cannabis, y más recientemente otros diseños psicoactivos, como el éxtasis y algunas variaciones de la metanfetamina, son consideradas herramientas de

resistencia o subversión contra las demandas que se fraguan en el horizonte normativo del cuerpo ciudadano. Ese horizonte normativo no es estrictamente de carácter imaginario, figurativo o conceptual. Se recorta mediante las operaciones de los múltiples dispositivos biopolíticos que puntualizan la historia de las drogas, la prohibición y sus efectos en un complejo médico-jurídico-punitivo. Lo que a su vez ayuda a explicar por qué los estados alterados desencadenan reacciones morales y disciplinarias severas en discursos transitados por la ética del trabajo y la productividad, a contrapelo de los usos del cuerpo basados en contra-economías del goce, el gasto o el exceso. Este tipo de acercamiento contracultural se topa hoy con varios cuestionamientos y debates.

El primero tiene que ver con los efectos sociales, económicos, médicos y espirituales de lo que Eve Kosofsky Sedgwick relaciona con las “epidemias de la voluntad”, una importante contribución a la historia de los hábitos y las compulsiones no ya tan solo como condición excepcional de individuos aislados, sino como horizonte de la subjetividad en las sociedades modernas, marcadas por la historia del consumismo desde sus orígenes en el siglo XIX.¹⁴

Un segundo cuestionamiento tiene que ver con la expansión global del régimen farmacológico, donde los experimentos de alcance biomédico, genético y neuroquímico transforman la vida en recurso económico y, con ello, la comprensión de las fronteras entre lo humano y lo no-humano, la vida alterada tecnológica o químicamente.

El tercer asunto que problematiza el enfoque contracultural de las drogas se desprende de la dimensión necro-

política notable. Por ejemplo: en los efectos y el alcance de la epidemia de opioides en los Estados Unidos, probablemente el principal problema de salud pública en ese país hasta que llegó la pandemia actual del COVID. La crisis de los opioides reorienta la discusión acerca de las sustancias en los regímenes de alteración, al menos, de dos maneras: enfrentamos ahora un evento desencadenado por drogas manufacturadas industrialmente y en muchos casos legalmente recetadas; y la llamada epidemia de los opioides sintéticos durante la última década reintroduce el elemento de la muerte en el control contemporáneo de las poblaciones vulnerables y abandonadas, una dimensión de lo que Mbembe ha llamado necropolítica.¹⁵

Todo esto complica también cierto excepcionalismo de la violencia que prevalece en las distinciones entre drogas legales e ilegales. La distinción subyace aun al análisis de la narco-cultura en un arco de reflexión sobre droga y violencia que culmina en el libro *Capitalismo gore*¹⁶ con el antecedente importante de los trabajos etnográficos de Bourgois en el Harlem puertorriqueño de Nueva York, donde también se considera la relación entre droga, orden neoliberal y violencia.¹⁷ Dicho de otro modo, la droga no es simplemente el objeto de economías de violencia salvaje (o *gore*), externa y opuesta a los territorios de violencia legítima, sino un aspecto del capitalismo contemporáneo.

Cuando se aborda desde el punto de vista de estas discusiones, la hipótesis general que sostiene que las drogas han sido sistemáticamente reprimidas en la historia del capitalismo, requiere algunos matices. Sin subestimar los

¹⁰ P. Sloterdijk, “¿Para qué drogas? Dialéctica de la huida y búsqueda del mundo”, *Extrañamiento del mundo*, Valencia, Pre-Textos, 2008. Trad. E. Gil Bera.

¹¹ A. Escohotado, *Historia general de las drogas*, Madrid, España-Calpe, 2008.

¹² G. Bermann, *Toxicomanías*, Córdoba, El Ateneo, 1926.

¹³ J. de Diego Padró, *Sebastián Guenard*, San Juan, Tipografía El Compás, 1924.

¹⁴ E. K. Sedgwick, “Epidemics of the Will”, *Tendencias*, Durham N.C., Duke University Press, 1993. Trad. de Lucía Herrera Montero. Disponible en la antología L. Herrera y J. Ramos, *Droga, cultura y farmacolonialidad: la alteración narcográfica*, Santiago de Chile, Universidad Central de Chile, 2018.

¹⁵ A. Mbembe, *Necropolitics*, Durham N.C., Duke University Press, 2011.

¹⁶ S. Valencia, *Capitalismo gore*, España, Melusina, 2010.

¹⁷ Ph. Bourgois, *In Search of Respect. Selling Crack in El Barrio*, Cambridge, England-New York, Cambridge University Press, 1995.

efectos represivos que abundan en la historia del prohibicionismo y del complejo médico-carcelario, es necesario reconocer que la producción de las drogas prolifera en coyunturas diversas y contribuye de múltiples maneras al proceso de creación de nuevos modos de subjetivación y control social, preocupación que sintieron tanto Huxley¹⁸ como Burroughs¹⁹ en sus distopías de la sociedad de control.

Ciertamente no estamos hablando ya de un régimen biopolítico basado en el doble movimiento foucaultiano de individuación y disciplina (cuerpo y población), sino de formas de alteración o modulación de la vida en sociedades contemporáneas de control, según la propuesta de Gilles Deleuze. Ya en el "Post-scriptum sobre las sociedades de control", de 1990, Deleuze mencionaba, sin detenerse demasiado en hacer una elaboración, que la producción farmacéutica, los enclaves nucleares y las manipulaciones genéticas cumplen un papel en la configuración de nuevos regímenes del poder sobre la vida.

Con más tiempo convendría notar la deriva en debates posteriores sobre lo que Lazzarato llama el "noo-poder"; es decir, el poder de la virtualidad y las modulaciones de la vida anímica en la era del trabajo inmaterial.²⁰ La deriva es notable igualmente en discusiones ya bastante generalizadas sobre el psico y neuro-poder.²¹ Tal como

¹⁸ A. Huxley, *Brave New World*, United Kingdom, Chatto & Windus, 1932.

¹⁹ Tal como propone Salvador Gallardo Cabrera en su extraordinario trabajo sobre William Burroughs y la sociedad de control, la discusión deleuziana sobre las nuevas modulaciones del poder tiene un antecedente literario indiscutible. Disponible en S. Gallardo Cabrera, *La mudanza de los poderes. De la sociedad disciplinaria a la sociedad de control*, México, Aldus, 2011.

²⁰ M. Lazzarato, "Los conceptos de vida y vivo en las sociedades de control", *Por una política menor. Acontecimiento y política en las sociedades de control*, Madrid, Traficantes de sueños, 2006, pp. 73-98. Trad. Pablo Rodríguez.

²¹ H. Byung-Chul, *Psicopolítica. Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*, Barcelona, Herder Editorial, 2014. Trad. A. Bergés.

argumenta N. Rose (2007), la vitalidad en sus múltiples aspectos materiales, genéticas, intelectuales y anímicas se ha convertido en la materia mutable de una nueva economía bajo "las políticas de la vida misma".²²

Por ahora, quiero mantenerme cerca de la dimensión farmacológica de estas consideraciones. La formidable acumulación de capital farmacéutico desde finales del siglo XIX hasta el presente se ha sostenido en una demanda de productos orientada por dos objetivos decisivos en las políticas del cuerpo de la ciudadanía moderna: por una parte, garantizar inmunologías y la cura de enfermedades contagiosas; por la otra, controlar el dolor.

En este sentido, es importante recordar dos trabajos sobre los poderes y las materialidades farmacológicas. El primero es el texto de Buck-Morss²³ sobre la historia de la morfina para una relectura del trabajo de Walter Benjamin²⁴ y su acercamiento al papel anestésico que cobra la producción de mercancías en las fantasmagorías comerciales. El ensayo de Buck-Morss abrió una ruta al estudio de la *aísthesis* moderna y la plasticidad de la experiencia sensorial transformada por los cambios tecnológicos del capitalismo y por la intensificación de los estímulos particularmente en las fábricas y la vida urbana.

El segundo trabajo corresponde a Paul Beatriz Preciado²⁵ quien, en un giro que expande la noción foucaultiana de biopoder y el debate sobre la sociedad de control, intro-

²² N. Rose, *The Politics of Life Itself. Biomedicine, Power, and Subjectivity in the Twenty-First Century*, New Jersey, Princeton University Press, 2007.

²³ S. Buck-Morss, "Aesthetics and Anaesthetics: Walter Benjamin's Artwork Essay Reconsidered", *October*, nro. 62, 1992, pp. 3-41. Trad. Mariano López Seoane. Disponible en L. Herrera y J. Ramos, *Droga, cultura y farmacolonialidad: la alteración narcográfica*, Santiago de Chile, Universidad Central de Chile, 2018.

²⁴ W. Benjamin, *La obra de arte en la era de la reproductibilidad técnica*, México, Itaca, [1936] 2003. Trad. A. E. Wikert.

²⁵ B. Paul Preciado, *Testo yonki*, Madrid, Espasa-Calpe, 2008.

duce el análisis de las modulaciones contemporáneas de la sexualidad y el control de la natalidad bajo un régimen basado en los modos de "subjetivación fármacopornográficos". Me refiero a la formidable intersección de teoría y narrativa del proceso personal de aplicación hormonal en *Testo yonqui*. El protocolo experimental de Preciado sacude asimismo la discusión en torno a las identidades, sea como construcciones sociales o como prácticas performativas para considerar, en cambio, la modulación disidente de la vida bio-psico-afectiva del sujeto.

Bajo el impacto del Covid-19, el debate público sobre los laboratorios de la Big Pharma como entidades corporativas se ha intensificado notablemente. La pandemia infunde nuevo vigor a la crítica de intereses empresariales y el capital financiero que sobredeterminan la investigación científica y las políticas de salud pública bajo los mercados neoliberales. La cuestión del "racionamiento del cuidado" y de "quién merece vivir" bajo las presiones extremas del colapso de los sistemas de salud impactados por la pandemia adquieren nuevas dimensiones, pero dominan una vez más la lógica empresarial y los monopolios bajo la protección de unos pocos estados nacionales que rigen la producción del saber y la investigación farmacéutica, cuyos resultados tienen efectos directos en la vida/muerte y en las fluctuaciones de la lógica y los valores financieros. No está de más recordar, por ejemplo, las declaraciones de los Laboratorios Pfizer cuando el 9 de noviembre del 2020 anunciaron la efectividad de su vacuna contra el Coronavirus, noticia que provocó inmediatamente un incremento dramático en los valores de la bolsa internacional, incluso previo a que se conocieran los riesgos del producto.

Antes del estallido de la pandemia, la imponente acumulación de capital de los laboratorios farmacéuticos generaba ya una profunda desconfianza popular. El escepticismo se registra de múltiples modos en los altos índices de desaprobación pública de sus operaciones y en varios

procesos judiciales contra los laboratorios de mucha cobertura mediática y efectos relevantes. Probablemente la reacción pública en los últimos años se deba, por un lado, al alto costo de las medicinas que sube en proporción inversa a la reducción de los servicios médicos públicos y las pensiones de los jubilados. Pero también las impugnaciones recientes contra empresas farmacéuticas como la Purdue, Johnson and Johnson y otros mega-distribuidores de la Big Pharma, confirman una amplia reacción contra el papel que han tenido estas compañías en la manufactura de la epidemia de opioides tras el boom de la oxicodona provocada por las empresas en las últimas dos décadas. Varios análisis de la epidemia de los opioides coinciden al impugnar un diseño empresarial de consumo nutrido por la desindustrialización, la crisis y precarización de la clase media y trabajadora norteamericana incluso en las zonas rurales, de población blanca, según las pistas testimoniales que explora Quiñones en *Dreamland: The True Tale of America's Opiate Epidemic*.²⁶

Estimulado por intensas campañas publicitarias y el respaldo del recetario médico, el estallido de la oxicodona desata lo que Haiven ha llamado "nuestras guerras del opio: el fantasma del imperio en la prescripción de la pesadilla opioide".²⁷ Los procesos judiciales recientes contra Pharma Purdue y la familia Sackler, propietarios de la Purdue, que patentizó la oxicodona en 1996, documentan ampliamente la multiplicidad de factores e intereses económicos que intervienen en la modulación de la vida en los laboratorios industriales que operan bajo la laxitud neoliberal. La geopolítica de este capital flexible introduce un vector colonial en el análisis de la producción farmacológica, como demuestra Muñiz Varela en su aproximación a la historia de los laboratorios en Puerto Rico a partir de la década del 1950 y el auge de la píldora

²⁶ S. Quiñones, *Dreamland: The True Tale of America's Opiate Epidemic*, New York, Bloomsberry Press, 2015.

²⁷ M. Haiven, "Our Opium Wars", *Third Text*, vol. 32, nro 5-6, 2018, pp. 662-669.

anticonceptiva, tras amplios experimentos con la población puertorriqueña.²⁸

Todavía hoy varias de las grandes empresas farmacéuticas instalan sus laboratorios en las mismas zonas pos-industriales donde operan los semilleros de la agroindustria, próximos también a complejos carcelarios, frecuentemente en los mismos terrenos desalojados por la vieja industria azucarera, como sugiere lúcidamente Aponte Alsina en *PR 3: Aguirre*²⁹ sobre los destinos de un gran emporio azucarero (la Central Aguirre) en el litoral sur caribeño de la isla. Sin duda, el laboratorio colonial contemporáneo contrasta la dinámica entre conocimiento científico, la implementación técnica y los controles del Estado-nación investigados por Bruno Latour en su importante historia de la vida material y los detalles operativos de los exitosos laboratorios de Louis Pasteur en la Francia de finales del siglo XIX; aunque el cuestionamiento de Latour a los reclamos de autonomía de la investigación científica moderna mantiene plena vigencia en el análisis del régimen farmacéutico actual.³⁰

En vistas de la epidemia de la oxicodona, de las trayectorias globales del fentanilo, y de las muertes por sobredosis que superaron el medio millón de víctimas en los Estados Unidos entre 2010 y 2019, y que el año pasado, en plena pandemia del COVID superaron las 100,000 mil muertes, es evidente que el debate actual sobre las drogas desborda los acercamientos a las sustancias como dispositivos experimentales que nos ayudan a resistir o a subvertir la razón instrumental de un sobrio gobierno de la vida. El gobierno de la vida o del abandono no guarda

compromisos esenciales con la sobriedad. La necropolítica actual de las drogas, nutrida por la gran industria de fármacos y medicamentos, presiona a reconsiderar la excepcionalidad del narco-estado. De este modo sería posible matizar el análisis de la violencia en las economías del abandono, ahora en función de la condición farmacológica y las modulaciones de la vida cuyo campo de acción ciertamente sobrepasa las operaciones del narcotráfico y las subsume. Las drogas son poderosos dispositivos de alteración. Como tales, son objetos complejos que moldean la vida y constituyen formas de poder. Aunque pueden provocar eventos rebeldes, también son capaces de estimular intervenciones y dispositivos de control.

Permítanme ahora cambiar de registro y de archivo para comentar el poema de la escritora mexicana Rosario Castellanos, "Valium 10", que particulariza algunas de estas cuestiones y paradojas. Su acercamiento al tranquilizante y el sedante de producción y consumo masivos propicia una reflexión distinta sobre el papel de las drogas en la cultura contemporánea. Su singular narcografía doméstica del Valium incita a desprogramar la reducción habitual de estas discusiones a las experiencias, objetos y temporalidades visibilizadas primero por la contracultura y luego por el narcotráfico.

El poema forma parte del libro de 1972 *En la tierra de en medio* (otro modo de llamar a Nepantla, el *entre-lugar* del imaginario mexicano y chicano) en el que las contingencias cotidianas cada vez más aplanadas por hábitos afectivos sin destino ni fin precisos, desbordan el marco de la intimidad primaria que reclamaba como su territorio propio la poesía lírica, apoyando formas de inscripción del sujeto en el vínculo entre la voz, las palabras y la materialidad de las cosas. Tal como leemos en otro poema de ese mismo libro ("Economía doméstica"), la exploración de la subjetividad se debate entre los secretos del orden casero y el silencio irrevocable de algunos objetos: "He aquí la regla de oro, el secreto del orden:/ tener un

sitio para cada cosa/ y tener/ cada cosa en su sitio. Así arreglé mi casa".

La poesía de Castellanos saca las cosas de sitio. Problematiza la lógica del sentido, hace lo que en otro poema del mismo libro llama "Las lecciones de las cosas". Su poesía no re/anima las cosas por gracia e intervención de una potencia figurativa o simbólica que las sacude o disloca, sino porque allí, en la misma lógica de la economía doméstica, las cosas gradualmente dejan de responder al llamado de un orden impuesto por las lecciones de una subjetividad soberana, para replegarse en la banal opacidad del hábito. Es una poesía que dramatiza el limbo entre las cosas y los objetos en términos afines a la reflexión reciente de Bodei en *La vida de las cosas*.³¹

Como ocurre en otros libros anteriores, especialmente en *El rescate del mundo*, el poemario de 1972 encamina a Rosario Castellanos a una serie de preguntas de carácter conceptual y filosófico. La dislocación de los conceptos filosóficos en la poesía es posiblemente un efecto del prosaísmo del tono en los entornos cotidianos del hábito en situaciones del tranque irremediable del sujeto, identificada allí como mujer. Por ejemplo, la última estrofa de "Valium 10" dirigida a una segunda persona que poco a poco reconocemos como la voz desdoblada del sujeto lírico (el "yo" escindido que se habla a sí mismo) dice:

Y tienes la penosa sensación/ de que en el crucigrama se deslizó una errata/ que lo hace irresoluble. // Y deletreas el nombre del CAOS. Y no puedes/ dormir si no destapas/ el frasco de pastillas y si no tragas una/ en la que se condensa, / químicamente pura, la ordenación del mundo.

Más que de una aventura o un gesto de disidencia basado en el exceso sensorial, el poema destaca la modificación de los estados anímicos en una sociedad de consumo, donde la producción de nuevos entornos y formas

de vida incluye abundancia de mercancías narcóticas y una elaborada química de los afectos de reciente cuño sintético en los grandes laboratorios de la psicofarmacología industrial.³²

Desde el trabajo clásico de Susan Buck Morss sobre Benjamin y la morfina, varias discusiones han sugerido que la droga opera como figura de la porosidad de los límites entre naturaleza y lógicas suplementarias del *techné*, pero también produce un entramado que vincula vida material, percepción, subjetividad y biopoder. El poema de Castellanos aborda la relación entre las palabras, el cuerpo y el régimen de alteración sensorial, pero no sugiere una idealización estética de la sustancia. El Valium circula ahí como un objeto común y corriente de la vida doméstica. Si en el poema emblemático de Julián del Casal ("La canción de la morfina" de 1890) vemos cómo el fármaco trastoca la frontera entre vida natural y artificial, cuerpo y sustancia anestésica, de un modo que altera la sensibilidad y que potencia paradójicamente una forma alternativa de experiencia estética, en el poema de Castellanos la rutina del Valium clausura aquella posibilidad legada por la poesía moderna, su apuesta por la promesa liberadora y la intensificación de la *aisthesis*.³³

Ya para el momento en que Rosario Castellanos escribe su poema sobre una píldora de invención reciente, los laboratorios suizos de la Hofman-Roché que sintetizaron el diazepam en una pequeña sucursal de Nueva Jersey, habían consolidado su lugar como una de las Big Phar-

²⁸ M. Muñiz Varela, *Adiós a la economía: seis ensayos sobre la crisis*, San Juan, Ediciones Callejón, 2013. Sobre la experimentación anticonceptiva y la biopolítica colonial en Puerto Rico resulta clave el documental de Ana M. García, *La operación* (1982).

²⁹ M. Aponte Alsina, *PR 3: Aguirre*, Cayey, Sopa de letras, 2018.

³⁰ B. Latour, *Pasteur. Una ciencia, un estilo, un siglo*, Madrid, Siglo XXI España, 1995. Trad. C. Palleiro.

³¹ R. Bodei, *La vida de las cosas*, Buenos Aires, Amorrortu, 2013. Trad. H. Cardoso.

³² El volumen colectivo sobre psicofarmacología editado por Janis Jenkins (2011) incluye un trabajo extraordinario del antropólogo brasileño João Biehl, "Catkin... Assylum, Laboratory, Pharmacy, Pharmacist, I and the Cure: Pharmaceutical Subjectivity in the Global South", en J. H. Jenkins (ed.), *Pharmaceutical Self. The Global Shaping of Experience in an Age of Psychopharmacology*, New Mexico, School For Advanced Research Papers, 2010.

³³ Á. Contreras y J. Ramos, "Materialidad y animismo en 'La canción de la morfina' (1890) de Julián del Casal", *Rialta. Revista de Cultura y Sociedad*, nro. 53, julio de 2021.

ma, gracias precisamente a las ventas billonarias de la potente pildorita amarilla, el Valium 10, antecedida por el librium. La denominación latina de esta innovadora farmacopea resuena con los grandes valores occidentales de la libertad, el equilibrio y el valor, aunque ahora condensados, como sugiere el verso de Castellanos, en una ordenación química del mundo puesta al alcance de la mano de la ama de casa de las nuevas clases medias.

La píldora amarilla que en el poema de Castellanos reemplaza el diálogo con la Esfinge es el mismo fármaco que había captado la atención de Mick Jagger y Keith Richards unos años antes en *"Mother's Little Helper"*, el éxito de 1966 que generó problemas entre los propagandistas médicos de la empresa farmacéutica por ironizar acerca de los usos femeninos del Valium, el uso compulsivo y el riesgo de la sobredosis, no ya en los ambientes de la desobediencia farmacológica y los experimentos contraculturales, tampoco en las calles de las ciudades de la Guerra Fría y los nuevos discursos sobre la pobreza, sino en los espacios protegidos de la vida doméstica. Como dice la canción de los Rolling Stones: en esos recintos saturados de nuevos inventos y comidas preparadas, se multiplicaban las dosis de la benzodiacepina, el tranquilizante sintetizado en los laboratorios de la Roché durante el primer período de auge de las drogas anti-psicóticas y los ansiolíticos.

Aunque las benzos no son de la familia de los ansiolíticos, cobraron sentido y valor como efecto de la economía de las múltiples dolencias psíquicas y afectivas que proliferan a partir de los diagnósticos de la Guerra Fría. El inventor del Valium, Leo Sternbach, patentizó más de 200 fórmulas para la Roché, casi todas en el campo emergente de la psicofarmacología.³⁴ La larga vida profesional de este exiliado judío, nacido en Hungría, educado en Polonia, integrado como investigador de la empresa

en Basilea (Suiza), establecido luego en las sucursales del laboratorio en Nueva Jersey desde 1941, recorre una trayectoria paralela a la de Albert Hofmann, inventor del LSD e investigador inaugural de la potencia psicodélica de los hongos alucinógenos, quien también laboraba bajo los auspicios de un laboratorio industrial.

Aparentemente, Sternbach vivió una vida sin excesivos dramas; pero entre 1963 y el momento en que se establecen los controles que regularon las ventas masivas del sedante a mediados de la década de 1980, su invento se convirtió en uno de los productos más vendidos en la historia de la industria farmacéutica del mundo. Sternbach y Hoffman son figuras de un complejo entorno material, tecnológico, intelectual y cultural. Sus antecedentes, anteriores a la Guerra Fría, remiten al período que la historia norteamericana identifica como la era de la revolución científico-tecnológica de fines del siglo XIX. Es decir, el mismo entramado que prepara el camino para el inventor Henry Ford, cuya relación con los laboratorios de Parke-Davis y la alteración bioquímica de la vida quedó estéticamente consignada por Diego Rivera en 1933 cuando pinta (en Detroit, la ciudad de Henry Ford y Parke-Davis) los murales sobre la línea de ensamble del régimen laboral fordista. Dicho de otro modo: nos equivocáramos si identificáramos las modulaciones farmacológicas exclusivamente con la antropotecnia de una era postindustrial o post-fordista (como ocurre en Preciado y Berardi³⁵) aunque está claro que la producción farmacológica se intensifica y se masifica después de la Segunda Guerra Mundial.

¿Conocería Rosario Castellanos la canción de los Rolling Stones sobre las consumidoras caseras de Valium? Es posible, aunque conviene tener en cuenta que la poesía de Castellanos no destaca por el tipo de trabajo de cita o

de apropiación de materiales intervenidos de la industria cultural, una operación formal que observamos con más frecuencia en la antipoesía y el arte de medios de aquellos mismos años. No obstante, sin necesidad de establecer una relación causal entre la canción y el poema, es posible contrastar las posiciones de ambos ante la irrupción de los psicotrópicos en la vida y el trabajo doméstico.

Para empezar, el poema de Castellanos, desde el comienzo, elabora una zona de intensidad ligada a la escisión de un sujeto que dialoga consigo mismo, como si la inminencia del colapso fuera cosa de la otra Rosario en la que se desdobra, y no de sí misma. Lejos del vago estereotipo de la madre-ama de casa (vista por Mick Jagger desde la perspectiva del "hijo" roquero y contracultural), la figura del sujeto femenino en el poema de Castellanos cobra matices precisos en varias referencias a la forma de vida de una mujer intelectual. El "caos" que gradualmente introduce el Valium, la errata del crucigrama, los pequeños pero decisivos momentos de amnesia, el *black out*, impactan la vida de esa subjetividad transitada por líneas y tensiones múltiples, que se mueve entre el interior doméstico y las obligaciones laborales, o entre la docencia y la escritura para la prensa:

Y lo vives. Y dictas el oficio/ a quienes corresponde.
Y das la clase/ lo mismo a los alumnos inscritos que al oyente. / Y en la noche redactas el texto que la imprenta/ devorará mañana.

La lógica suplementaria del Valium aliviana el pasaje de una mujer intelectual entre espacios disímiles, exigencias laborales y cuerpos, como notamos también en su mención del *ars magna combinatoria* de la cocinera, la trabajadora doméstica que inscribe en la distribución de las funciones cierto orden, no ya del mundo, aunque sí del cuidado de los cuerpos jerarquizados en el interior mismo de la casa. Como el Valium, la cocinera remite a la lógica suplementaria de la casa como escena de trabajo,

donde, a su vez, no queda ya ni rastros de la centralización masculina patriarcal, apenas la memoria del "diamante" perdido, y la presencia de los tres hijos varones que la profesora y escritora intenta controlar:

Y vigilas (oh, sólo por encima) / la marcha de la casa, la perfecta/ coordinación de múltiples programas.

Tal como ocurre en el legado moderno de la literatura de la intoxicación y la alteración sensorial, en el poema de Castellanos el fármaco condensa la relación entre la vida, la experiencia sensible y el proceso de inscripción o desborde del sujeto en órdenes que conectan la experiencia sensible al gobierno de la vida que gradualmente incluía también la experiencia afectiva bajo la expansiva mercadotecnia del psico-poder. Lo que no había sido nada frecuente en ese archivo, por cierto, era la escritura de las mujeres ante el proceso extremo de la alteración sensorial. Incluso entre las poéticas de la disidencia farmacológica que identificamos con los movimientos contraculturales de los años 60 (y sus importantes antecedentes modernistas y vanguardistas) son relativamente pocas las escritoras explícitamente devotas de la épica expansión de la conciencia, al menos en los regímenes de la alteración visible.

Diríamos que el libro *Black Out* es una excepción a aquella división del trabajo en los archivos de la literatura drogada o intoxicada, si no fuera porque su formidable relato del exceso ético en los bordes de la autodestrucción narra la experiencia extrema del *black-out* en un entorno intelectual masculino.³⁶ Aunque supone una reflexión personal intensa sobre la disidencia contracultural impactada por la dictadura (disidencia poco reconocida en las historias de la resistencia o del trauma político), la autora del libro casi siempre figura como la única mujer en espacios donde el alcohol circula como sustancia decisiva en la forma de vida y la sociabilidad ligadas especialmente al periodismo de zonas literarias o estético-po-

³⁴ Ver A. Baenninger: *Good Chemistry: The Life and Legacy of Valium Inventor Leo Sternbach*, New York, McGraw-Hill, 2004.

³⁵ F. Berardi (Bifo), *Después del futuro. Desde el futurismo al cyberpunk: el agotamiento de la modernidad*, Madrid, Enclave de Libros, 2014. Trad. Giuseppe Maio.

³⁶ M. Moreno, *Black Out*, Buenos Aires, Random House, 2016.

líticas. En ese sentido, *Black Out* renueva preguntas sobre la bohemia en la historia latinoamericana, una bohemia siempre puesta en jaque por la moralina cívica, como demuestra Bernabé.³⁷ Se desprenden por lo menos dos sugerencias: primero, que en la medida en que producen o al menos provocan lazos y vínculos sociales, el alcohol y la droga no son simples puntos ciegos en una economía anestésica; y segundo, que el acercamiento al papel del alcohol o del fármaco en un entorno, a la hora de investigar un campo literario o intelectual, permite pasar de los mapas de ideologías y contenidos representacionales en las disputas por la autoridad o el capital simbólico a una consideración de la experiencia sensible como aspecto de la vida material y las políticas del cuerpo que intervinieron en el ordenamiento y los desbordes del trabajo intelectual.

Antes de publicar "Valium 10", Rosario Castellanos había trabajado la cuestión del alcoholismo en el marco de los discursos sobre el vicio y la degeneración en *Balún Canán*, su novela indigenista de 1957. Ahí el alcoholismo de Ernesto, maestro rural blanco residente en una zona agrícola mayormente indígena de Yucatán, corroe las reformas pedagógicas y los proyectos integracionistas de Lázaro Cárdenas en los que Castellanos trabajó varios años. En cambio, el poema "Valium 10" supone una elaboración poética distante del análisis del alcoholismo como debilidad del ser nacional que anteriormente mantenía resonancia de los discursos latinoamericanos inspirados en teorías positivistas de la inferioridad racial, e impulsados por figuras del emergente higienismo (como las teorías de la alimentación, la bebida y las jerarquías raciales del mexicano Francisco Bulnes³⁸).

³⁷ M. Bernabé, *Vidas de artista. Bohemia y dandismo en Mariátegui, Valdelomar y Eguren (Lima, 1911-1922)*, Rosario, Beatriz Viterbo/Instituto de Estudios Peruanos, 2006.

³⁸ F. Bulnes, *El pulque. Estudio científico*, México, Antigua Imprenta de Murguía, 1909.

"Valium 10" le sigue la pista a un pequeño objeto de cuño industrial. Es emblemático del nuevo consumo femenino, y explora su impacto en aspectos de la vida diaria, el sueño, la memoria y las lógicas del deseo, la "química pura" del "ordenamiento del mundo". No me interesa necesariamente el cotejo de un referente autobiográfico en estas palabras, aunque no cabe duda de que el nuevo entramado farmacológico de la vida pasa por una forma muy básica del entramado de la "vida intelectual". Es cierto que en el poema de Rosario Castellanos no se nombra el deseo ocluido por ese entramado de la vida de la mujer intelectual. Habrá que seguir las rutas abiertas por una lectora de Castellanos años después, me refiero a la poeta Irizelma Robles y su *El libro de los conjuros*,³⁹ para encontrar una impugnación de la farmacología en el hospital psiquiátrico como traza experiencial y deseante de la poesía: "Vivimos esperando que/ el animal interior/ asome a la superficie".⁴⁰

Me interesa indicar aquí la conexión entre el entramado de la vida como forma que cobra la sensibilidad alterada químicamente y el entorno intelectual situado en los márgenes empíricos de las grandes ideas sobre la "ordenación del mundo" a la que el poema de Castellanos alude irónicamente. En ese sentido, "Valium 10" de Rosario Castellanos implica un reto a la historia de las ideas y los conceptos. No cabe duda, como le recordaba ansiosamente Theodor Adorno a Walter Benjamin, que después de las primeras entregas de la investigación sobre la vida material de los pasajes parisinos en la época de Baudelaire, el materialismo benjaminiano corría el peligro de suspender la mediación conceptual.⁴¹ De eso precisamente

³⁹ I. Robles, *El libro de los conjuros*, San Juan, Folium Editores, 2018.

⁴⁰ Ver especialmente los poemas "Hospitales", "Opiáceo", "Litio", "Prozac" y "Contigo en el Hospital de Goldwater" dedicado a Julia de Burgos.

⁴¹ Ver las cartas y comentarios de Adorno sobre el proyecto benjaminiano de las arcadas de París y el ensayo de la repro-

se trataba, de un clinamen en los objetos mismos que Benjamin relacionaba con la imagen dialéctica. Es cierto, por otro lado, que la "química pura" del Valium en el poema de Castellanos no es un dato ajeno a las mediaciones. Pero lo que sugiere el poema en los últimos versos es que el fármaco introduce una serie de operaciones que desbordan cualquier división clara entre cuerpo y artificio, entre vida anímica e intelectual del sujeto y la materialidad de la mercancía narcótica. Y lo hace en un orden industrial propenso al rediseño químico del afecto.

ducción técnica (pp. 150-175). T. W. Adorno, *Sobre Walter Benjamin. Recensiones, artículos, cartas*, Madrid, Ediciones Cátedra, 1970. Trad. C. Fortea.

Universidad, izquierda y Guerra Fría en el Uruguay de los sesenta



Vania Markarian

Doctora en Historia Latinoamericana (Columbia University, 2003) y Licenciada en Ciencias Históricas (Udelar, 1996). Es Profesora Titular en el Archivo General de la Universidad de la República e integra el Sistema Nacional de Investigadores (Nivel III). Fue Presidenta de la Asociación Uruguaya de Historiadores. Ha sido profesora invitada en la École des Hautes Etudes en Sciences Sociales, New York University, Columbia University, City University of New York, Princeton University, Universidad Nacional de General Sarmiento, Universidad Federal de Minas Gerais y el CLAEH. Tiene numerosas publicaciones sobre el período de la Guerra Fría de Uruguay y Latinoamérica, entre las que se destacan *Idos y recién llegados: La izquierda uruguaya en el exilio y las redes transnacionales de derechos humanos (1967-1984)* y *El 68 uruguayo: El movimiento estudiantil entre molotovs y música beat*, ambos publicados también en inglés.

Aunque a veces nos parezca una prehistoria inverosímil, hubo un tiempo no tan lejano en el que los académicos expresaron serias prevenciones sobre la pertinencia de aceptar financiación extranjera para llevar adelante sus investigaciones. Es cierto que el tono de sus debates se volvió con frecuencia paranoico y por momentos persecutorio, pero también es verdad que en general se preocuparon por analizar minuciosamente los condicionamientos que podrían venir asociados a esas ofertas. Algunas veces, incluso, terminaron rechazando tentadores auspicios de organizaciones internacionales y gobiernos extranjeros.¹ Nada de esto tendría demasiado interés si sólo los hubiera dejado más pobres y aislados. Lo fascinante del caso es que esas consideraciones y contiendas llevaron a muchos a pensar a contrapelo de lo que las organizaciones y gobiernos aconsejaban y a proyectar alternativas sobre qué debían hacer las instituciones del conocimiento de un país pequeño y poco poderoso para cumplir funciones sociales. Lo inquietante es que no lograron llevar adelante casi nada de lo que planificaron y tuvieron que esperar muchos años para volver siquiera a mencionar esa posibilidad. Todo eso ocurrió también en Uruguay hace poco más de medio siglo y de eso trata mi último libro.

Efectivamente, a mediados de los años sesenta del siglo pasado florecieron en la Universidad de la República (Udelar), por entonces la única universidad del país, las polémicas entorno a la recepción de fondos externos para proyectos científicos. Una y otra vez, casi sin descanso, los universitarios uruguayos cruzaron argumentos a favor y en contra de recibir ayuda financiera del exterior para sus actividades de investigación y docencia. Esos cruces catalizaron posiciones sobre la orientación general que debía darse a la casa de estudios en el marco de discusiones similares en América

¹ Este texto es una versión adaptada de la introducción al libro de Vania Markarian, *Universidad, revolución y dólares: dos estudios sobre la Guerra Fría cultural en el Uruguay de los sesenta*, Montevideo, Debate, 2020.

Latina y el mundo acerca del papel social de las instituciones de educación superior. Mi libro reconstruye esas intersecciones y clivajes en dos extensas polémicas que traspasaron los espacios estrictamente institucionales hacia el debate público en tertulias, foros y medios de prensa nacionales. En ellas intervinieron muchos de los más famosos hombres de las ciencias y las letras de entonces (pero casi ninguna de las mujeres), así como sus jóvenes discípulos, un puñado de editores, periodistas y gestores culturales, varios militantes y dirigentes políticos y algunos itinerantes funcionarios internacionales.

El primer intercambio tuvo como foco un programa de formación en ciencias básicas con fondos de la Organización de Estados Americanos (OEA) en el local de la Facultad de Ingeniería y Agrimensura en 1965. A través de su análisis es posible ver cómo la asociación de un enérgico grupo estudiantil de encendida retórica antiimperialista con el sector docente más crítico de las autoridades de esa facultad logró desafiar la orientación profesionalista preponderante hasta entonces en la Udelar. Los debates sobre las modalidades de financiación de la actividad científica fueron centrales en esa dirección porque plantearon de modo palmario la necesidad de definir autónomamente las prioridades de la institución. Hacia mediados de la década, esa unión de capacidades e intereses logró, primero, imponerse en el gobierno central universitario, y casi enseguida, iniciar la renovación de las formas de enseñanza, investigación y práctica profesional de la ingeniería en el país. Aunque esta provechosa alianza pronto naufragó bajo el fuego cruzado de diferentes demandas políticas, la acumulación de luchas compartidas fue un espacio de aprendizaje para las dos generaciones y sustentó el programa de reforma universitaria integral de la Udelar más ambicioso hasta el momento (el llamado "Plan Maggiolo").

La segunda polémica comenzó con un seminario sobre "elites latinoamericanas" auspiciado por el Congreso por

la Libertad de la Cultura (CLC), también en 1965, y atravesó los esfuerzos de profesionalización de las ciencias sociales. La colaboración con algunos de los más reconocidos cultores de esas disciplinas en el continente pareció augurar la diligente profesionalización de sus prácticas en el país. Sin embargo, la denuncia de la CIA como principal financiadora del CLC vino a cuestionar las formas de trabajo y los propósitos de unos campos disciplinares que, desde las tradiciones anglosajonas, proclamaban su superioridad frente a otras formas de conocimiento de lo social. Estas pujas estuvieron enmarcadas, a su vez, en una serie de escándalos regionales sobre la afluencia de dinero de agencias del gobierno de Estados Unidos para estudiar los vínculos del desarrollo social y económico de los países dependientes con el estallido de experiencias revolucionarias. La polémica que nos ocupa contribuyó a la erosión del "tercerismo" de muchos intelectuales uruguayos que terminaron de abandonar esa altiva posición de equidistancia de los poderes dominantes de la Guerra Fría para decantarse por la opción revolucionaria que ofrecía Cuba o embarcarse en los proyectos modernizadores de Estados Unidos. Ese fue uno de los propósitos declarados del desembarco del CLC en Montevideo y sus alianzas con sociólogos y promotores culturales de peso en el medio. Cuando la trama quedó al descubierto, una novel generación de científicos sociales trató de tomar la posta para generar una "sociología nacional" que combinara los nuevos métodos científicos con el compromiso hacia el cambio social. También este proyecto se vio frustrado en medio de la polarización política de esos años.

Los ejemplos podrían haber sido otros y, de hecho, algún otro incidente contemporáneo se retoma en el libro para ofrecer un panorama más amplio y contundente de la importancia de estas polémicas universitarias en la conformación de identidades políticas e intelectuales en el Uruguay de esa época. En todos los casos, el análisis trata de sostener dos afirmaciones que se pretenden audeces. En primer lugar, se postula que, de modo algo pa-

radójico, la aguda politización de los debates sobre esos temas, fundamentalmente en andas del fervor anti imperialista de ciertos grupos estudiantiles, coadyuvó a la definición de políticas científicas, la institucionalización de diferentes disciplinas y la articulación de proyectos globales de reforma universitaria, seguramente los más audaces que conoció la institución en la segunda mitad del siglo veinte. Se afirma, en segundo lugar, que esos acalorados intercambios concurrieron a la trabajosa cimentación de un programa más o menos articulado de cambio social gracias al acercamiento de diversas tradiciones y generaciones de militantes. Se da un paso más y aventura que esos encuentros fueron, en última instancia y no sin vaivenes y múltiples mediaciones, conducentes a la unificación de los sectores de izquierda en la coalición Frente Amplio de cara a las elecciones nacionales de 1971. En ambos casos, se trata de recrear la contingencia de un tiempo histórico que ha quedado signado por el golpe de Estado de 1973, es decir, por la pronta cancelación autoritaria de los diferentes proyectos de transformación social que proliferaron entonces. Sin incurrir en el extremo de arriesgar un condicional contrafáctico (del tipo “qué hubiera pasado si...”), se busca abrir un espacio para pensar las posibilidades académicas y políticas de un conjunto de debates que no pudo llegar a desplegarse en toda su plenitud y de cuya cancelación es tributario nuestro presente.

En pos de desarrollar las herramientas analíticas pertinentes para lidiar con este haz de problemas y temas, el análisis se rehúsa a inscribirse en un único campo de estudios o, quizás mas precisamente, elige posicionarse en la intersección de dos frondosas tradiciones de la historia cultural y política de América Latina en el siglo XX. Por un lado, es claro que abreva en la historia de la educación superior en las múltiples versiones y enfoques que se han desarrollado en Uruguay y en la región: desde viejas líneas afines a la filosofía y a la historia de las ideas hasta los más recientes esfuerzos de comprensión de las insti-

tuciones del conocimiento desde una renovada historia intelectual. Por otro, es ineludible ubicarlo en el más rico y por tanto más inaprensible campo de los estudios del “pasado reciente”, el que desde nuestro presente parece más traumático y que en nuestros países del Cono Sur de América Latina es ya casi sinónimo del marco conceptual y temporal de la Guerra Fría a nivel global. En el cruce de esas dos acumulaciones se va dibujando un enfoque que reconoce como fundantes las contribuciones que a continuación enumero de modo más que somero para no aburrir a los lectores.

En relación al terreno fértil de la historia de la educación superior (que en estos parajes ha sido generalmente de las universidades), los antecedentes más afines temáticamente han estado casi siempre centrados en rastreos de trayectorias institucionales, concepciones pedagógicas, escuelas científicas y corrientes de pensamiento, muchas veces desde una perspectiva colindante con las viejas modalidades de la historia de las ideas en sus búsquedas de orígenes, genealogías, grandes nombres, obras e hitos.² En el seno de ese noble linaje, este trabajo reconoce sus lejanas raíces en la producción del filósofo Arturo Ardao y dialoga animadamente con la obra que Blanca París y Juan Antonio Oddone produjeron hace más de medio siglo atrás tras las huellas de ese maestro.³ Pero, a

² Para una acertada evaluación de las preferencias de la historia de las ideas para el caso francés, que bien pueden aplicarse a sus cultores latinoamericanos, ver P. Rosanvallon, “Para una historia conceptual de lo político (nota de trabajo)”, *Prismas* 6, 2002, pp. 123-133. Recuperado de: https://prismas.unq.edu.ar/OJS/index.php/Prismas/article/view/Rosanvallon_prismas6. Por un panorama de lo que se considera “historia de la educación” en el mundo académico anglosajón, ver G. McCulloch (ed.), *The Routledge Falmer Reader in History of Education*, Nueva York, Routledge, 2005.

³ Ver A. Ardao, *La Universidad de Montevideo: su evolución histórica*, Montevideo, Udelar, 1950. A. Ardao, *Espiritualismo y positivismo en el Uruguay*, México, Fondo de Cultura Económica, 1950. A. Ardao, *Racionalismo y liberalismo en el Uruguay*, Montevideo, Udelar, 1962. B. París de Oddone, *La Universidad de la*

diferencia de esos señeros mojones, no aspira a presentarse como una historia de la Universidad de la República. Por el contrario, se trata deliberadamente de seguir un camino alternativo al recorte de objeto y enfoque de esos historiadores. Se busca, especialmente, tomar distancia de su concepción de la institución como un actor unificado que, de modo fundamentalmente teleológico, habría encarnado, casi que desde su fundación a mediados del siglo XIX, los principios de la generación que consagró el cogobierno y la autonomía en los años 50 del siglo XX, en episódica y épica confrontación con los poderes políticos de turno (promoción a la que, no está de más recordar, pertenecieron esos destacados autores).⁴ No fue fácil articular una crítica verosímil a esa forma de pensar a la que era entonces la única institución de educación superior del país, tanto por la erudición de esas obras fundantes como por su carácter pionero y hasta hace muy poco exclusivo en el abordaje de su objeto. A su vez, esos aportes deben entenderse, precisamente, desde el lugar monopólico y central que ocupó la Universidad de la República en nuestra historia intelectual, tal como sugirió Tulio Halperín Donghi al reconocer la primacía de los antecedentes uruguayos en su también precursora *Historia de la Universidad de Buenos Aires*.⁵ A

República en la formación de nuestra conciencia liberal, Montevideo, Udelar, 1958. J. A. Oddone y B. París de Oddone, *Historia de la Universidad de Montevideo: la universidad vieja, 1849-1885*, Montevideo, Udelar, 1963. B. París de Oddone, *La universidad uruguaya entre el militarismo y la crisis, 1885-1958*, Montevideo, Udelar, 1971. El período posterior fue abordado por París en los años de 1990 y quedó inédito a su muerte en 2008. Fue luego editado como *La Universidad de la República desde la crisis a la intervención, 1958-1973*, Montevideo, Udelar, 2010.

⁴ Una visión más concisa y descarnada de esa concepción, escrita desde el exilio de su autora, se puede leer en B. París de Oddone, *La universidad uruguaya: historia de una vocación autonómica, 1849-1958*, México, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), 1979.

⁵ Ver T. Halperín Donghi, *Historia de la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Eudeba, 1962. La obra de Halperín tuvo pocas continuaciones hasta los cuidadosos trabajos de Pablo Bu-

más de 30 años de que Udelar perdiera esa exclusividad con la fundación de la Universidad Católica del Uruguay (UCU) en 1984 y a largos 50 de que París y Oddone produjeran esa primera exploración de su historia, parecía hora de intentar trascender el cerco del enfoque institucional y frecuentemente monolítico de su análisis.

Tal ha sido, en los últimos tres lustros, la osada empresa del equipo de investigadores del Archivo General de la Universidad de la República, donde nació y se desarrolló mi trabajo. La primera meta fue ampliar sustancialmente la base documental que en su momento ordenaron esos mismos autores para poder escribir sus copiosos volúmenes. La recopilación de dos decenas de archivos privados de docentes destacados da fe de ese esfuerzo.⁶ Tratamos, en seguida, de asentar nuestras investigaciones en una lectura atenta de la acumulación existente, pero también en diálogo con un campo interdisciplinar y más interconectado por otros aportes de la historiografía social, política y cultural del país y la región. Hemos intentado, sobre todo, indagar en los conflictos internos de la institución, las superposiciones de intereses y las contradicciones en las formas de entender sus funciones, no como perversiones puntuales de un camino conducente a la realización de algunos principios colocados fuera de su historia, sino como parte integral de una trayectoria contingente que solo puede entenderse a partir de esas

chbinder sobre el conjunto de las universidades argentinas. Ver P. Buchbinder, *Historia de las universidades argentinas*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 2005.

⁶ Ver listado y descripción de estas colecciones documentales en el sitio del Archivo General de la Universidad de la República (Udelar), “Fondo histórico”, 2 de enero del 2023. Disponible en: <https://agu.udelar.edu.uy/fondo-historico/>. Los fondos ordenados por París y Oddone fueron trasladados al Archivo General de la Nación (AGN) durante el período de la intervención de Udelar. Para conocer una breve historia de la recomposición del archivo universitario, ver V. Markarian, “El Archivo General de la Universidad de la República: una experiencia de aprendizaje de conservación e investigación con documentos históricos”, *Alteheia*, vol. 6, nro. 11, octubre 2015.

tensiones. Reconociendo que una nueva obra de síntesis no es posible desde esas preocupaciones, mi trabajo es, con aciertos y errores, el fruto meditado de ese atrevido y respetuoso empeño por ir más allá de las piezas fundantes de nuestra historia institucional.

En esa búsqueda y sus hallazgos ha sido central el encuentro con indagaciones desarrolladas en la región con el propósito de inscribir a las instituciones del conocimiento en los cuadros más abarcadores de una nueva historia intelectual, preocupada tanto por la producción y circulación de las ideas, por sus redes materiales y formas de sustentación, como por las interconexiones entre los campos del saber y del poder en diferentes contextos históricos. Luego de mencionar los estudios ya ineludibles de Silvia Sigal y Oscar Terán, me amparo bajo el paraguas que abrió Carlos Altamirano desde el programa de historia intelectual de la Universidad Nacional de Quilmes porque allí se articularon algunas preocupaciones antes dispersas sobre la importancia de los intelectuales en la historia social y política del continente.⁷ Ese espacio de intercambio me ayudó a pensar críticamente un asunto, el de las formas de financiación y organización de la actividad intelectual, que interpela directamente las prácticas historiográficas que dan sustento a este texto y compele a develar sus lugares de enunciación. Mi enfoque se ha nutrido particularmente de la disposición cuestionadora hacia las universidades y los universitarios

⁷ Ver S. Sigal, *Intelectuales y poder en la Argentina: la década del sesenta*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002. O. Terán, *Nuestros años sesentas: la formación de la nueva izquierda intelectual argentina, 1956-1966*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1993. Por el enfoque del programa orientado por Altamirano, ver C. Altamirano, *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005; C., Altamirano, "De la historia política a la historia intelectual: reactivaciones y renovaciones", *Prismas* 9, 2005, pp. 11-18; y J. Myers (ed.), *Historia de los intelectuales I: la ciudad letrada de la conquista al modernismo*, Buenos Aires, Katz, 2008 y C. Altamirano (ed.), *Historia de los intelectuales en América Latina II: los avatares de la "ciudad letrada" en el siglo XX*, Buenos Aires, Katz, 2010.

latinoamericanos de quienes enfrentaron con valentía el caudaloso cauce del llamado "reformismo universitario", de legendario origen en Córdoba en 1918 y rápida difusión por el subcontinente. Reafirmé así mi voluntad de pensar críticamente esa tradición típicamente latinoamericana y sus derivas en Uruguay, así como de reinterpretar la literatura ya clásica sobre esos asuntos, producida desde un inicio por quienes se proclamaban sus herederos.⁸

En todos los casos, el esfuerzo más grande se dirigió a explicitar los velos que las inserciones institucionales y herencias culturales del presente interponen al estudiar las de otros universitarios en el pasado. Por supuesto que la inspiración obligada de este ahínco es el proverbial *homo academicus* donde Pierre Bourdieu dirigió toda su agudeza analítica y su capacidad interpretativa a su propio grupo, el de los profesores universitarios franceses, para recordarnos que el poder académico y el prestigio intelectual son, a la vez, armas y objetos de pugna dentro de las universidades. El sociólogo demostró así que el campo de la universidad, denificado como un conjunto de relaciones entre las varias posiciones y disciplinas resultantes de la distribución de esas formas de capital y poder, es el lugar de una batalla constante destinada a alterar su misma estructura.⁹ Desde esa perspectiva se percibe más claramente que las tensiones entre politización y autonomía académica han sido constitutivas de los procesos de institucionalización disciplinar, no solo en las ciencias sociales, pero en éstas de modo particularmente evidente. Los estudiosos de esos procesos en

⁸ Ver A. C. Agüero y A. Eujanian (eds.), *Variaciones del reformismo: tiempos y experiencias*, Rosario, Universidad Nacional de Rosario/hya ediciones, 2018. Este volumen integra una colección de 7 tomos llamada "Dimensiones del reformismo" que, bajo la dirección de Alejandro Eujanian, Natacha Bacolla y Diego Mauro, comparte ese espíritu crítico.

⁹ Ver P. Bourdieu, *Homo academicus*. Buenos Aires, Siglo XXI, [1984] 2008.

nuestras costas han enfatizado suficientemente hasta qué punto las prácticas académicas y las construcciones institucionales de la Sociología y los sociólogos latinoamericanos deben entenderse en la urdimbre de las mismas sociedades que intentaron explicar y en las tramas transnacionales de unos saberes que fueron ganando preponderancia a nivel global y otorgando legitimidad a sus cultores frente a otras formas de pensar lo social en los años que nos ocupan.¹⁰

Mi trabajo asume ese desafío al tratar de pensar las condiciones de posibilidad de los diferentes espacios disciplinares, la naturaleza de sus formas de producir conocimiento y sus siempre complejas relaciones con las políticas públicas y los aspectos más oscuros del poder político, especialmente, en este caso, las políticas imperiales de Estados Unidos.¹¹ Trata de no perder de vista, a su vez, que los procesos de modernización académica pueden llevarse a cabo bajo diferentes signos político-ideológicos y en ambiguas relaciones con aspiraciones de reforma institucional de muy variado sustento doctrinario.¹² Esto nos remite nuevamente a Pierre Bourdieu y su "teoría de los campos". Para éste autor, un "campo" es un

¹⁰ Ver F. Beigel (ed.), *Autonomía y dependencia académica: universidad e investigación científica en un circuito periférico, Chile y Argentina, 1950-1980*, Buenos Aires, Biblos, 2010. Ver también A. Blanco, *Razón y modernidad: Gino Germani y la Sociología en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006. A. Blanco y L. C. Jackson, *Sociología en el espejo: ensayistas, científicos sociales y críticos literarios en Brasil y en la Argentina, 1930-1970*, Buenos Aires, UNQ Editorial, 2015. A. Blanco y A. Brasil Jr, "A circulação internacional de Florestan Fernandes", *Sociologia & Antropologia*, vol. 8, nº 1, 2018.

¹¹ Ver D. H. Price, *Cold War Anthropology: The CIA, the Pentagon, and the Growth of Dual Use Anthropology*, Durham N.C., Duke University Press, 2016 y M. E. Latham, *Modernization as Ideology: American Social Sciences and "Nation Building" in the Kennedy Era*, Chapel Hill N.C., The University of North Carolina Press, 2000.

¹² Ver R. Patto Sá Motta, *As universidades e o regime militar: Cultura política brasileira e modernização autoritária*, Rio de Janeiro, Zahar, 2014.

espacio social de acción, es decir, una configuración de relaciones sociales o, en sus palabras, "un estado de la relación de fuerzas entre los agentes o las instituciones que intervienen en la lucha".¹³ Queda claro de esta forma que los campos culturales, intelectuales o académicos se constituyen como espacios sociales relativamente autónomos, pero atravesados por relaciones de poder que los trascienden. En el periodo considerado en este trabajo, se los concebía simultáneamente como arena de lucha, herramientas de cambio y terrenos de experimentación de la nueva conciencia que habría de acompañar las transformaciones sociales que se creían inminentes. El desafío es entonces percibir las múltiples tensiones entre las propuestas innovadoras que iban apareciendo en esos campos y algunos de los proyectos de cambio que signaron esa etapa en América Latina, marcada tanto por la conciencia de vivir una era revolucionaria en el orden social y económico como por "la percepción compartida de la transformación inevitable y deseada del universo de las instituciones, la subjetividad, el arte y la cultura", en palabras de Claudia Gilman.¹⁴

Otras formas de comprensión de los intelectuales y las instituciones del conocimiento en Uruguay han sido más marginales en la construcción de mi enfoque. Me refiero tanto las vertientes contemporáneas de la Sociología de la Educación como los varios estudios que han apuntado a reconstruir la trabajosa creación de sistemas integrados de ciencia y tecnología, o a examinar la relación de éstas con el sector productivo y las políticas públicas.¹⁵ En este

¹³ P. Bourdieu, "Algunas propiedades de los campos", *Campo de poder, campo intelectual: Itinerario de un concepto*, Buenos Aires, Quadrata, 2003, p. 120.

¹⁴ C. Gilman, *Entre la pluma y el fusil: debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003, pp. 33 y 35-56.

¹⁵ Ver R. Arocena y J. Sutz, "Personajes en busca de un destino: ciencia, tecnología e innovación en el Uruguay contemporáneo", G. Caetano (ed.), *20 años de democracia, Uruguay 1985-2005: miradas múltiples*, Montevideo, Taurus, 2005. A. Garcé,

recuento de antecedentes sería posible incluir también algunas monografías sobre asuntos puntuales (centros, disciplinas y coyunturas), muchas veces realizadas con la intención de subrayar trayectorias y logros.

Con respecto al campo más aluvional y frondoso de la historia reciente latinoamericana, mantengo una relación tan estrecha como deliberadamente crítica y por momentos exasperada. Trato de distanciarme, en particular, de un modo de explicación demasiado pegado a los avatares políticos que determinaron las crisis de los modelos democráticos de la segunda postguerra, la resultante polarización y la final frustración de todo programa de cambios en las dictaduras y la brutal represión de las décadas siguientes. Estos énfasis no son caprichosos. Se entienden porque el campo de estudios de lo que en el Cono Sur seguimos denominando “pasado reciente” se desarrolló en sus comienzos para dar cuenta de la instalación de los “nuevos autoritarismos” de los años 60 y 70, y mantuvo esa disposición al menos hasta las recuperaciones democráticas de los 80 y 90, por encima de la sucesiva predominancia de las diferentes disciplinas y enfoques temáticos.¹⁶ En relación a las izquierdas, esa literatura, inicialmente escrita por los propios protagonistas, ha estado excesivamente centrada en las dimensiones sobre la lucha armada y el tema de las “vías” revolucionarias con extensas disquisiciones sobre las divisiones entre “viejas” y “nuevas” izquierdas, una fastidio-

Ideas y competencia política en Uruguay, 1960-1973: revisando el “fracaso” de la CIDE, Montevideo, Trilce, 2002. Los artículos de M. L. Martínez, A. Davyt y A. Chiancone recogidos en *Políticas científicas, tecnológicas y de innovación en el Uruguay contemporáneo, 1911-2011*, Montevideo, Agencia Nacional de Investigación e Innovación, 2012.

¹⁶ Por una visión panorámica de la evolución de ese campo de estudios en Uruguay, ver A. Marchesi y V. Markarian, “Cinco décadas de estudios sobre la crisis, la democracia y el autoritarismo en Uruguay”, *Contemporánea* 3, 2012. Por Argentina, ver M. Franco y F. Levín (eds.), *Historia reciente: perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Buenos Aires, Paidós, 2007.

sa atención a las trayectorias institucionales, los cismas y reagrupamientos, un exhaustivo balance de ideologías y doctrinas y una suerte de obsesión con la influencia de la Revolución Cubana y el papel de su dirigencia en esos procesos a escala continental.¹⁷ De alguna manera, esa literatura funcionaba como una justificación (en ocasiones una disculpa) meditada y muchas veces documentada de su papel en esos acontecimientos, generalmente enfocada en los aspectos más traumáticos o espectaculares. Otra vez, los acentos no son antojadizos, sino que expresan las inquietudes de una memoria militante que ha buscado hilar en el presente las razones de tantas derrotas y reconversiones. Pero, de nuevo, a más de medio siglo de todo eso, salta a la vista que esta restricción del abanico de asuntos en disputa ha terminado por empobrecer nuestra comprensión de la diversidad de formas de entender y promover las transformaciones sociales que estuvieron en juego en esa época.

Claro que estas inquietudes e insatisfacciones con esas primeras explicaciones no me son exclusivas ni resultan a esta altura tan novedosas. Hace ya más de una década que se vienen expresando en una nueva línea de análisis de la historia de las izquierdas latinoamericanas de la segunda mitad del siglo XX, con copiosos ejemplos en todo el continente, que busca ampliar las intersecciones entre cultura y política para entender la variedad de modos posibles de cuestionar el orden establecido y enfrentar críticamente la expansión del capitalismo estadounidense en las sociedades de la posguerra.¹⁸ Los estudios sobre

¹⁷ Por un enfoque de este tipo para el conjunto del continente, ver Jorge Castañeda, *Utopía Unarmed, The Latin American Left After the Cold War*, Nueva York, Vintage Book, 1994. Por llamados a la renovación de esos enfoques, ver E. Zolov, “Expanding our conceptual horizons: The Shift from and Old to a New Left in Latin America”, *A contracorriente*, vol. 5, nro. 2, 2008, pp. 47-63 y V. Markarian, “Sobre viejas y nuevas izquierdas: Los jóvenes comunistas uruguayos y el movimiento estudiantil de 1968”, *Secuencia*, 81, septiembre/diciembre 2011, pp. 161-186.

¹⁸ Por nombrar solo algunos de esos ejemplos recientes: V.

movimientos juveniles, especialmente los universitarios, son una rama arborescente de esta regeneración. En trabajos anteriores me inspiré en la abundante bibliografía que, sobre todo desde Estados Unidos, ha relacionado con éxito los cambios en las costumbres y modos de sociabilidad de los jóvenes nacidos luego de la Segunda Guerra Mundial --en medio de profundas modificaciones de la estructura y los valores familiares-- con la irrupción de movimientos de protesta en torno a demandas políticas y la masificación de algunas formas de resistencia contracultural.¹⁹ Esa perspectiva volvió a influirme para pensar las particulares formas de acción de los estudiantes uruguayos en las polémicas sobre financiación y organización de la actividad científica.

En su conjunto, esta producción renovada sobre las izquierdas y los movimientos de protesta tiene amplias zonas de contagio con los nuevos estudios de la Guerra Fría en América Latina.²⁰ Uno de los rasgos más intere-

Markarian, *El 68 uruguayo: el movimiento estudiantil entre molotovs y música beat*, Buenos Aires, Editorial Universidad Nacional de Quilmes, 2012; P. Barr-Melej, *Psychedelic Chile: Youth, Counterculture, and Politics in the Road to Socialism and Dictatorship*, Chapel Hill N.C., The University of North Carolina Press, 2017; y A. Marchesi, *Hacer la revolución: Guerrillas latinoamericanas de los sesenta a la caída del muro*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2019.

¹⁹ Ver V. Markarian, *El 68 uruguayo*. Entre esas influencias, ver por ejemplo para el caso de Estados Unidos, Douglas C. Rossinow, *The Politics of Authenticity: Liberalism, Christianity, and the New Left in America*, Nueva York, Columbia University Press, 1998 y D. Farber (ed.), *The Sixties: From Memory to History*, Chapel Hill N.C., The University of North Carolina Press, 1994; y para América Latina, V. Langland, *Speaking of Flowers: Student Movements and the Making and Remembering of 1968 in Military Brazil*, Durham N.C., Duke University Press, 2013 y V. Manzano, *The Age of Youth in Argentina: Culture, Politics, and Sexuality from Perón to Videla*, Chapel Hill N.C., The University of North Carolina Press, 2014.

²⁰ Una genealogía impresionista de esa renovación podría arrancar con Greg Grandin, *The Last Colonial Massacre: Latin America in the Cold War*, Chicago, The University of Chicago Press, 2004, seguir con los artículos recopilados en el libro de G. M. Joseph y D. Spenser (eds.), *In from the Cold: Latin Ameri-*

santes de esos estudios es la ampliación del marco cronológico que permite integrar la radicalización política y la instalación de autoritarismos de nuevo tipo dentro del despliegue más largo y lento de la Guerra Fría, y aun recuperar sus fundamentos en tiempos y rivalidades anteriores. Otra de sus características es un movimiento de escalas que permite enfocarse en las rearticulaciones a nivel local de ese conflicto global y en las circulaciones transnacionales de personas e ideas en esos contextos, con cierto margen de autonomía de sus motivaciones con respecto a los designios directos de Estados Unidos y la Unión Soviética, los dos poderes dominantes del momento. Esa ampliación de los espacios y tiempos ha ido acompañada por la incorporación de nuevas dimensiones y actores en un enfrentamiento antes frecuentemente restringido a las estrategias globales de esas dos potencias.

Los estudios sobre lo que se ha denominado “Guerra Fría cultural” han sido particularmente sugerentes en ese sentido.²¹ Una serie de enfoques centrados en episodios y organizaciones me ha permitido insertar conclusiones sobre las formas de financiación de la actividad universitaria uruguaya en un relato documentado y matizado acerca de las formas de actuación de los diversos centros de poder involucrados en ese conflicto y de sus intersec-

ca’s New Encounter with the Cold, Durham N.C., Duke University Press, 2008, hacer ancla en el más abarcativo volumen de Odd Arne Westad, *The Global Cold War: Third World Interventions and the Making of Our Times*, Londres, Cambridge University Press, 2007 y reconocer nuevos resultados monográficos en Tanya Harmer, *Allende’s Chile and the Inter American Cold War*, Chapel Hill N.C., The University of North Carolina Press, 2011.

²¹ Como ejemplo de estos estudios trazo un arco que va del pionero estudio de Frances Stonor Saunders, *The Cultural Cold War: The CIA and the World of Arts and Letters*, Nueva York, The New Press, 1999 hasta la recopilación panorámica sobre América Latina de B. Calandra y M. Franco (eds.), *La guerra fría cultural en América Latina: Desafíos y límites para una nueva mirada de las relaciones interamericanas*, Buenos Aires, Biblos, 2012.

ciones con los intelectuales y artistas latinoamericanos.²² De todas estas aproximaciones me interesa destacar una visión que trasciende concepciones mecanicistas sobre el “imperialismo cultural” para entender los intereses imperiales, sobre todo de Estados Unidos, en sus profundas imbricaciones y vínculos de mutua conveniencia con diversos actores de la sociedad y la cultura a nivel local.²³

Ubicándose entonces en la intersección entre una historia de las instituciones educativas renovada por la historia intelectual y unos estudios del pasado reciente inserto en el campo más amplio de la Guerra Fría, mi trabajo aborda las relaciones entre las izquierdas y la reforma de la educación superior en el Uruguay de los 60 a partir del análisis detallado de las polémicas sobre financiación externa de programas académicos. Al entrar en tema, comencemos por decir que el nivel de beligerancia que expresaron esos debates fue la principal señal de alerta que me llevó a tratar de desentrañar su importancia en el campo intelectual de la época. El tono resultaba todavía más sorprendente al constatar que no estábamos frente a la irrupción de una temática nueva para los universitarios y otras personas interesadas en los temas educativos. Por el contrario, esos asuntos habían sido parte integral

²² Ver A. Petra, “El Proyecto Marginalidad: Los intelectuales latinoamericanos y el imperialismo cultural”, *Políticas de la Memoria* 8/9, 2008, pp. 249-260; M. Plotkin, “U.S. Foundations, Cultural Imperialism, and Transnational Misunderstandings: The Case of the Marginality Project”, *Journal of Latin American Studies*, vol. 47 nro. 1, 2015, pp. 65-92; K. Jannello, “Redes intelectuales y Guerra Fría: La agenda argentina del Congreso por la Libertad de la Cultura”, *Revista de la Red Intercatedras de Historia de América Latina Contemporánea* 1, 2014, pp. 60-85; y P. Iber, *Neither Peace nor Freedom: The Cultural Cold War in Latin America*, Cambridge, Harvard University Press, 2015.

²³ Los debates sobre “imperialismo cultural” tampoco son nuevos. Para una introducción a los mismos, ver J. Tomlinson, *Cultural Imperialism: A Critical Introduction*, Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1991. Por un texto fundante de los nuevos enfoques, ver G. M. Joseph, C. LeGrand y R. Salvatore (eds.), *Close Encounters of Empire: Writing the Cultural History of U.S.-Latin American Relations*, Durham N.C., Duke University Press, 1998.

de la construcción de un nuevo orden internacional en la segunda posguerra y, por ende, de la formulación de políticas públicas de los Estados nacionales de todo el globo. De la mano de los desarrollismos y las teorías de la modernización en boga en Estados Unidos, muchos intelectuales y políticos involucrados en estos procesos adhirieron a la idea de que las instituciones del conocimiento eran factores esenciales para el desarrollo económico y social de sus países.²⁴ De acuerdo a esta lógica, la reforma de las universidades para promover el cultivo de la ciencia y la tecnología en base a estándares internacionales, constituía la piedra de toque del cambio social, también en las regiones más pobres del planeta. Esta línea de razonamiento, con sus matices y declinaciones ideológicas, políticas y culturales, atravesó la creación de organizaciones como la UNESCO y la convocatoria a numerosas conferencias sobre educación, ciencia y tecnología, fundamentó extensos programas de apoyo internacional a programas de investigación llevados adelante por diversas fundaciones y estuvo presente incluso en las plataformas de varios movimientos nacionalistas y anti-coloniales de los años 50 y 60.

Efectivamente, las fuentes primarias de esas décadas evidencian la creciente importancia de esos asuntos en el debate público de los diferentes países. En Uruguay, sin embargo, se ha prestado escasa atención a su impacto en la conformación de un campo intelectual casi siempre asimilado a las letras, las artes y las humanidades en sentido lato, en desmedro de sus vínculos con otras áreas de la creación cultural. De hecho, los hitos y periodizaciones de esa época han sido determinados en base a la actividad literaria de la llamada “generación del 45”, “generación crítica” o “generación de las revistas”, con sus derivas

²⁴ Para adquirir una visión general de aquellas visiones de modernización y sus antecedentes coloniales e imperiales, consultar D. C. Engerman, N. Gilman y M. E. Latham, *Staging Growth: Modernization, Development, and the Global Cold War*, Amherst, University of Massachusetts Press, 2003.

políticas, sin atender específicamente a sus conexiones con otras disciplinas, sus instituciones y espacios de socialización y producción de conocimiento. En el señero estudio de esa etapa, Ángel Rama –integrante y exégeta de esa generación– enumera algunos aportes de las áreas sociales y humanas (Sociología, Economía, Historia) y sus contemporáneos procesos de renovación, pero no menciona siquiera otros campos científicos.²⁵ El papel de la Universidad de la República también es referido de modo ocasional, pero escapa al análisis sistemático, por más que en ella revistaron como docentes muchos de los mismos intelectuales en un período en que esa calidad se definía en tensas relaciones con las de “académico” y “técnico”, dos rótulos que los “científicos” también podían disputar.²⁶

Una mirada atenta a esos temas permite descubrir un panorama diferente. Detecta, por ejemplo, que el prestigioso semanario *Marcha* –que nucleaba desde 1939 a los intelectuales y críticos más importantes de la generación recién referida– fue dedicando cada vez más espacio a cubrir el desarrollo de la investigación en el país y en el mundo, habiendo una sección que, bajo el nombre “Científicas”, presentaba análisis, y también novedades más o menos curiosidades sobre esos asuntos. Un cierto entusiasmo sobre el impacto de la ciencia en la vida co-

²⁵ Ver Á. Rama, “La generación crítica, 1939-1969”, en AA.VV., *Uruguay hoy*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971. Consultar también E. Rodríguez Monegal, *Literatura uruguaya del medio siglo*, Montevideo, Alfa, 1966 y los posteriores trabajos de Pablo Rocca, incluyendo su *Ángel Rama, Emir Rodríguez Monegal y el Brasil: dos caras de un proyecto latinoamericano*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2006.

²⁶ Por este tema, ver M. E. Jung, “Nuevos saberes, nuevas profesiones, nuevos técnicos: usos y sentidos de un término en disputa, 1955-1973”, *Políticas de la Memoria* 18, 2019. Una reciente excepción relacionada con el campo de las artes y la arquitectura y sus enclaves universitarios es el libro de Gabriel Peluffo, *Crónicas del entusiasmo: arte cultura y política en los sesenta, Uruguay y nexos rioplatenses*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2018.

tidiana y las posibilidades a futuro permeaba estas notas de ascendente regularidad hasta los 60, junto con visiones críticas sobre lo que debía hacerse para mejorar la situación nacional.²⁷ En un sentido similar, cabe señalar que tanto *Marcha* como otros periódicos de circulación nacional mantuvieron en esa etapa una cobertura permanente de la interna universitaria, generalmente relacionada con temas políticos más amplios, pero también como espacio clave de producción de conocimiento y cultura en el país.

Recordemos una vez más que la UdelaR era entonces la única institución de educación superior en Uruguay, lo cual la ponía en un lugar central de todas las controversias educativas. En la década que nos ocupa, triplicó su población estudiantil y duplicó su oferta curricular al tiempo que se consolidaba en su dirección el sector que había propulsado la Ley Orgánica de 1958 logrando democratizar los modos de funcionamiento mediante la consolidación del cogobierno, consagrando la autonomía administrativa, académica y presupuestal del poder político e incrementando el rango de acciones sociales de la institución.²⁸ El ascenso de esos sectores, que podríamos llamar “reformistas” por sus apelaciones más o menos directas al legado de Córdoba, encontró múltiples resistencias internas y externas. Por un lado, quie-

²⁷ Ver el segundo suplemento relativo al vigesimoquinto aniversario del Semanario, enteramente dedicado a “Ciencia, religión y enseñanza” y con sendos artículos sobre el primer eje de la pluma de Arturo Ardao, Rodolfo Tálice, Germán Villar y Alfonso Frangella, en *Marcha*, 12 de junio de 1964.

²⁸ No hay estudios sistemáticos anteriores a 1960. Los datos disponibles indican que la población estudiantil creció de 7.000 en los años 50 a 15.320 según el censo de 1960, y 18.610 en 1968. Ver M. Otero, *El sistema educativo y la situación nacional*, Montevideo, Nuestra Tierra, 1969. Dirección General de Planeamiento, *Datos básicos del VII censo de estudiantes universitarios de grado*, Montevideo, UdelaR, 2012. Para conocer el panorama de los cambios institucionales en este período, ver Blanca París de Oddone, *La Universidad de la República desde la crisis a la intervención*, Montevideo, Universitarias, 2010.

nes habían respaldado esos cambios no constituían un grupo homogéneo y, aun haciendo acuerdo en los principios básicos de la carta orgánica, diferían sobre su significado preciso para la orientación de la institución en el futuro inmediato. Permanecían abiertos, por ejemplo, los debates sobre la reformulación de la estructura, especialmente en lo concerniente al lugar de la investigación en una universidad que siguió estando organizada federativamente en facultades de marcada orientación profesionalista. El ataque a ese viejo modelo activó, además, a los sectores que derivaban su prestigio académico y su poder político de esa misma forma de organización que los más comprometidos con la idea de una institución dedicada primordialmente a la investigación trataban ahora de modificar.

Por otra parte, el acceso directo de los estudiantes a los órganos máximos de gobierno, tanto en las facultades como a nivel central, coincidió con una reorientación de sus gremiales, nucleadas desde 1929 en la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay (FEUU), hacia la izquierda de predominancia marxista y rápidamente pro cubana.²⁹ Esto ocasionó el temor y el rechazo de muchos universitarios en principio favorables a la participación estudiantil, y desató una campaña encarnizada por parte de sectores políticos vinculados a las alas más conservadoras de los partidos tradicionales, que veían disminuir sus posibilidades de mantener el modelo de la institución como formadora de profesionales y cuadros dirigentes de empresas públicas y privadas. Surgieron, a su vez, propuestas de modernización de la educación superior en el país que cuestionaban el lugar monopolístico de la Udelar y apuntaban a reestructurar el sistema educativo en base a criterios de eficiencia de corto plazo definidos por las necesidades del mercado.³⁰ Las tensio-

²⁹ Ver M. Van Aken, *Los militantes: una historia del movimiento estudiantil universitario uruguayo desde sus orígenes hasta 1966*, Montevideo, FCU, 1990, pp. 171-195.

³⁰ Ver M. E. Jung, "De la Universidad del Norte a la Universidad

nes con esos sectores, de creciente influencia en el gobierno nacional con los ejecutivos colegiados de mayoría blanca entre 1959 y 1967, se expresaron muchas veces en recortes y atrasos presupuestales que dificultaron el funcionamiento de la institución, redoblaron el ánimo de enfrentamiento de sus integrantes y terminaron reforzando la imagen de caos, ineficiencia, masificación y extrema politización que esos mismos grupos difundían.³¹

Estos debates, por otra parte muy similares a los que se procesaban en la región, no condujeron en Uruguay, como lo hicieron en varios de esos países, a la efectiva diversificación del sistema terciario ni en lo que hace a su cobertura geográfica ni en lo relativo a la participación privada.³² La Udelar siguió siendo la única institución de su tipo en todo el período que nos ocupa y sobre ella recayeron, una y otra vez, todas las quejas y esperanzas entonces depositadas en el papel de la educación superior en el desarrollo nacional. Ese contexto ayuda a entender algunas de las ramificaciones de las polémicas sobre financiamiento externo, especialmente porque en ellas se desplegó el abanico de críticas, por izquierda y por derecha, al persistente modelo federativo y profesionalista de

para el desarrollo, 1968-1970", En *Contemporánea*, 4, 2013, pp. 99-123.

³¹ El Partido Nacional o Blanco es uno de los dos partidos tradicionales del sistema político uruguayo junto con el Partido Colorado. Este partido tuvo mayoría en el Poder Ejecutivo de integración colectiva o colegiada entre las elecciones nacionales de 1958 y las de 1966. Por este tema, ver M. Broquetas, *La trama autoritaria: derechas y violencia en Uruguay, 1958-1966*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2015.

³² Para Argentina, ver P. Buchbinder, *Historia de las universidades argentinas* y especialmente L. G. Rodríguez y G. Soprano, "La política universitaria de la dictadura militar en la Argentina: Proyectos de reestructuración del sistema de educación superior (1976-1983)", *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos*, 2009. Disponible en <http://nuevomundo.revues.org/56023>. Por un enfoque regional comparativo, ver J. J. Brunner y A. Barrios, *Inquisición, mercado y filantropía: ciencias sociales y autoritarismo en Argentina, Brasil, Chile y Uruguay*, Santiago de Chile, FLACSO, 1987.

la universidad nacional.

Efectivamente, las controversias de la comunidad universitaria sobre las implicancias de aceptar ayuda económica extranjera para mejorar el desempeño de su casa de estudios se sumaron a ese trasfondo contencioso. Las que trascendieron las paredes de la institución hacia espacios de debate público, como las que analizo en mi último libro, abarcaron disciplinas tan diferentes como la matemática, la obstetricia y la sociología y pusieron en entredicho la recepción de fondos de organizaciones internacionales, fundaciones de asistencia y diferentes gobiernos que en la década anterior habían apoyado proyectos en distintas áreas del conocimiento sin mayores problemas. Las ofertas de estas fuentes de financiamiento habían crecido exponencialmente en esa etapa; primero, en base a la Filantropía de los últimos años de la política de "buena vecindad" y luego, de la mano de las nuevas políticas de Estados Unidos de prevención de los estallidos revolucionarios en base a programas de asistencia, tal como terminó de articular la Alianza para el Progreso (AFP, por su sigla en inglés).³³ En Uruguay, como en otros países latinoamericanos que atravesaban tiempos de crisis económica y recortes presupuestales del gobierno nacional, fue creciendo la avidez por estos recursos, aunque el pequeño país sudamericano nunca estuvo entre las prioridades de esas agencias por diferentes razones de importancia geopolítica y desarrollo institucional.³⁴

De todos modos, en un medio estrecho y empobrecido, aumentaron también entonces los cuestionamientos a las condiciones explícitas e implícitas en este mo-

³³ Para conocer el panorama general del impacto de esas iniciativas en América Latina, ver D. Levy, *To Export Progress: The Golden Age of University Assistance in the Americas*, Bloomington, The University of Indiana Press, 2005.

³⁴ La situación recién cambió en los años 80 con el desarrollo de centros privados de investigación bajo dictadura. Ver ibídem, pp. 66-67.

derado flujo de dinero. La actitud de alerta tenía bases en el acendrado anti imperialismo de amplios sectores intelectuales y estudiantiles que, habiendo partido en muchos casos del "tercerismo", una posición meditada y doctrinariamente equidistante frente a los poderes de la naciente Guerra Fría, habían consolidado su rechazo a las políticas de Estados Unidos en la región con sus intervenciones en Guatemala (1954), Cuba (1961) y República Dominicana (1965).³⁵ Esa desconfianza fue alimentada al promediar los 60 con el estallido de sucesivos escándalos por las intenciones de proyectos de investigación social muy diferentes pero auspiciados por agencias de gobierno del coloso del norte, como el Plan Camelot en Chile, o por fundaciones de ese mismo origen, como la Ford, en el caso del Proyecto Marginalidades, primero en Chile y luego en Argentina, así como ante las repetidas denuncias de los propósitos normalizadores del peripatético asesor y consultor Rudolph Atcon con respecto a las universidades latinoamericanas.

Para ese entonces, la asociación entre educación y desarrollo había entrado en crisis incluso dentro de las instituciones educativas. He aquí la principal razón de la acentuada beligerancia que encontramos en los debates sobre financiación externa de mediados de los 60 en Uruguay. Mientras desde el gobierno se atacaba a la universidad pública y proliferaban las propuestas de reestructurar el sistema educativo en base a criterios de eficiencia de corto plazo, como las inspiradas por Atcon, crecientes sectores de universitarios comenzaron a propugnar con fuerza, dependentismo mediante, que sólo una transformación radical de sus sociedades permitiría

³⁵ Para introducirse en las derivas del tercerismo en esos años, ver X. Espeche, *La paradoja uruguaya: intelectuales, latinoamericanismo y nación a mediados del siglo XX*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes Editorial, 2016. Para aproximarse a su surgimiento en medios estudiantiles, ver M. Van Aken, *Los militantes: una historia del Movimiento Estudiantil Universitario Uruguayo*, Montevideo, Fondo de Cultura Universitaria, 2010, pp. 151-169.

modificar verdaderamente el papel de sus instituciones como reproductoras del orden establecido. No se trataba de una singularidad uruguaya o latinoamericana. Por el contrario, los cuestionamientos a las finalidades y modalidades de los sistemas educativos fueron centrales en los explosivos ciclos de movilización juvenil que caracterizaron a las universidades de Europa y Estados Unidos en los "largos 60", especialmente en el llamado "momento 68". Aunque las reformas institucionales y académicas estuvieron en el centro de todos estos eventos, los analistas las suelen mencionar solo como detonantes rápidamente superados de las movilizaciones o como condiciones estructurales que hicieron posible la congregación de personas con disposición a la protesta.³⁶

En el caso latinoamericano, la relevancia de los asuntos que podríamos llamar "académicos" o "educativos" en los movimientos de protesta ha quedado todavía más opacada, como señalamos anteriormente, por una literatura que se ha enfocado en la rápida proliferación de discusiones sobre estrategias revolucionarias, la adopción de métodos violentos y las respuestas cada vez más represivas de los gobiernos hasta llegar a la instalación de los regímenes que conocemos como "nuevos autoritarismos". En mi estudio del caso uruguayo postulo que el análisis de esos procesos (es decir, de la polarización política a nivel local) debe tener en cuenta las dinámicas de reforma institucional que fueron centrales para las cambiantes definiciones políticas e ideológicas de todos los actores universitarios y sus interacciones con

otros sectores movilizados. Esto es clave para entender la evolución de esas protestas, porque los universitarios fueron piezas vitales en la orquestación de esos movimientos, tanto por su militancia concreta como por sus aportes a la formulación programática de sus demandas. Más en particular, me gustaría plantear que la inclusión de las consideraciones sobre las funciones y las formas de organización de los sistemas de educación superior permite percibir intercambios y sistemas coyunturales de alianzas que muchas veces cruzaron las líneas divisorias de las coaliciones y conglomerados políticos de las diferentes izquierdas de la región, y les permitieron actuar en conjunto.

En principio, la constatación de ese fenómeno no debería sorprendernos. En gran medida, la deriva de grandes contingentes de universitarios hacia posiciones cada vez más radicales fue similar a la de otros grupos, en especial artistas y escritores, que pasaron de posturas de "compromiso" con determinados proyectos políticos a un paradójico anti-intelectualismo que profesaba la subordinación de sus prácticas culturales a las necesidades del programa revolucionario, a tono con los lineamientos que emanaban de la dirigencia cubana de la época. Mucho se ha escrito sobre esos procesos de radicalización política que apartaron a los intelectuales y académicos de las redes y espacios tradicionales de producción cultural y los acercaron a diferentes agrupaciones militantes.³⁷ Mucho menos se sabe, en cambio, del papel específico que esos mismos procesos jugaron inicialmente en la formulación de planes de reforma universitaria que, apartándose de los postulados optimistas del desarrollismo y los proyectos modernizadores, trataron empero de ubicar a la investigación científica en el centro de sus intereses reafirmando el papel específico de las instituciones de conocimiento en los procesos de cambio social.

³⁷ Ver el ya clásico estudio de C. Gilman, *Entre la pluma y el fusil: debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.

En las discusiones universitarias, como es obvio, pesaban de modo determinante los sistemas de prestigio de base académica o intelectual en sentido laxo, de modo que ciertas voces se amplificaban y ganaban en convocatoria con independencia del respaldo político dentro y fuera de los ámbitos de gobierno de la institución. Este elemento es esencial para entender el recorrido que cuenta mi último libro, porque permitió la concurrencia en materia de política universitaria de muchos actores que no tenían necesariamente las mismas filiaciones político-ideológicas. Así, es posible ir detectando entre los protagonistas de estos debates a varios desencantados del desarrollismo de raíces en el progresismo batllista, junto con comunistas y socialistas de larga tradición en el cogobierno y nuevas generaciones de posiciones más radicales que no dejaron de comprometerse con el diseño de las políticas científicas de la institución.³⁸ Se encuentra también, por izquierda y por derecha, a los desilusionados del tercerismo, ese orgulloso posicionamiento a distancia de los dos poderes de la Guerra Fría que, con sus derivas, había sido tan influyente en los medios estudiantiles e intelectuales en décadas anteriores. Las posiciones de todos ellos frente a la pertinencia de aceptar dinero extranjero fueron cambiando a lo largo de la década mediante discusiones de casos concretos que en un primer momento los ayudaron a elaborar un pensamiento sistemático sobre la necesidad de reformar la institución.

Al final del ciclo que cubre mi investigación, varios de ellos se decantaron por la idea de que solo una embestida revolucionaria permitiría transformar las funciones y estructura de sus instituciones. Pero hubo también mu-

chos que, con matices con respecto a las posiciones optimistas de la posguerra, siguieron apostando a la educación superior como motor del cambio social y trabajaron para promover el desarrollo independiente de la ciencia y la tecnología frente al embate de Estados Unidos y diferentes organizaciones internacionales por influir en esas materias. Y hubo aún otros que, en un contexto cada vez más polarizado, decidieron que estas preocupaciones políticas los distraían de sus verdaderas vocaciones y se abocaron al cultivo de especialidades disciplinares, para lo cual debieron, antes o después, apartarse del cauce del debate universitario, recurrir a otros espacios o esperar a que pasara el temblor. En todos los casos, la intervención de la única universidad del país por parte del gobierno autoritario instalado en 1973 vino a cancelar la posibilidad de continuar una serie de debates que, en términos de los lentos tiempos de los trámites institucionales, era todavía germinal. Del despliegue de esos derroteros individuales y colectivos y de las tensiones a ellos asociadas trata mi estudio sobre la Guerra Fría cultural en el Uruguay de los años 60.

³⁶ Por un estudio que parte de los temas institucionales, ver Ch. Musselin, *The Long March of French Universities*, cap. 3, Nueva York, Routledge Falmer, 2004. Estos asuntos también aparecen explícitamente en P. Bourdieu, *Homo academicus*, especialmente en el capítulo 5 ("El momento crítico"), y en Jeremi Suri (*Power and Protest: Global Revolution and the Rise of Détente*), Cambridge, MA, Harvard University Press, 2003, especialmente el capítulo 3 ("Language of Dissent" y "The Cultural Contradictions of Cold War Education: The Case of West Berlin"), *Cold War History*, vol. 4, nro., 3, 2004.

³⁸ "Batllista" y "batllismo" hacen referencia al nombre del principal líder del Partido Colorado a comienzos del siglo XX (José Batlle y Ordóñez), quien fue presidente del país entre 1903 y 1907 y entre 1911 y 1915, llevando adelante una agenda reformista de visos radicales. Para hacer un abordaje panorámico de ese período, ver G. Caetano (ed.), *Uruguay, reforma social y democracia de partidos, 1880-1930*, Montevideo, Planeta/Fundación Mapfre, 2015.



4. Concurso de ensayos de los alumnos de la Maestría en Historia Intelectual

En coincidencia a la presente edición especial de *Intercambios. La Letra del Encuentro*, la Maestría en Historia Intelectual convocó entre sus alumnos a un concurso de ensayos sobre tópicos relativos al campo. El ensayo ganador integra esta

sección de la publicación. El jurado, integrado por Martín Bergel, Jorge Myers y Laura Prado Acosta (director y miembros de la Comisión Académica de la Maestría), seleccionó ganadora a Ana Brandoni.

Arquitectura y revistas culturales: surgimiento y primeros pasos de *Summa* durante los años 60



Ana Brandoni

Arquitecta por la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Nacional de La Plata (FAU-UNLP). Doctoranda en Arquitectura y Urbanismo (FAU-UNLP) y maestranda en Historia Intelectual en la Universidad Nacional de Quilmes (UNQ). Desde 2021 es Becaria Doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) bajo la dirección de Fernando Aliata y codirigida por Virginia Bonicatto. Sus temas de interés son: la historia de la arquitectura durante la segunda mitad del siglo XX, la construcción en altura y las revistas de arquitectura.

Introducción

Un punto de partida para este ensayo es el reconocimiento de que la historiografía de la arquitectura ha prestado mayor atención a los edificios proyectados y/o construidos a expensas de los discursos escritos y visuales. Este trabajo se sustenta en la premisa de que la historia de este campo disciplinar no se reduce solo a la historia de las construcciones, sino también a los debates y prácticas que se dan en relación con otros campos. Una de las posibilidades para acceder a estos discursos lo brinda el estudio de revistas dedicadas a esta temática, que resultan centrales para introducir profundizaciones, problematizaciones y relecturas sobre los edificios y la ciudad, entendiendo que tanto ideas como productos se interrelacionan y son partes esenciales de un mismo campo disciplinar.

En línea con lo planteado, estas revistas se caracterizan por una doble función: no solo actúan como una fuente testimonial de los procesos de consolidación de la Arquitectura, sino que también son agentes que participan activamente en la configuración disciplinar. Esta misma “bi-dimensionalidad” del propio medio, el cual representa la realidad en sí, es la que lo consolida como un producto cultural, escenario de debates y objeto constituyente del campo disciplinar.¹

Ahora bien, el estudio enfocado en las revistas de Arquitectura resulta particularmente apropiado para los años 60, ya que factores disciplinares propios de ese momento, como el aumento de la matrícula en las carreras, el fenómeno de los concursos nacionales y regionales de anteproyecto y el surgimiento de una nueva figura de arquitecto en relación con los *mass media*, generaron una ampliación y especialización del público interesado que

¹ C. Durán, “Arquitectura como arte público. Estado, arquitectos y cultura en la Revista de Arquitectura (Argentina, 1925–1943)”, tesis de Maestría en Historia y cultura de la Arquitectura y la ciudad, Buenos Aires, Universidad Torcuato Di Tella, 2017, p. 20.

dio lugar al surgimiento de nuevos espacios de debate y la renovación de medios tradicionales. Son representativos de este momento los suplementos semanales de arquitectura que comenzaron a publicar periódicos de gran trayectoria como *La Prensa* y *La Nación*, así como la actualización de un medio de larga data como *Nuestra Arquitectura*, con nuevas secciones y redactores. Una de las revistas de mayor tirada y circulación de este período fue *Summa*, revista de Arquitectura, tecnología y diseño fundada en 1963, sobre la que se enfoca este ensayo.

Summa se desarrolló en un momento de plena aceptación de la Arquitectura moderna, tanto por parte de los profesionales como por parte del Estado. La hipótesis que guía este trabajo es que esa revista tuvo un rol destacado en la renovación disciplinar de los años de 1960, pues fue portadora de una mirada intelectual crítica y revisionista del llamado “Movimiento Moderno”.²

El ensayo se enfoca en los cinco primeros años de la Revista (1963 y 1968), cuando se publican los artículos teóricos que establecieron su tono crítico. El trabajo está conformado por cuatro apartados. En el primero se aborda la situación disciplinar de fines de los años 50 y principios de los 60. A continuación, se dedica un apartado al surgimiento de *Summa*, reconociendo su grupo editorial, sus antecedentes, sus principales búsquedas y su materialidad. La tercera parte integra los puntos precedentes con la intención de estudiar los discursos elaborados por la Revista ante la situación de la Arquitectura y el Urbanismo de ese momento. Este apartado presenta a *Summa* como escenario de debate y se aborda un estudio concreto de los artículos críticos del período. Por último, se presenta una reflexión sobre la relación entre

² Por “Movimiento Moderno” nos referimos a una construcción historiográfica que fue consolidándose aproximadamente entre 1927 y 1941. Alude a expresiones arquitectónicas de Europa y Estados Unidos fuertemente identificadas con los Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna (CIAM).

los artículos teóricos y la producción arquitectónica y urbana que publica la Revista, producción que constituye la efectiva construcción de la ciudad. De esta manera, el ensayo se propone, dentro de sus posibilidades, aplicar una mirada metodológica que busca subsanar la exclusión de los discursos y la dicotomía entre éstos y los objetos en la construcción de la historia de la arquitectura de nuestro país.

Un campo disciplinar en renovación

Antes de introducir la situación disciplinar de fines de los años 50 y principios de los 60, resulta relevante establecer que la idea de “contexto” no refiere a un mero telón de fondo de los hechos, sino que, como propone Fernanda Beigel, es necesario problematizar la relación concéntrica entre el texto y el contexto. Según ella, no se trata de discursos rodeados por condiciones sociales, hallables fuera de los textos.

En realidad, estamos ante un proceso de desarrollo cultural que muestra, en sus productos más significativos, las principales coordenadas que se juegan en el campo, en un período y lugar determinados. [...] La constelación de elementos que terminan por incidir en la ‘hechura’ de un ensayo literario o sociológico se encuentra presente en textos significativos, preñados de contexto.³

La historiografía arquitectónica contemporánea sitúa, hacia fines de los años 50, el momento en el que culminó el proceso de difusión, recepción y apropiación de la Arquitectura moderna. A la vez, que se liquidaron los preceptos de la tradición disciplinar decimonónica. Argentina no fue la excepción, y los años 60 constituyeron un momento de plena aceptación de la Arquitectura moderna, demostrada a partir de su adopción por parte del Estado. Los gobiernos desarrollistas y luego los auto-

³ F. Beigel, “Las revistas culturales como documentos de la historia latinoamericana”, en *Utopía y Praxis Latinoamericana*, vol. 8, nro. 20, 2003, pp. 109-110.

ritarios adoptaron un modernismo agotado en sus principios, adentrado ya en una fase crítica a partir de revisiones desde diferentes rincones de Occidente.

Es así que, durante los años de 1960, el Estado funcionó como promotor de grandes obras y planes, incorporó figuras importantes del modernismo en instituciones y en lugares clave de la administración, instaló en la Universidad el sueño integralista de la Bauhaus y el consecuente repudio a las formas academicistas de la tradición, trazó el relato canónico de la historia de la Arquitectura moderna argentina a partir del primer libro sobre esta temática publicado por Francisco Bullrich en 1963. El Movimiento Moderno, nunca antes entendido correctamente por las autoridades, ocupaba por primera vez un lugar central en la cultura y la política del país.⁴ Como indica el historiador William Curtis,

[...] la victoria de las formas modernas trajo consigo, sin duda, la responsabilidad de representar el poder establecido; y una vez que el devaluado Estilo Internacional se convirtió en una ortodoxia agotada, se hicieron absolutamente necesarios un nuevo rechazo y una nueva reevaluación.⁵

En este sentido, surgieron en el país nuevas miradas que se oponían al *establishment*, a la situación heredada, en la línea de los debates a escala internacional. En el campo de la Arquitectura argentina, los años 60 pueden entenderse como un momento de tensión entre el cambio y la resistencia en el que las críticas aún estaban mixturadas con proyectos y discursos que daban cuenta de la vigencia de ciertas ideas del Movimiento Moderno.

La ruptura con la tradición y la mayor autonomía disciplinar derivó en búsquedas de nuevas referencias por fuera

de la Arquitectura, hacia el campo de las nuevas tecnologías, la Filosofía, el Arte Pop y la Semiótica, entre otros conocimientos disciplinares. Es así que, forma, función y tectónica fueron repensados en función de aportes externos a lo estrictamente disciplinar. En cuanto a los postulados urbanos, también se detectó la presencia solapada de ideas propias de la Carta de Atenas.⁶ Es decir: el urbanismo moderno basado en la zonificación de la ciudad en distintas actividades, y las propuestas de arquitectos contemporáneos que complejizaban ese funcionalismo, como el Team X, los metabolistas japoneses y las ciudades utópicas de Archigram y Yona Friedman.

En relación con la práctica profesional, los modos de gestión y las condiciones de los encargos también se vieron afectados. Es característico de esos años el progresivo reemplazo de la figura del arquitecto individual por los grandes estudios de Arquitectura, así como las nuevas lógicas empresariales relacionadas con la combinación de unidad de proyecto con empresa constructora.

Respecto a los encargos, el fenómeno de los concursos resultó central en esos años, ya que fue la principal forma de los arquitectos para acceder a encargos de importancia y materializar sus ideas. En su mayor parte promovidos desde el Estado, los concursos, de la mano de la universidad de masas, permitieron una renovación generacional importante.⁷

Es así que el clima intelectual se caracterizó por cierta ambigüedad en relación con las ideas modernas –tanto en el plano arquitectónico como en el urbano–, lo que resultó en tema de debate central en los primeros números de *Summa*, medio que construyó un espacio donde

se entrelazaron los postulados de la modernidad, la incertidumbre del tiempo presente y las diferentes visiones de futuro.

La Revista fue parte de una paradoja que combinó la materialización de la ciudad con ideas modernas y una introducción de propuestas nuevas que venían a reformular aquel canon. En línea con lo planteado por la filósofa Beatriz Sarlo,

[...] la mayor parte de las revistas del período 1940-1970 –como sus antecesoras de los años 20– tiene un programa para cambiar el canon: el pasado es el fantasma paterno que se agita en las batallas presentes.⁸

Como indica Nuviala Antelo en referencia al desarrollo de la disciplina durante aquellos años, las tensiones y controversias son espacios desde donde muchas veces se construyen las ideas. Esos espacios fluctúan entre cambios y resistencias, y dejan al desnudo los procesos de transición que sufren los discursos propios de cualquier campo disciplinar. Pero se trata de una transición no entendida como el simple pasaje de un estado a otro, sino una transición conflictiva en constante disputa.⁹

Surgimiento de *Summa*

Summa se originó en 1963 como revista argentina especializada en arquitectura, tecnología y diseño. Emergió en alternativa a dos publicaciones de larga data: *Nuestra Arquitectura* (revista que salió entre 1929 y 1985) y *Revista de Arquitectura* (órgano oficial de la Sociedad Central de Arquitectos que salió entre 1915 y 1962). *Summa* se

publicó con una frecuencia constante aunque irregular durante treinta años (hasta 1993), contó con dos directores y una colección de 300 números. Se trata, entonces, de una revista longeva, con un proyecto sólido y estabilidad en su equipo editorial.

Los creadores fueron Carlos Méndez Mosquera y Lala Méndez Mosquera, una pareja de arquitectos argentinos. Además de dedicarse a la Arquitectura, desarrollaron tareas pioneras en el campo del diseño industrial, gráfico y de la comunicación, sumadas a las actividades publicitarias y editoriales. Solo por nombrar algunas: en 1950 Carlos fundó *Axis*, primera agencia de comunicación integral, junto a Tomás Maldonado y Alfredo Hlito; en 1954, participó en la creación de la editorial *Nueva Visión*; ese mismo año integró el grupo *Harpa* (dedicado principalmente al diseño de muebles modernos); y poco tiempo después fundó la *Editorial Infinito* y *Cícero Publicidad*. Lala, por su parte, trabajó en la *Editorial Abril* en la edición de revistas de historietas, fue co-creadora de *Cícero Publicidad* y creó los *Seminarios de Arquitectura Latinoamericana* (SAL). En 1963 ambos fundaron la revista *Summa*: Carlos fue el director general de los primeros cuatro números y continuó como editor, Lala asumió la dirección para el resto de la colección.

Como parte del proceso de modernización que en esos años vivía en el país, la Revista reconoció e hizo evidente las nuevas tendencias intelectuales, y se posicionó como referente en el campo de la crítica y la teoría. A su vez, se extendió al Diseño Gráfico y el Diseño Industrial –áreas que estaban dando sus primeros pasos– a la Ingeniería y las Artes Plásticas, que encontraron en las páginas de *Summa* un espacio fecundo para la expresión de ideas. No solo abordaba las obras, sino también los debates sobre problemas tecnológicos y nuevos materiales, lo mismo que la difusión de actividades profesionales y académicas dentro y fuera del país, con referencias a congresos, seminarios, cursos, exposiciones y concursos

⁴ J. F. Liernur, *Arquitectura en la Argentina del siglo XX. La construcción de la modernidad*, Buenos Aires, Fondo Nacional de las Artes, 2001, p. 298.

⁵ W. Curtis, "Arquitectura moderna desde 1900", *Phaidon*, 1996, p. 398.

⁶ Manifiesto urbanístico creado en el IV Congreso Internacional de Arquitectura Moderna (CIAM) celebrado a bordo del Patris II en el año 1933 durante la ruta Marsella-Atenas-Marsella.

⁷ J. F. Liernur, *Arquitectura en la Argentina del siglo XX. La construcción de la modernidad*, Buenos Aires, Fondo Nacional de las Artes, 2001.

⁸ B. Sarlo, "Intelectuales y revistas: razones de una práctica", en *Les discours culturels dans les revues latino-américaines* (1940-1970), Paris, Centre de la Sorbonne Nouvelle, 1990, p. 13.

⁹ N. Antelo, "La ciudad cambia: una mirada desde la *Revista Summa* a Buenos Aires en los años sesenta", en actas del VII Seminario Internacional de Investigación en Urbanismo, Barcelona-Montevideo, 2015.

que marcaron el tiempo de una mirada apasionada y optimista sobre el campo disciplinar.¹⁰

Como sugiere Malecki, *Summa* debería ser considerada como parte de la genealogía comenzada por la revista *Nueva Visión*, fundada en 1951 por Tomás Maldonado, Alfredo Hlito y el mismo Carlos Méndez Mosquera. *Nueva Visión* fue un medio que, si bien planteó una empresa de renovación integral de las artes con eje en la plástica, resultó de gran importancia para el desarrollo de las nuevas corrientes de Arquitectura de la década de 1950.¹¹ Con *Nueva Visión*, *Summa* “comparte no solo a sus principales protagonistas, sino también a una misma voluntad de renovación y actualización de los debates arquitectónicos en conexión con lo más avanzado de la cultura arquitectónica internacional”, y aunque presentan claras discontinuidades, estas revistas deben ser tematizadas como dos momentos particulares de un mismo ciclo que encontró su fin hacia mediados de los 70, con el comienzo de las primeras expresiones de la llamada “arquitectura posmoderna”.¹²

Entre 1963 y 1965 se publicaron los cuatro primeros números de *Summa*, desarrollados en las oficinas de *Cícero*. Carlos sostuvo el motor creativo, dirigió el proyecto ocupándose de lo económico, además de aportar diversos ingresos –varios clientes de su agencia de publicidad apoyaron el proyecto con sus avisos–. Lala estaba a cargo de la edición: formaba parte del planteo editorial, la

visión, la dirección de arte, el diseño de la revista y la ponderación de los contenidos. A partir de 1965, Lala tomó la dirección de la revista con la idea de transformarla en una publicación periódica, para lo que mudó las oficinas de *Summa* a un edificio de la Organización de la Arquitectura Moderna (OAM)¹³ en pleno centro de la Ciudad de Buenos Aires, gracias a la gestión de Francisco Bullrich con Victoria Ocampo, su dueña.¹⁴

Los principales actores que en esos años formaron parte de la Revista con artículos abocados al diseño y las actividades del Centro de Investigaciones de Diseño Industrial (CIDI) fueron Carlos Méndez Mosquera, Tomás Maldonado, Frank Memelsdorff y Misha Black. En la publicación de obras, reseñas bibliográficas y artículos teóricos participaron los arquitectos Francisco Bullrich, Juan Manuel Borthagaray, Jorge Grisetti, Odilia Suárez, Jorge Goldemberg, Tony Díaz, Enrico Tedeschi, Ernesto Katzenstein y Justo Solsona. También fue un gran aporte la inclusión de artículos extranjeros traducidos de Reyner Banham, Christopher Alexander y Lewis Mumford.

Los arquitectos argentinos nombrados que participaron de *Summa* tienen en común el haberse graduado durante la década de 1950, en su mayoría en la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Buenos Aires (FADU-UBA). El ensayo “Arquitectura y Urbanismo”, de 1961, de Carlos Méndez Mosquera (una de las primeras producciones sobre la Historia de la Arquitectura moder-

na en Argentina) ilumina a aquel grupo de jóvenes profesionales. Méndez utiliza la categoría de “generación” para proponer la existencia de una “primera generación” que incluye a quienes “llevaron a la práctica las nuevas ideas y prepararon el campo para la realización de la Arquitectura moderna en el país”.¹⁵

Para Méndez Mosquera, él y su grupo conforman la “segunda generación” o la “generación joven” que debe su existencia a los llamados “pioneros”. Como indica Federico Ricci, se trata de un grupo que se propone continuar y afianzar el programa de la transformación disciplinar iniciada por el Grupo Austral –la “primera generación”–, presentado a través de una estrategia para consolidar su lugar central tras la renovación de la enseñanza producida años antes.¹⁶

Volviendo a *Summa*, al comienzo del primer número se lee:

Esto es pues, más que un Editorial. Es una invitación a la colaboración. Colaboración mediante la sana crítica, colaboración mediante el envío de artículos y trabajos. *Summa* está abierta a todos los aportes progresistas y actuales que signifiquen una justa utilización de los medios contemporáneos. *Summa* está en contra de todo lo regresivo, lo pasatista. *Summa* cree que existe un vasto sector que trabaja por la concreción de un mundo futuro mejor. *Summa* quiere ayudar a su construcción.¹⁷

La introducción da cuenta de la necesidad de que haya un medio integral de comunicación relacionada al Diseño que *Summa* viene a suplir, no solo en un ámbito nacional sino también regional. La propuesta se lleva a

cabo desde los primeros años, cuando la revista dedica números a la producción arquitectónica de países latinoamericanos como Uruguay (*Summa* nro. 3), México y Brasil (*Summa* nro. 4) y Chile (*Summa* nro. 11).

En este tipo de revistas, la materialidad resulta un punto clave a tener en cuenta ya que el diseño no es sólo una temática sobre la que se escribe y debate, sino que la misma Revista es un novedoso producto de diseño gráfico. Con el fin de realizar un breve análisis de la expresión gráfica, tomamos los primeros cuatro números que presentan el mismo formato.

La portada se caracteriza por su contundencia y solidez (fig. 1). Los números tienen el fondo blanco y el nombre de la Revista en diferentes colores, en letra imprenta minúscula girado en vertical para ser leído de abajo hacia arriba. El cuerpo temático se desarrolla entre dos series de páginas destinadas a publicidades, una al inicio y otra al final. Varias de estas publicidades, como se comentó, pertenecen a la agencia *Cícero*, con lo cual hay una continuidad entre las lógicas de diseño y la edición propiamente dicha: tipografías *sans serif*, colores planos y elementos geométricos.



Fig. 1. Portada de los primeros cuatro números de la revista *Summa*. Archivo Biblioteca FAU-UNLP.

Todas las páginas están impresas en blanco y negro, lo que varía es el tipo de hoja en función de las diferentes secciones. Las hojas blancas y satinadas se destinan a los artículos de crítica, de producción arquitectónica y de diseño. También hay hojas color azul opacas y de mayor gramaje que se destinan a una especie de anexo con la documentación gráfica de obras mencionadas en los ar-

¹⁰ M. M. Acosta, “Utopía tecnológica, utopía social: ideas en las revistas de arquitectura a principios de los años 60”, XI Jornadas Interescuelas, San Miguel de Tucumán, Departamento de Historia, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Tucumán, 2007, s/p.

¹¹ G. Silvestri, Voz “Nueva Visión”, en Liernur, J. y Aliata, F., *Diccionario de Arquitectura en la Argentina*, Tomo i-n, Buenos Aires, Clarín Arquitectura, 2004.

¹² S. Malecki, “Federico Deambrosis. Nuevas visiones, Buenos Aires, Ediciones Infinito, 2011, 304 páginas”, en *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, vol. 16, nro. 1., 2012, p. 306.

¹³ La OAM se constituyó como cenáculo de estudiantes de la FAU-UBA entre 1948 y 1957. Estaba integrada por Horacio Baliero, Juan Manuel Borthagaray, Francisco Bullrich, Alberto Casares Ocampo, Alicia Cazzaniga, Gerardo Clusellas, Carmen Córdova, Jorge Goldenberg, Jorge Grisetti y Eduardo Polledo. Fue una agrupación con pronunciado interés en la arquitectura moderna de referencias heterogéneas (Le Corbusier, Frank Lloyd Wright y Richard Neutra). Muchos de los arquitectos nombrados participarán durante los 70 de *Summa*.

¹⁴ C. Mercé, “Lala Méndez Mosquera 1930”, 13 de marzo de 2019, disponible en: <https://undiaunaarquitectura4.wordpress.com/2019/03/13/lala-mendez-mosquera-1930/>

¹⁵ C. Méndez Mosquera, “Arquitectura y Urbanismo”, en *Argentina 1930-1960*, Buenos Aires, Editorial Sur, 1961, p. 320.

¹⁶ F. Ricci, “Carlos Méndez Mosquera y un esquema de generaciones”, en Rigotti, A. M. y Leidenberger, G. *Sobre la biografía y el gran arquitecto*, Buenos Aires, Editorial Nobuko, 2019, p. 177.

¹⁷ C. Méndez Mosquera, “Introducción”, *Summa*, nro.1, 1963, p. 11.



Fig. 2. Páginas de la revista *Summa* nro. 9. De izquierda a derecha: orden de suscripción, publicidades de mobiliario, publicidad de la agencia Cícero.

títulos. Una tercera calidad de hoja que aparece hacia el final es color gris y de menor gramaje, en la que se distingue la sección de resúmenes con una síntesis de cada artículo. Con un claro interés en proyectar la Revista al ámbito internacional, esos resúmenes se reproducen en español, inglés y francés. Como indica Laura Corti,

[...] todo el material visual aparece dialogando entre sí sobre la base de las mismas matrices conceptuales y formales. La grilla, el módulo, la serie, la síntesis y la economía formal, así como la necesidad de vincular los procesos de diseño con los productos y productores industriales.¹⁸ (Fig. 2).

Este diseño cuidado del soporte material encuentra su matriz en el campo más extendido de la cultura visual de su época, en una genealogía que haya sus raíces locales en la vanguardia concreta y en la revista *Nueva Visión*, así como en referencias internacionales que reúnen propuestas como las de la Escuela de Ulm, la Bauhaus y las vanguardias artísticas de principios del siglo XX. La mate-

rialidad de *Summa* es la clara prueba de que no solo difunde lo que acontece en el campo del Diseño, sino que participa en su configuración.

Si bien la creación de *Summa* fue bien recibida por otros agentes del campo –por ejemplo, por la Sociedad Central de Arquitectos y la revista *Nuestra Arquitectura*–, resulta interesante que el apoyo se contrapuso a cierta desaprobación respecto a su diseño y materialidad.

El *Boletín de la Sociedad Central de Arquitectos* introduce un comentario en el que se lee: “Es remarcable la presentación gráfica y tipográfica aunque merece observarse un discutible ‘preciosismo’ en la diagramación de algunos textos, donde lo formal se impone al lector dificultando su lectura”.¹⁹

En la introducción a *Summa* nro. 3, Carlos Méndez Mosquera indica que los dos números publicados tuvieron una respuesta favorable y dejaron como saldo algunas críticas de interés, a lo que adhiere:

¹⁸ L. Corti, “Discurso del Diseño: la revista *Summa* y el desarrollo del campo disciplinar del Diseño Gráfico en la Argentina (1963-1993)”, en *Seminarios de crítica* nro. 178, Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas Mario J. Buschiazzi, 2012.

¹⁹ Comentario sobre *Summa* en la sección “Noticias de revistas” del *Boletín de la Sociedad Central de Arquitectos*, abril-mayo de 1963, nros. 51 y 52, s/p.

Se nos dijo que la revista era un ‘alarde gráfico’, fuera de escala con la realidad argentina y latinoamericana. No estamos de acuerdo con esa crítica: adoptar la mejor técnica de comunicación gráfica no es alarde, y la realidad argentina y latinoamericana merecen aún más que nuestra revista”.²⁰

El debate entre la superficialidad o la necesidad del diseño gráfico es propio de este campo en renovación, y resulta un asunto interesante para revisar de manera diacrónica en las revistas que atravesaron esos años.

Summa: escenario de debate

Si bien gran parte de la bibliografía sobre revistas culturales se refiere a publicaciones de otras áreas –historia, sociología, crítica literaria–, se pueden trazar ciertos paralelismos con el tipo de publicaciones objeto de este estudio. En términos generales, todas estas revistas operan como plataformas de posicionamiento de los actores en la esfera pública. Como indica Mabel Moraña, la Revista es un vehículo del gusto de determinados sectores sociales o intelectuales, que buscan proponer, difundir y legitimar apuestas estético-ideológicas.²¹

Sin embargo, las publicaciones destinadas a Artes Visuales, Diseño y Arquitectura tienen sus particularidades y deben ser estudiadas en función de ellas. Si bien estamos frente a un campo en construcción, se pueden detectar ciertas especificidades de esas publicaciones que las diferencian del resto de publicaciones culturales. Como ya se propuso, el soporte material adquiere una relevancia mayor: hay un cuidado en la elaboración de la publicación que requiere una mayor atención por su mismo valor como producto de diseño. A diferencia de, por ejemplo, una revista literaria, el objeto que se estudia y sobre el que se establecen posturas y debates es externo a la

misma materialidad: en el caso de la Arquitectura, los edificios y la ciudad se hallan por fuera de la publicación.

Ello deriva en la inevitable introducción de un discurso visual que representa los objetos físicos externos, y que requiere familiarizarse con un código diferente al puramente verbal. Las fotografías o ilustraciones, en apariencia fieles representaciones de la realidad, deben entenderse, en términos de Roland Barthes, como un objeto trabajado, escogido, compuesto, elaborado y tratado de acuerdo con unas normas profesionales, estéticas e ideológicas que constituyen otros tantos factores de connotación.²²

Es así que el acercamiento hacia un tipo de publicación como *Summa* no debería llevarse a cabo como una inocente representación de la realidad, sino como una realidad mediada por, si se quiere, una triple relación entre una materialidad minuciosamente diseñada, un discurso visual connotado, y un discurso escrito denso y crítico, todas construcciones de agentes que remiten a determinada cultura de la que son parte. Además, el hecho de que se trate de una revista programática con nombre y apellido –que se refleja en el juego de la doble “m” en su nombre–, no remite necesariamente a la existencia de un discurso único, sino a una pluralidad de voces complejizada por la presencia de campos distintos (Arquitectura, Urbanismo, Diseño, Tecnología, Arte). Las variaciones sincrónicas y diacrónicas requieren una desconfianza y problematización de la idea del discurso único.

Retomando la hipótesis acerca de la cual *Summa* generó una renovación disciplinar en los años 60, poniendo en cuestión al Movimiento Moderno y buscando alternativas, se toman los catorce números publicados entre 1963 y 1968, particularmente los artículos teóricos que condensan tono crítico.

²⁰ C. Méndez Mosquera, “Introducción”, *Summa* nro. 3, 1964.

²¹ M. Moraña, “Las revistas culturales y la mediación letrada en América Latina”, en *Ilha de Santa Catarina*, 2 semestre, 2003, p. 68.

²² R. Barthes, “El mensaje fotográfico”, en *Lo obvio y lo obtuso: imágenes, gestos, voces*, Barcelona, Paidós, 2002.

Summa construye sus discursos partiendo de una realidad que identifica como mundo en cambio, caracterizado por la inestabilidad política, la locura bélica, los adelantos de la ciencia, las posibilidades de difusión a partir de nuevos medios y un acortamiento de las distancias y el tiempo. Este punto de partida reaparece en las breves introducciones que presentan la mayoría de los números. Por ejemplo, en la introducción de la *Summa* nro 5, la directora de la revista, indica: "El paso del hombre de nuestra época se condiciona por múltiples avances y retrocesos, algunos lentos, la mayoría bruscos casi inesperados, en los campos más diversos".²³ La respuesta de la Revista a esta condición es presentar un panorama agitado, polémico, preocupado pero eminentemente constructivo. Partiendo de la premisa del mundo en cambio, su búsqueda se dirige a poner sobre la mesa alternativas factibles de dar una salida a la crisis en la que la profesión estaba subsumida, alternativas vinculadas por la crítica hacia los ya agotados principios modernos.

Con respecto a la Arquitectura, en *Summa* nro. 1 se encuentra el artículo "El caso contra la Arquitectura Moderna", traducción al español de un texto de Lewis Mumford, publicado originalmente un año antes —en 1962— con el nombre de "The Case Against Modern Architecture", como parte de la revista estadounidense *Architectural Record*. En ese artículo, conformado solo por texto, Mumford hace una crítica a la situación de la Arquitectura Moderna y elabora una propuesta para enriquecerla, tanto con nuevos preceptos como restaurando los "despiadadamente descartados". Hacia el inicio, plantea que

[...] la situación de la Arquitectura Moderna es profundamente insatisfactoria; casi tan caótica e irracional como la situación política del mundo moderno, en el cual los jefes de Estado se amenazan solemnemente con resolver sus problemas, si el otro lado no cede, mutilando la raza humana y borrando

del mapa la civilización.²⁴

El autor elabora un relato para comprender el estado actual de la Arquitectura que inicia con la fe en el progreso y su deriva en la dominación de la máquina. En esta disciplina, las nuevas posibilidades mecánicas dieron como resultado, con el paso del tiempo, una estética superficial (el *International Style*) que expresó indiferencia hacia las auténticas funciones mecánicas y biológicas de los seres humanos. Esta estética, según Mumford, se expresa en un "envase tecnológico" que, a la vez que ofreció una gran cantidad de nuevos materiales, reveló también la posibilidad de perversiones arquitectónicas caracterizadas por ideas tan alejadas como el sensacionalismo y la misma desaparición de los edificios como tales, reducidos a "habitaciones improvisadas en un medio controlado mecánicamente que produzca temperatura e iluminación uniformes".²⁵ Ante este panorama, el autor indica que el progreso mecánico no servirá mientras deje afuera el elemento que da sentido al progreso (el hombre). Para esto, presenta tres posibles fuentes de enriquecimiento: la naturaleza, la historia y la *psiquis* humana.

En línea con lo planteado, Mumford propone que la máquina, en vez de dominar nuestra vida y de pedir, dentro de esta modalidad, sacrificios cada vez mayores, debe necesariamente llegar a ser un instrumento más dúctil para lograr un diseño más humano, usado, modificado o rechazado a voluntad. Se trata de un enfoque funcionalista complejizado o, en sus propias palabras, "multifuncional". En la posición de Mumford no se lee un puro abandono de los principios modernos; sino, por el contrario, su recuperación y complejización, como si ellos hubiesen desaparecido o se hubiesen tergiversado y requieran ser rescatados bajo una perspectiva contemporánea.

²⁴ L. Mumford. "El caso contra 'La arquitectura moderna'", *Summa* nro. 1, 1963, p. 21.

²⁵ *Ibid.*, p. 25.

Otro artículo crítico publicado un número después del de Mumford es "Arquitectura: año 1963". Se trata de un artículo corto del arquitecto Justo Solsona, exponente, según la Revista, de la "nueva generación". Representante de la Arquitectura argentina de los años 60 y 70, la figura de Solsona fue central para *Summa*, tanto a partir de su producción teórica como arquitectónica. El artículo inicia con la siguiente cita:

La edad heroica de la arquitectura moderna ha pasado, los maestros han dejado su enseñanza y su obra. Conocemos su enseñanza y de alguna manera hemos agotado sus fuentes; las premisas humanísticas de Le Corbusier y el funcionalismo orgánico de Wright, no sirven hoy de la misma manera que sirvieron ayer, y es cada vez más difícil encarar la respuesta a los nuevos programas arquitectónicos mirando hacia atrás ¿Entonces, qué hacer?.²⁶

Es así que a la vez que busca despojarse del clisé "moderno", también se opone a las primeras manifestaciones de la Arquitectura que años después llevará el nombre de "posmoderna"; es decir, una arquitectura que se inspira en ideas y formas antiguas.

Solsona indica que el problema de la experiencia formal debe ser secundario, ya que las pautas funcionales son las que definen el planteo estético. Sin embargo, y como proponía Mumford, estamos frente a un funcionalismo más complejo que expresa la premisa contemporánea de cambio, flexibilidad, fluidez e indeterminación. Solsona presenta como representantes de este tipo de Arquitectura al estadounidense Louis Kahn y al japonés Kenzo Tange. No solo cristalizan las propuestas de una nueva Arquitectura sino que también resultan importantes sus ideas urbanas, alejadas ya de la Carta de Atenas, en la que "las necesidades humanas no están debidamente expresadas".²⁷

²⁶ J. Solsona, "Arquitectura: año 1963", *Summa*, nro. 2, 1963, p. 83.

²⁷ *Ibid.*, p. 84.

El discurso es acompañado de dos imágenes que buscan contraponerse. Por un lado, el Pabellón de Ciencias de los Estados Unidos para la Feria Mundial de Seattle de Minoru Yamasaki, de claras reminiscencias góticas, referenciado como "Arquitectura de recursos decorativos". Por otro lado, el Plan para la Bahía de Tokio de Kenzo Tange, una síntesis expresiva y formal, resultado de las exigencias funcionales del programa, da la respuesta total, contundente e inédita a las exigencias arquitectónicas. En este caso, la oposición se da entre dos edificios de formas contundentes, solo que uno llega a ella a través de la función y el otro a través del uso desprejuiciado de la historia.

Resulta interesante ampliar esta situación de crisis a disciplinas cercanas a la Arquitectura (al diseño gráfico e industrial). Todas ellas son trabajadas en un texto publicado en *Summa* nro. 6 y 7 de Tomás Maldonado, artista, diseñador y uno de los teóricos con mayor participación en la Revista.

En el artículo "La formación del diseñador en un mundo en cambio", Maldonado se pregunta por la formación de urbanistas, arquitectos y diseñadores industriales. Su visión, pesimista en primera instancia remite al malestar y al desasosiego por la incapacidad de los profesionales para cumplir con la responsabilidad de modelar el entorno humano en las diferentes escalas. Reiterando la idea del "mundo en transformación", Maldonado plantea:

Un nuevo mundo está en formación, un mundo que necesitará para su desarrollo y expansión de nuestro ingenio inventivo, de nuestra facultad de síntesis, de nuestro saber técnico y científico, de nuestra sensibilidad cultural, de nuestra experiencia en la apreciación de los valores más sutiles de la vida cotidiana.²⁸

Para el teórico, hay ciertas vías de escape que deben

²⁸ T. Maldonado, "La formación del diseñador en un mundo de cambio", *Summa* nro. 6 y 7, 1966, p. 75.

²³ L. Méndez Mosquera, "Editorial", *Summa* nro. 5, 1966, p. 17.

cancelarse. Entre ellas, continuar con las ideas del “Movimiento Moderno”:

Hemos quedado absortos ante nuestras propias desilusiones, humillados ante la comprobación de la imperfectibilidad del mundo. Muchas de las ideas que habíamos heredado de precursores del Movimiento Moderno de arquitectura y diseño industrial, se han demostrado en los últimos años de difícil o imposible aplicación. Ideas muy importantes, ideas indudablemente fascinantes, pero incapaces de fecundar lo real. Otras, por el contrario, han tenido un éxito de tal naturaleza que no se sabe si ello debe ser motivo de regocijo o de repudio. Personalmente, creo en lo segundo.²⁹

Así también, se opone al formalismo, a la profecía fantástica y al retorno a la historia. Su posición, no demasiado desarrollada en el artículo, aboga por otorgar mayor importancia al enfoque científico en pos de liberarse de la arbitrariedad subjetivista en la que estarían subsumidas estas disciplinas.

Una constante en estos artículos es la referencia a los llamados “maestros de la arquitectura moderna”.³⁰ La aparición de estas figuras ilumina nuevos planteos, que no deben entenderse como rupturas radicales con respecto al pasado reciente, sino como revisiones y reformulaciones de ideas modernas que aún estaban presentes y de personalidades que aún eran admiradas. Un ejemplo es el homenaje elaborado por Carlos Méndez Mosquera en *Summa* nro. 4 para Le Corbusier luego de su fallecimiento. El director de la Revista escribe:

[...] pienso que su figura perdurará en la historia de la arquitectura, el diseño y las artes visuales. Porque fue un hombre maravilloso, que no trabajó nunca para él, sino para la comunidad. Porque todos sus

esfuerzos como creador se concentraron en lograr hacer más feliz al hombre. Le Corbusier ha muerto. Viva Le Corbusier!³¹

El tema de los “Maestros” tiene tal importancia que, en *Summa* n°1, el lector es invitado a participar de una encuesta en la que debe responder:

¿Cuáles son y por qué los grandes Maestros de la arquitectura cuyos mensajes tienen vigencia para la labor actual? y ¿Cuáles son y por qué los jóvenes realizadores que apuntarían como nuevos maestros para la segunda parte del siglo?³²

La búsqueda de una guía en los tiempos tormentosos que le toca vivir a la profesión en esos años es una constante en la Revista, y el hecho de que se mantenga la categoría de “maestros” resulta representativo.

Los artículos comentados son reflejo de una crisis en la disciplina que no deriva en una inacción; por el contrario, en un punto de partida movilizante para proponer y hacer. Entre estos artículos que dan el tono crítico a la Revista, resultan de especial interés los que, dentro del área de la Historia, buscan problematizar y enriquecer el canon construido por la Historiografía de la Arquitectura del siglo XX. Su intención es ampliar el panorama de realizaciones, haciendo foco en aquellas que fueron invisibilizadas y que tienen un potencial valor operativo, es decir: podrían inspirar alternativas a la crisis disciplinar.

Uno de estos artículos es “La arquitectura expresionista”, traducción de una parte del libro de 1960 *Theory and Design in the First Machine Age*, de Reyner Banham, crítico de la arquitectura británica. En el texto introducido en *Summa* n° 2, el autor desarrolla la génesis y la evolución de la escuela expresionista alemana, una tendencia que se reconoce como “antirracionalista”. Según Banham, “la arquitectura del siglo XX resultó empobrecida formal-

mente por la desaparición de esta manera de proyectar”³³ que, aunque integró el núcleo principal de la arquitectura europea antes de 1914, resultó cada vez más inaceptable formalmente desde 1918. El artículo contiene tres imágenes de edificios: el Gran Teatro de Berlín de Hans Poelzig y la Torre Einstein junto con el estudio para un observatorio de Erich Mendelsohn (fig. 3).

Otro artículo con intención similar es “Presentación y defensa de la arquitectura fantástica”, de Jorge Goldemberg, arquitecto y sociólogo argentino que integró en su juventud la ya mencionada OAM. Goldemberg inicia su texto diciendo:

[...] evidentemente, al evaluar los críticos 40 años de arquitectura más o menos moderna, han hallado extraños residuos laterales, indefinibles e inalineables en escuelas, sólo vinculados entre sí por su gran vuelo imaginativo, una peculiar coherencia y fuerza formal, y el hecho de que en su gran mayoría son proyectos no construidos.³⁴

El objetivo del autor es estudiar este fenómeno e intentar predecir el sentido de futuro que puede llevar implícito. Para eso, inicia con una breve historia en ejemplos, en la que introduce obras y tendencias tan variadas y distantes como el Manierismo del Renacimiento, el Rococó del Barroco, la Arquitectura francesa del siglo XVIII de arquitectos como Ledoux, el Eclecticismo del siglo XIX y las experimentaciones vanguardistas del Futurismo, el Expresionismo y el Suprematismo ruso. Estas últimas serían, según Goldemberg, los padres de la “arquitectura fantástica actual”.

A partir de la segunda década del siglo pasado, “estos temas figurativos desaparecieron y solo quedó declarada la libertad de forma del funcionalismo y el ceñimiento

del binomio forma–función”.³⁵ Hacia 1950, el agotamiento del “Movimiento Moderno”, la frustración del arquitecto que desea huir de lo comercial, la desaparición de los “maestros”, junto con la consecuente confusión que de ella se deriva y la necesidad de explorar fórmulas nuevas, fueron las razones para el resurgimiento de una arquitectura fantástica, aunque ya no paralela al funcionalismo sino como evolución natural.

El recorrido histórico incorpora un discurso visual de fotografías e ilustraciones de obras entre el siglo XVI y el siglo XX que tienen en común su diseño expresivo, en clara oposición a la incomunicación y falta de “carácter” del *International Style*. Se pueden ver, por ejemplo, detalles de la obra de Antoni Gaudí, la *Città Nuova* de Antonio Sant’Elia, los rascacielos horizontales de El Lissitzky, el proyecto para el centro de Filadelfia de Louis Kahn, el Plan para Tokio de Kenzo Tange y la terminal TWA del aeropuerto de Nueva York de Eero Saarinen (fig. 4). Goldemberg indica que este tipo de arquitectura, cuyos principales exponentes son los últimos tres arquitectos nombrados, es el único hecho nuevo profesional en los últimos 30 años.

Lo que muestran estos artículos enfocados en la arquitectura, es que el discurso crítico de estos años de *Summa* sí tenía un punto de partida común: el rechazo a volver al canon del modernismo de las primeras décadas del siglo XX. Sin embargo, ese punto de partida se ramifica en diversos y hasta opuestos posibles puntos de llegada según lo que propone cada autor: el multifuncionalismo, el enfoque científico, la arquitectura fantástica, entre otras.

Respecto al Urbanismo, las nuevas ideas sobre la ciudad pueden reconocerse en el primer artículo de *Summa* n° 1. Se trata de un artículo del Director Ejecutivo de la Revista, el arquitecto José Le Pera, compuesto por una cita inicial y una serie de fotografías.

²⁹ *Ibid.*, p. 76.

³⁰ El término “maestros” es una construcción historiográfica y una categoría nativa que hace referencia a reconocidos arquitectos modernos como Le Corbusier, Mies van der Rohe, Frank Lloyd Wright y Walter Gropius.

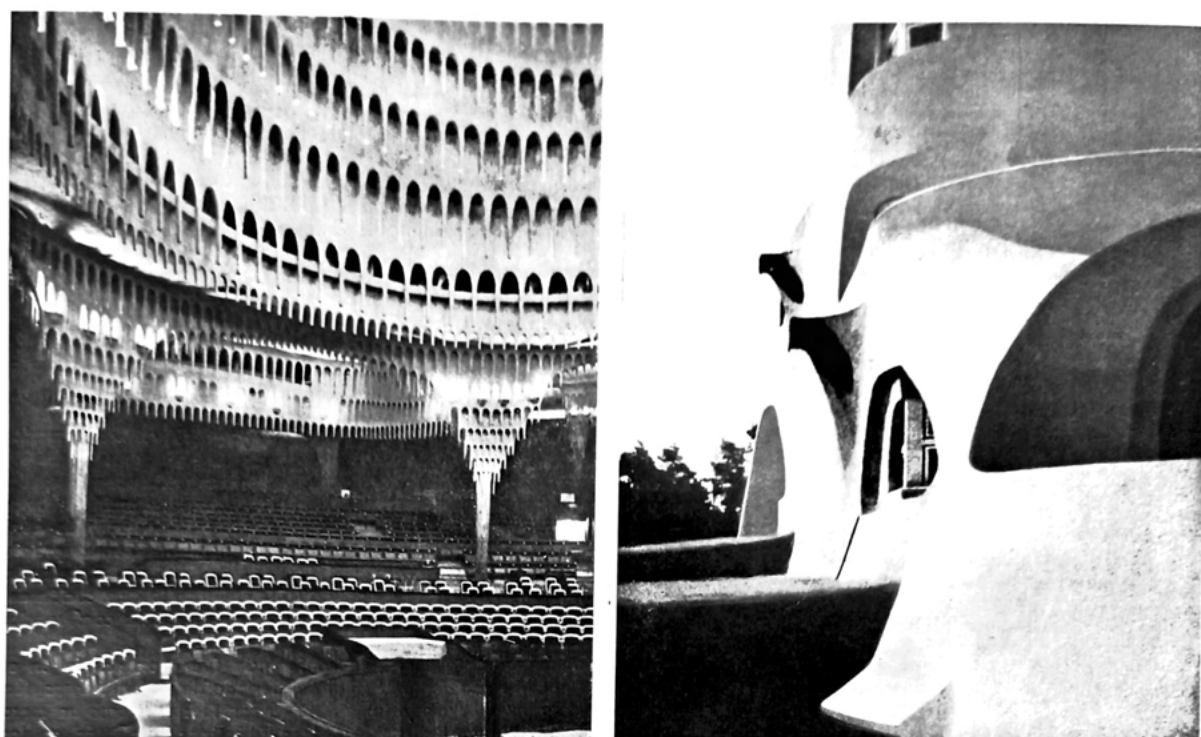
³¹ C. Méndez Mosquera, “Introducción”, *Summa* nro. 4, 1965.

³² Encuesta publicada en *Summa* nro. 1, abril, 1963, p. 67.

³³ R. Banham, “La arquitectura expresionista”, *Summa* nro. 2, 1963, p. 77.

³⁴ J. Goldemberg, “Presentación y defensa de la arquitectura fantástica”, *Summa* nro. 2, 1963, p. 85.

³⁵ *Ibid.*, p. 88.



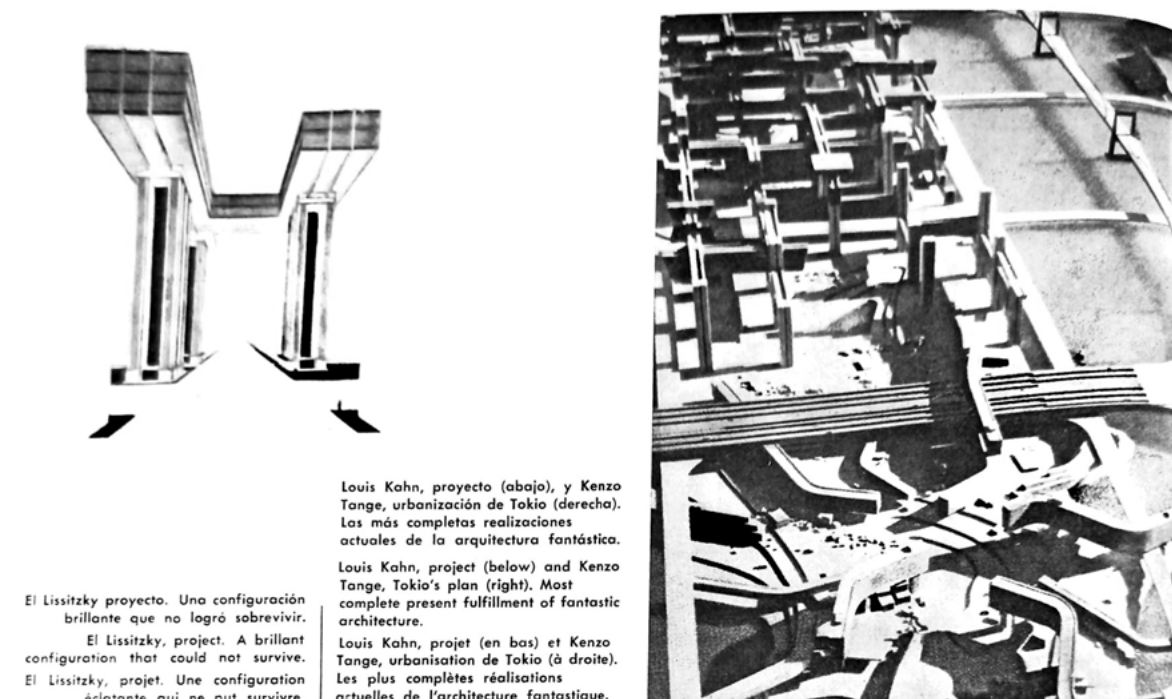
Hans Poelzig. Teatro, Berlin, 1919.
Hans Poelzig. Theatre, Berlin, 1919.
Hans Poelzig. Théâtre, Berlin, 1919.

Erich Mendelsohn. Torre Einstein en
Potsdam, 1920-21.
Erich Mendelsohn. Einstein Tower at
Potsdam, 1920-21.
Erich Mendelsohn. Tour Einstein à
Potsdam, 1920-21.

Erich Mendelsohn. Estudio de un
observatorio, 1919.
Erich Mendelsohn. Study for an
observatory, 1919.
Erich Mendelsohn. Etude d'un
observatoire, 1919.



Fig. 3. Imágenes del artículo "La arquitectura expresionista" de Reyner Banham, *Summa* nro. 2.



El Lissitzky proyecto. Una configuración
brillante que no logró sobrevivir.
El Lissitzky, project. A brilliant
configuration that could not survive.
El Lissitzky, projet. Une configuration
éclatante qui ne put survivre.

Louis Kahn, proyecto (abajo), y Kenzo
Tange, urbanización de Tokio (derecha).
Las más completas realizaciones
actuales de la arquitectura fantástica.
Louis Kahn, project (below) and Kenzo
Tange, Tokio's plan (right). Most
complete present fulfillment of fantastic
architecture.
Louis Kahn, projet (en bas) et Kenzo
Tange, urbanisation de Tokio (à droite).
Les plus complètes réalisations
actuelles de l'architecture fantastique.

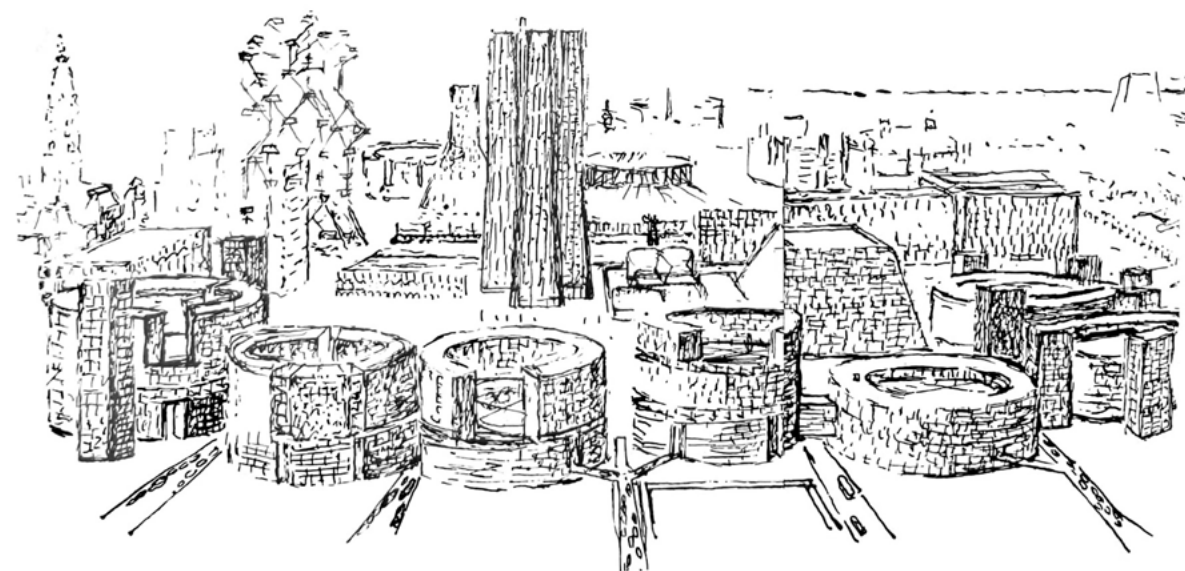


Fig. 4. Imágenes del artículo "Presentación y Defensa de la Arquitectura Fantástica", de Jorge Goldemberg, *Summa* nro. 2.

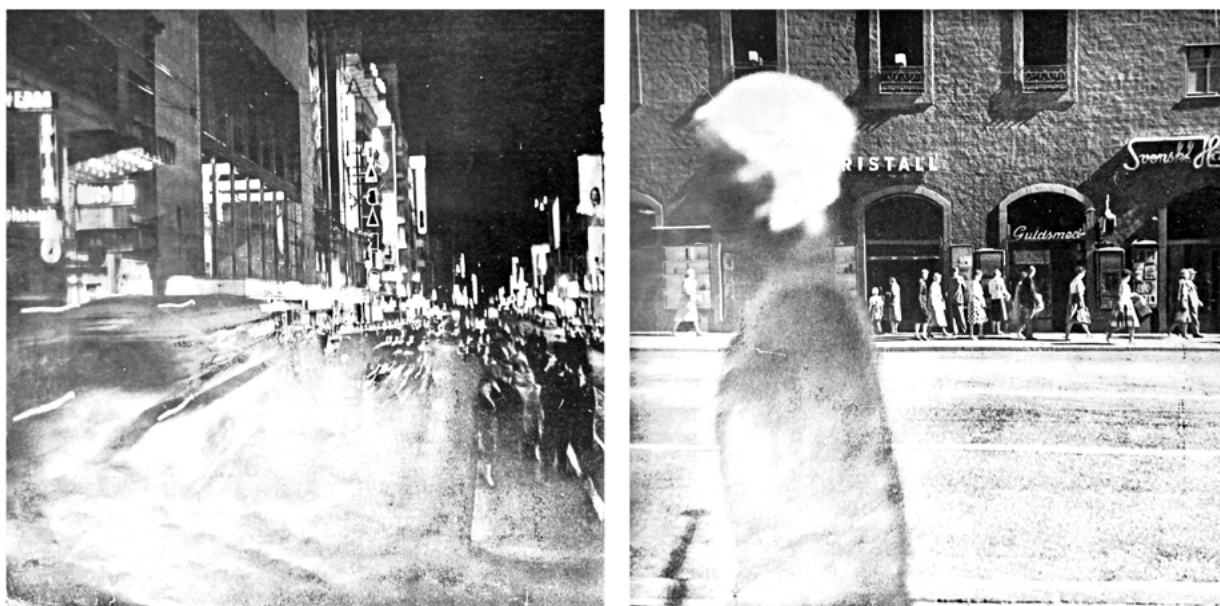


Fig. 5. Imágenes del artículo "Imágenes de la ciudad". José A. Le Pera, *Summa* nro. 1.

La cita es la siguiente:

Escenarios reales, vivientes. Mundos individuales y socializados. Historia materializada; envases sobrepuestos de nostalgias y presiones. Creaciones espontáneas: lecciones para los expertos que diseñan *ab ovo* ámbitos inéditos, demasiado rígidos, excesivamente "perfectos". Imágenes de la ciudad, proyecciones presentes de comunidades ansiosas de futuro.³⁶

En el resto del artículo se introduce una serie de fotografías de Picadilly Circus en Londres y de la Avenida Corrientes en Buenos Aires. Se trata de imágenes que muestran a la ciudad en pleno movimiento y cambio, con figuras humanas y automóviles borrosos por ese ajeteo constante, llenas de estímulos a partir de sus carteles publicitarios luminosos (fig. 5). Las fotografías nos cuentan sobre ciudades reales, vivas, en crecimiento, de

una modernidad distinta a aquella estática, rígida o "perfecta" del urbanismo moderno. Muestran ciudades llenas de contradicciones, espontáneas y superpuestas, en un discurso visual que pone sobre la mesa muchos de los temas que pocos años después se tratarán en un texto central de la disciplina de mediados del siglo XX como "Aprendiendo de Las Vegas" de Robert Venturi y Denise Scott Brown.

Poco tiempo después se publica en *Summa* 6 y 7, de 1966, una traducción del ensayo de Christopher Alexander titulado "Una ciudad no es un árbol", publicado originalmente el año anterior como "A city is not a tree" en la revista norteamericana *Architectural Forum*. Este ensayo, luego convertido en libro, se transformará años más tarde en un referente sobre el pensamiento sistémico referido a la ciudad. Para el autor, la ciudad se puede clasificar según su organización en dos esquemas básicos: el modelo "semi-trama" es una ciudad natural, el modelo

"árbol" es una ciudad artificial, diseñada y planificada. Las imágenes del artículo muestran esquemas que conceptualizan ambos modelos.

La estructura de árbol es un sistema simple y primario que desemboca en una ciudad excesivamente rígida. La estructura de semi-trama genera un modelo complejo de superposiciones. Alexander plantea que la primera conduce al zooning social –típico del urbanismo moderno–, a lo insatisfactorio de la vida que generan estas ciudades *ex novo*, a la pérdida de escala de los espacios públicos y a la aburrida monotonía con que estos se configuran. El autor identifica nueve ejemplos de este tipo de ciudades y suma sus representaciones, entre las que se encuentran Brasilia y Chandigarh. Su teoría tiene como punto de partida, claramente, el segundo modelo.

Otro de los importantes referentes de los nuevos acercamientos a la ciudad es Georges Candilis, entrevistado en su visita a Buenos Aires por *Summa* para el número 12. La entrevista gira en torno a la problemática de las grandes ciudades, y ante la pregunta de cómo modificarlas y controlarlas, el arquitecto griego dijo:

Hacer grandes planes, sea para París, Londres o Buenos Aires, es un método falso e igualmente superado. (...) Una ciudad cambia continuamente. Lo que hay que hallar es un sistema, una organización tan viviente como la ciudad misma, que permita cambios en las diferentes escalas de tiempo.³⁷

El Plan, como instrumento del urbanismo moderno, debe ser superado a partir de la Teoría de los Sistemas, un marco conceptual que parte de las relaciones entre las partes y el todo, relaciones que no son estáticas, sino que van mutando a la vez que transforman al sistema.

Lo que se deriva de estos artículos es una clara necesidad de repensar la ciudad desde renovados horizontes

teóricos (a través de conceptos como sistema, megaestructura, trama y retícula, entre otras) que revalorizan las condiciones de la ciudad existente. Si bien las propuestas comentadas son, como en el caso de la arquitectura, diversas, todas se encuentran más cerca de la ciudad cambiante y superpuesta publicada en el primer número de *Summa*, que de la ciudad rígida y estática de la Carta de Atenas.

Materialización de los discursos

Mientras que los artículos teóricos tomaban una posición distanciada del llamado "Movimiento Moderno", las obras que estaban construyéndose y que encontraron un espacio en *Summa* no necesariamente tenían la misma postura. Por ejemplo, en *Summa* n° 1 se publican obras disímiles que se acercan a los postulados del *International Style*, como el concurso para el Jockey Club de la Ciudad de Buenos Aires ganado por el estudio de Mario Roberto Álvarez, y otras que se alinean con nuevas propuestas. Entre estas últimas se puede reconocer la publicación del concurso de anteproyectos para la construcción de la Biblioteca Nacional, ganado por Clorindo Testa, Alicia Cazzaniga y Francisco Bullrich, tres importantes colaboradores de *Summa* (fig. 6).

En cuanto a la construcción de la ciudad real, se publican en la Revista reflexiones sobre proyectos urbanos construidos o a construirse, como por ejemplo, el Concurso para la zona céntrica de la ciudad, la Remodelación del Barrio Sur, el Plan Piloto: Lugano I y II y las transformaciones en el barrio residencial de Belgrano. Este último es un ejemplo representativo. Se trata de un área tradicionalmente residencial cuya morfología fue afectada por un nuevo tipo de edificación en torre. Esto sucedió a partir de 1957 cuando se reguló la construcción de los edificios de gran altura designados como Edificios de Iluminación Total (EIT). El origen de esta regulación "debe buscarse en la idea urbanística modernista de propugnar una ciudad con plantas bajas libres, sobre las que se erigirían cons-

³⁶ J. Le Pera, "Imágenes de la ciudad", *Summa* nro. 1, 1963, p. 14.

³⁷ J. Le Pera, "Candilis y las grandes ciudades", en *Summa* nro. 12, 1968, p. 18.

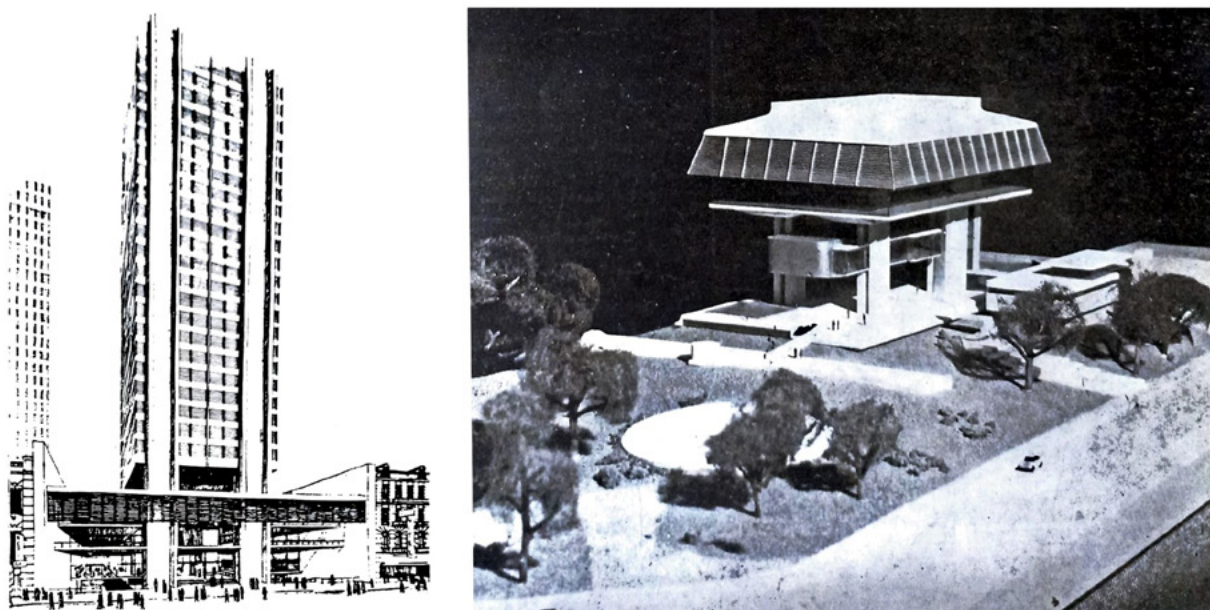


Fig. 6. A la izquierda: proyecto para el Jockey Club. A la derecha: proyecto para la Biblioteca Nacional. *Summa* nro. 1.

trucciones de gran altura, de acuerdo con los criterios de la Carta de Atenas.³⁸

En *Summa* nro. 13 se publica un artículo sobre las nuevas torres redactado por el arquitecto Juan Manuel Boggio titulado "Belgrano: morfología de un cambio".

[Las torres] plantearían una concreción efectiva, surgida por la natural gravitación de los hechos, de muchas de las clásicas imágenes teóricas propias del urbanismo CIAM, materializadas, empero, en función de una dinámica vital que las libera del rígido formalismo de las planificaciones basadas en dichos postulados.³⁹

En este tipo de ejemplos se puede reconocer cómo, a pe-

sar del giro en el discurso sobre el pensamiento arquitectónico y urbano que iba adoptando *Summa*, los proyectos que efectivamente configuraban la ciudad física aún presentaban fuertes lazos con la modernidad, aunque mixturados con nuevas ideas y modelos. Como indica la autora Nuviala Antelo:

Buenos Aires es una y es muchas. La ciudad material, la ciudad simbólica, sus imaginarios, sus relatos, sus vivencias, sus rincones, sus personajes y sus discursos. La ciudad de los años sesenta, es particular, es conflictiva, es creativa y es incierta. Sumergida en un mundo en cambio, y en una Latinoamérica que anhela un cambio radical. Anhelo que se hace visible en muchas de las experiencias, de las imágenes y de los discursos sobre los cuales se construye y reconstruye la ciudad.⁴⁰

³⁸ J. Liernur, "Torre", en Liernur y Aliata, *Diccionario de Arquitectura en la Argentina*, Tomo s-z, Buenos Aires, Clarín arquitectura, 2004, p. 120.

³⁹ J. M. Boggio, "Belgrano: morfología de un cambio", *Summa* nro. 13, 1968, p. 30.

⁴⁰ N. Antelo, "La ciudad cambia: una mirada desde la Revista *Summa* a Buenos Aires en los años sesenta", en *actas del VII Seminario Internacional de Investigación en Urbanismo*, Barcelona-Montevideo, 2015.

Consideraciones finales

Si bien son muchas las aristas que pueden analizarse en las páginas de *Summa*, este ensayo se dedicó a estudiar los discursos elaborados sobre Arquitectura y ciudad que la Revista presentó durante sus primeros años de publicación. Eran discursos marcados por la conciencia de estar viviendo en un "mundo nuevo": los revolucionados años 60.

En ese mundo nuevo, las disciplinas abarcadas por *Summa* —Arquitectura, Urbanismo y el Diseño— debían encontrar nuevas formas para responder a los requerimientos contemporáneos de su área de trabajo; es decir, del entorno humano en su totalidad, "de la cuchara a la ciudad". Los actores que formaron parte de *Summa* se vieron a sí mismos en una encrucijada que les impedía volver a los postulados pasados, pero a la vez se les presentaba un futuro incierto, por lo que la búsqueda para resolverla fue amplia e integradora, con diversos enfoques. En otras palabras, el estudio de esos primeros números permite problematizar la aparente unidad de la Revista y reconocer su propuesta variada y compleja ante la incertidumbre disciplinar. En la introducción a la *Summa* n° 2, Carlos Méndez Mosquera escribe:

La arquitectura y el diseño industrial entran sin lugar a dudas en un período de madurez. No obstante, esa madurez no se nos muestra como un estilo definido, sino como una dinámica búsqueda. Los grandes maestros de la arquitectura han marcado un camino, han definido nuevas formas de expresión con respecto al pasado. ¿Pero, qué pasa con la arquitectura y el diseño HOY? Es necesario crear nuevas formas para tiempos nuevos. (Mayúsculas corridas originales).⁴¹

Es así que la Revista fue escenario de una aceptación y legitimación de la enseñanza moderna acompañada de su debida crítica y revisión, combinación que atravesó

los debates del medio por lo menos hasta mediados de la década de 1970, cuando se vislumbraron las primeras expresiones de la llamada "arquitectura posmoderna".

Para concluir, este trabajo intentó abordar a *Summa* como un producto cultural significativo, portador de las principales coordenadas que estaban en juego en el campo de las disciplinas dedicadas al entorno humano en la década de 1960 en Argentina. Fue portadora también en su materialidad, como un objeto constituyente del campo disciplinar en toda su complejidad.

⁴¹ C. Méndez Mosquera, "Introducción", *Summa* nro. 2, 1963.



5. La historia intelectual como campo plural: perspectivas renovadas y cruces disciplinares

El Seminario de Actualización Disciplinar II de la Maestría en Historia Intelectual, que se realizó en el tercer trimestre del 2021 bajo coordinación de Gabriel Entin y Dhan Zunino, convocó a especialistas que, desde diversos ángulos, en sus trabajos recientes han contorneado el campo, exponiéndolo a temas y enfoques renovados. Bajo el título general de “La fábrica de la historia intelectual. Problemas y perspectivas”, el ciclo se compuso de cinco sesiones de exposición a cargo de

Sofía Mercader (Universidad de Aarhus), Mariana Canavese (Cedinci-UNSAM / CONICET), Pablo Blitstein (École des Hautes Études en Sciences Sociales), Magdalena Candiotti (Instituto Ravignani-UBA / UNL / CONICET) y Clément Thibaud (École des Hautes Études en Sciences Sociales). En esta sección se reproducen las presentaciones de Blitstein y Candiotti, junto a los sucesivos intercambios que propiciaron con docentes, alumnos y alumnas.

Una Nueva China en México: pensar la nación a fines del siglo XIX y principios del XX



Pablo Blitstein

Es profesor en la École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS). Estudió literatura y filosofía en la Universidad de Buenos Aires (UBA) y obtuvo un doctorado en historia china en el Institut National des Langues et Civilisations Orientales (INALCO, 2012). Tuvo puestos de investigación y docencia en el INALCO y en el Collège de France, y entre 2013 y 2017 fue investigador y docente en el Cluster of Excellence “Asia and Europe in a Global Context” y en la Universidad de Heidelberg. Sus investigaciones concierne la historia intelectual y política de la China imperial (moderna y medieval) y las redes globales de reformadores chinos entre Asia oriental, Europa y las Américas (finales del siglo XIX y principios del XX).

Gracias, Gabriel y Dhan, por la invitación. Me gusta mucho poder compartir ideas en castellano, a causa de la pandemia. Lo hice muy poco en estos últimos años, así que para mí es un placer. Lo mismo el hecho de poder discutir temas de historia intelectual, a pesar de que no es algo fácil. No es fácil encontrar interlocutores con los que uno pueda intercambiar sobre estos temas.

Yo trabajé sobre el medioevo en China, y trabajo también sobre la China moderna y contemporánea, sobre la Guerras del Opio desde mediados del siglo XIX hasta lo que sería la República en la primera mitad del XX. Eso es habitual –por ejemplo en Alemania– para gente que se dedica a China; acá era habitual y dejó de serlo; en Estados Unidos, es mucho menos. Ahora hay cada vez más gente que trabaja a caballo entre distintos períodos. En mi formación, tuve la experiencia de trabajar sobre períodos muy alejados, algo importante porque permite pensar las temporalidades de la historia. Cuando uno dice “modernidad”, ¿qué fecha tiene? Cuando uno estudia el este asiático se da cuenta de que lo que uno llama modernidad acá, allá puede ser muy viejo. Entonces, uno se empieza a preguntar si la categoría de “modernidad” tiene un sentido. Cuando uno estudia distintos períodos, encuentra conexiones impensadas.

Hoy voy a hablar de cuáles son las discusiones dentro de mi campo, y cuáles son los métodos de investigación y las problemáticas en las que yo inscribo mis textos.

Los historiadores elegimos el tema de estudio en función de preocupaciones del presente, para ver si podemos entender por qué estamos donde estamos y de qué manera nuestro presente está marcado social, institucional e intelectualmente. Es en ese marco que me interesa la historia, por dos razones: porque el mundo en el que hoy pensamos y actuamos es resultado de decisiones que se tomaron en otros contextos, en coyunturas quizás olvidadas, y porque muchas cosas que se dijeron en momentos de transformaciones siguen marcando nuestra percepción del presente.

En pocas palabras, la historia permite entender cuál es el marco en que las trayectorias sociales e históricas imponen a nuestras formas de actuar, pensar y proyectar un futuro. Es una manera de pensar la historia, una manera genealógica de pensar la historia. Pero también hay otra manera: es usar la historia como una especie de instrumento antropológico de desnaturalización del presente. Quiero decir: la historia nos permite entender cómo los seres humanos pueden actuar y pensar de distintas maneras en distintos contextos y cómo, en consecuencia, el mundo en que vivimos, diferente del de ayer, representa una coyuntura singular y transitoria.

El tema que elegí es una China nueva en México. Por un lado, por una preocupación genealógica ligada al tema de la nación. Por otro lado, por desnaturalizar la idea de nación a partir del estudio de un mundo que no era nacional. En esta ocasión me pregunto ¿cómo la idea de nación surge en un grupo de letrados chinos de fines del siglo XIX?

“Letrados” es una categoría social del imperio Qing –la última dinastía que gobernó China en el este asiático–. Decir China, es dejar afuera Mongolia –que estuvo dentro del imperio–, o dejar afuera partes de Asia central. Cuando se habla del imperio Qing, se trata de una gran parte del este asiático. Es un imperio no nacional. Lo que estudio es cómo la idea de nación en este grupo que emerge hacia fines del siglo XIX evoluciona sobre la base de experiencias sociales e intelectuales no solo en Pekín y Shanghái, sino también –por la experiencia del exilio– en Vancouver, en San Francisco, en Torreón (en ese momento una muy pequeña ciudad en el norte de México) y en el Distrito Federal (DF) de la ciudad de México.

Una de las cosas que estudio es cómo uno de estos letrados nacionalistas de fines del siglo XIX –Kang Youwei– se vincula con Porfirio Díaz por una serie de contactos que tiene, y cómo ese nacionalista desarrolló un discurso que converge con el discurso de los ministros e intelectuales

positivistas del porfiriato, el grupo que se conoce como “los científicos”.

“China” es un nombre que aparece entre aquellos letrados. China era un exónimo, una palabra que se usaba afuera. El imperio se llamaba Qing, porque era el dominio de la dinastía Qing. La dinastía le daba el nombre al territorio.

El imperio Qing era gobernado por manchúes, un grupo del nordeste de China (de Manchuria) que habla su propio idioma y que conquistó el territorio entre los siglos XVII y XVIII. En un principio, era una nobleza de manchú, mongol y han.

Han es el grupo mayoritario ‘chino’ así se diría hoy– que gobernaba un imperio con las elites mandarinales o letradas en zonas regidas directa o indirectamente por jefes locales (en el Tíbet, el Dalai Lama, son ejemplo) y con una población que, incluso en la parte ‘china’ del imperio, hablaba muchas lenguas diferentes. No había una lengua común, el chino mandarín es algo del siglo XX. En ese contexto, la idea misma de nación china no existía antes de mediados del siglo XIX. Como un concepto clave del discurso político, la nación emergió en los años 1890.

Mi hipótesis es que la emergencia y evolución de la idea de nación china, en este grupo de letrados, oscila entre dos polos: un polo que concibe la nación como territorio y un polo que concibe la nación en términos de la raza o cultura.

Para resolver las tensiones que generan esas dos maneras de pensar la nación, estos letrados (muchos de ellos fuera de China) piensan la cohesión nacional según los modelos que ofrecen las instituciones de finanzas, de la industria de la *Belle Époque* y la era progresista americana.

La *idea territorial* que el grupo de letrados tenía de la na-

ción, sobre todo en los años de 1890, estaba ligada a la cuestión colonial. Aparte del territorio, esos letrados no encontraban otra cosa en común en esas diferentes poblaciones que ocupaban el imperio Qing. A ese territorio había que defenderlo de las potencias coloniales rusas, británicas, francesas, alemanas, estadounidenses y japonesas. Era un gran problema para el imperio, y el tema preocupaba tanto a la élite imperial como a otros grupos, sobre todo en las ciudades. El problema es cómo evitar que la China sea partida como un melón, esa es la metáfora que usan. La solución nacional que aquel grupo de funcionarios letrados proponía era generar códigos compartidos en la población: extender las “costumbres de los chinos” a todo el territorio, desde el emperador hasta lo que hoy es Mongolia.

Es importante situar la idea de nación en ese contexto de dominio mundial de las potencias coloniales. Aparece en un contexto muy diferente de otros nacionalismos del siglo XIX. No es un nacionalismo en búsqueda de extender derechos como fue la revolución francesa. No es necesariamente un nacionalismo antimonárquico. No es como los nacionalismos de América Latina. No es tampoco un nacionalismo que se desarrolla contra una ocupación, como el nacionalismo alemán. China además no era una colonia. Por eso, fue más bien un nacionalismo de crisis preocupado por la viabilidad de las instituciones imperiales, para que no ocurra el derrumbe.

Aquel grupo de nacionalistas estaba atrapado en una ambivalencia: por un lado, la nación existe desde hace 5.000 años; por otro, la nación tiene que ser creada para no ser disgregada. La idea de generar códigos compartidos en el interior de una población completamente heterogénea, era una preocupación ligada al problema de una eventual colonización de partes del territorio.

La idea de nación en términos culturales se desarrollaba sobre todo en el exilio, y estaba ligada a la diáspora por razones políticas y financieras. El diálogo con la diáspora

algo fundamental para poder recaudar fondos y financiar actividades en China— trataba de hacer circular la idea de que la diáspora cantonesa, por ejemplo, no era cantonesa sino china, y que, por lo tanto, hay que ayudar a reformar China, porque China es el Estado que los va a proteger. Esa fue una idea de nación de tipo racial y cultural.

Me interesa esa oscilación entre el discurso racial y el discurso territorial sobre la nación. Aquellos letrados pensaron distintos dispositivos para generar prácticas compartidas que unan a un noble manchú con un cantonés de Torreón, y que permitan que todos apoyen políticamente la reforma de la monarquía Qing.

Ese contexto encuentra un modelo en la coordinación de la finanza y de la industria en América del norte (los *trusts*, que vienen desarrollándose desde el siglo XIX), y otro modelo en el México de Porfirio Díaz (con la migración de trabajadores en emprendimientos industriales del norte de México) y en la Alemania de Guillermo II. Se trata de modelos tanto económicos como políticos.

La idea que tienen para poder asegurar la viabilidad de la nación en las dos costas del Pacífico es que todas las fuerzas de la sociedad nacional —sea en términos raciales, sea en términos territoriales— tienen que estar orientadas a la producción de riqueza. Eso implica una convergencia entre actividad política, educativa, financiera e industrial, tanto dentro como fuera del imperio Qing.

Me interesa ahora ver con ustedes una serie de puntos. El primero es preguntar dónde se ubica el trabajo que yo hago en el panorama historiográfico de China, o historia global concerniente a China, o historia intelectual china. Existen bastantes trabajos de historia intelectual o de “historia del pensamiento” (*sixiang shi, shisô shi*) o “del espíritu” (*seishin shi* o “Geistesgeschichte”), como los llaman en China y Japón. En general, ese tipo de historias tiene dos problemas. El primer problema es que una parte de esas historias se remite a la emergencia de la idea

de nación sin preguntarse quiénes son los que hablan de nación, a quiénes les están hablando, a qué se refieren cuando están diciendo nación y, sobre todo, de dónde sacan los recursos simbólicos para decir lo que dicen traducciones, textos—. No se pregunta: “¿por qué les vienen esas ideas a la cabeza?”. En general, son historias de las ideas muy clásicas, sin personas, y les suele faltar fuerza explicativa (pareciera que los hechos se suceden uno tras otro de modo puramente contingente).

El segundo problema es el siguiente. Hay historias de intelectuales que hacen historia social de China, sobre todo en términos marxistas y weberianos (se imaginan que allá el marxismo es algo importante, por lo tanto, la historia social tiene presencia). Pero esas historias suelen tener un problema que comparten con las precedentes: es lo que se suele llamar “nacionalismo metodológico”.

Esto que estoy contando de la China de fines del siglo XIX es paralelo a lo que está pasando en el imperio otomano, a lo que venía pasando en el imperio ruso desde el siglo XVIII, a lo que pasaba en Japón, a lo que pasaba en el imperio austrohúngaro o en Alemania. Todos esos procesos de nacionalización están conectados de una manera o de otra.

En el tema de la nueva China en México me focalizo en una serie de relaciones sociales entre los dos costados del Pacífico que contribuyeron al proceso de nacionalización de instituciones. Esas relaciones no solo no son en sí nacionales (no había nación), sino que preceden la existencia misma de los procesos de nacionalización del imperio Qing. En otras palabras: en China, la nación fue producto de una geografía social que no corresponde a una geografía política, y mucho menos a una geografía de las naciones, sino a una geografía que iba del Este asiático a América del Norte, pasando por Europa. No por todos lados, pero hay una serie de relaciones que permiten entender el tipo de diálogos y el tipo de razonamientos que hacen sobre las instituciones políticas (entre otras, la

cuestión nacional).

Las categorías de los historiadores están muchas veces bajo el peso de estos dispositivos de nacionalización que en China el grupo de letrados contribuyó a desarrollar y que después se manifiesta en las prácticas científicas. Esas prácticas de nacionalización que tienen lugar en China, Estados Unidos y Europa producen una nacionalización epistemológica contra la que no es fácil luchar.

Cuando elegí estudiar el grupo de letrados chinos entre Pekín, San Francisco y México D.F., mi propósito era tomar en serio el hecho de que la historia intelectual es una historia que no puede delimitarse a priori a una geografía determinada, porque tiene que estar armada a partir de las fuentes mismas y de las relaciones que esas fuentes muestran.

El segundo punto que quiero mencionar es el de las fuentes: ¿cuáles son las fuentes de la historia intelectual de este grupo de letrados chinos de fines del siglo XIX? Si uno quiere estudiar el nacionalismo, depende de dónde se sitúe y qué tipo de perfiles elige. Uno puede llamar intelectuales a esos letrados, pero en realidad no son intelectuales; por lo menos no lo son en el sentido que se le daba en la Francia del *affaire Dreyfus*. En ese sentido, no son intelectuales, son funcionarios formados para pasar exámenes y decirle al emperador desde cómo hay que organizar el impuesto hasta cómo hay que hacer el culto al cielo. Hacen muchas cosas esos letrados.

Cuando uno elige las categorías para realizar la historia intelectual de ciertos grupos, a veces hay mala suerte, porque hay grupos que no dejan muchas cosas escritas. A veces solo hay rastros. Los letrados que yo analizo escribían todo el tiempo y además eran muy conocidos por los diarios y revistas. Se ha publicado correspondencia de ellos y también biografías con detalles.

Tengo fuentes de distinto tipo y ahí llego al tercer punto que tiene que ver con el primero y es reconstruir por

qué dicen lo que dicen en un momento y un lugar dado, por qué producen esas fuentes en un cierto momento y por qué ahí aparecen todos los enunciados sobre nación en determinados momentos y lugares. Ahí hago lo que hace todo historiador: tratar de encontrar lo mejor posible la fecha en que se escribió, lo que se escribió, el vocabulario, las formas explícitas e implícitas de la intertextualidad, qué referente está detrás de esas palabras en la práctica. En fin, hago un trabajo de semántica histórica que es común a diferentes corrientes de historia intelectual.

Tal como yo lo entiendo, y ahí coincido con la escuela de Cambridge, son cuestiones que vienen de la Lingüística y la Sociología Pragmática: la cuestión de tomar en serio el lugar que ocupa el lenguaje en la producción de la vida social. El trabajo de semántica histórica es siempre complejo y, en el caso de los personajes que discuto, hay problemáticas comunes a otras regiones, a otras maneras de movilizar la historia intelectual, y problemáticas que son específicas del período y el tipo de trabajo que esos letrados hacían sobre el lenguaje.

Una problemática es que hay una dimensión lexical fundamental: es la emergencia de neologismos –palabras que se inventan en el momento– o de redefiniciones de un vocabulario antiguo cargado de connotaciones del mundo letrado de la época.

En el caso de los neologismos, hay una ruptura con la historia conceptual precedente porque se ve que los letrados disponían de palabras que no alcanzaban para decir lo que querían decir. Entonces, por ejemplo, en el caso de “nación”, hay un diplomático que en los años de 1880 traduce el vocablo de manera fonética. Eso no existía. Agarra dos caracteres que suenan de cierta manera, los mete juntos y los transforma en las dos sílabas del signifi-
ficante “nación”. ¿Por qué lo hace?: porque siente que el vocabulario político que maneja la dinastía no le permite decir lo que se puede decir con *nation* en Francia e Ingle-

terra, los dos lugares donde estuvo. Pero el término que va a quedar para “nación” proviene del vocabulario político tradicional para poder explicar el funcionamiento de los imperios que existieron en todo el este asiático.

Los letrados escriben en chino clásico, la lengua franca de todo el este asiático (Vietnam, Corea, Japón y China). La cuestión de qué están diciendo cuando usan esa palabra vieja es compleja, porque los actores saben que está pudiendo ser leída en diferentes contextos según el actor en cuestión. Cuando la pronuncian delante de un noble que habla chino, este lo va a entender, por ejemplo, como lo entiende cuando lo encuentra en uno de los Cuatro Libros. Cuando hablan con un comprador en Shanghái, se van a entender. La traducción de Rousseau está disponible desde los años de 1890. Ahí es donde hay una inestabilidad semántica mayor, y hay que tenerla en cuenta para pensar cómo circulan los significantes ligados a “nación” que, aun manteniendo connotaciones antiguas, cambian según los contextos, las variantes y las situaciones.

La segunda dimensión es discursiva. Hay letrados, samuráis y otros actores de peso en el Este asiático que discuten explícitamente sobre traducciones, no solo de libros, sino de nociones que están asociadas a mundos discursivos minoritarios en China o Japón. La cuestión no es solamente la traducción, sino cómo circulan los enunciados.

La tercera dimensión es pragmática, puesto que interesan los contextos socio-espaciales de la enunciación. Como se sabe, una misma palabra puede tener dos significados distintos, según el contexto de uso y el horizonte de inteligibilidad que tienen los actores. Eso es lo que se intenta reconstituir cuando se hace historia social de las ideas. Es el punto en el que las palabras contribuyen a dar forma a transformaciones sociales. El hecho de describir algo de cierta manera, de darle una categoría ideológica o institucional, se inscribe en un determinado proyecto de reforma.

En el caso de “nación” está claro que no es sólo un concepto, sino el nombre de un proyecto social e institucional. Según el contexto en que esos letrados usan la idea de nación, las reformas (fiscales, administrativas, escolares) adoptaran una u otra dirección.

PREGUNTAS DEL AUDITORIO

Gabriel Entin: Abriste una caja de pandora básicamente de cuestiones teóricas, metodológicas, históricas de tu propio tema, pero es realmente notable cómo tiene que ver con las cuestiones centrales que nos interesan discutir en este seminario. Voy a hacer comentarios generales y preguntas.

La primera cuestión a comentar es tu insistencia en la necesidad de no esencializar los conceptos con los que nosotros trabajamos en historia. Cuando hacemos historia, muchas veces aplicamos paradigmas, conceptos, categorías como si fuesen evidentes y no nos damos cuenta hasta qué punto fueron construcciones históricas. Ahora, ¿de qué se agarra uno cuando no tiene esas categorías?

Lo segundo, para el caso de América Latina es fantástico pensar esto en lo comparativo porque muestra muy bien contrastes y cuestiones comunes (la ausencia de una lengua común y la existencia de una monarquía como la hispánica). Entonces, ¿cómo se construye algo si no hay un criterio de unidad?

El tercer comentario tiene que ver con el idioma. Nosotros trabajamos con lenguas latinas, romances, podemos entender en mayor o menor medida otros idiomas el español, el francés, el italiano); podemos notar cómo van cambiando los conceptos con las traducciones, pero dentro de ciertas raíces compartidas. Esto no sucede con Oriente entonces, ¿esto es un problema para cuando hay que trabajar entre América Latina y China. En toda esa cantidad de idiomas en la dinastía Qing, ¿se pueden apreciar a través del lenguaje distintas formas de pensar?

Adriana Milano: Yo me pregunto por los letrados chinos en México. ¿Cómo se trabaja la circulación de saberes, por dónde se empieza, cómo se hacen comparaciones?

Pablo Blitstein: Bien, empiezo por la cuestión sobre si se piensa distinto cuando se habla un idioma distinto. Lo que es interesante en este objeto de estudio es que los actores también están haciendo historia conceptual.

Ellos hacen trabajos de historia conceptual, pero con un uso muy concreto. Yo creo que ellos no tenían problemas para entender. Usaban el lenguaje de una manera muy práctica, porque en el fondo, lo importante es ver qué hacen.

¿Cómo se produce la conexión con México?: Kang Youwei (intelectual confuciano) hablaba un pésimo inglés, escribía muy bien el chino clásico y hablaba cantonés, lo cual lo ayudó a armar el grupo en la diáspora. Tenía una hija que estudiaba en Columbia, quien a su vez tenía como tutor a un empresario que después le prestará dinero a Kang Youwei para hacer negocios y le facilitará el contacto con Porfirio Díaz. Por otro lado, la hija le traduce al padre, le explica cosas y esto es lo que decía recién: las mediaciones son muy importantes en todo este mundo; él habla con su hija, con su secretario, con sus intérpretes, y todos ellos le dan una versión de las cosas. Eso no quiere decir que el *input* que le llegó de su secretario, de su hija, no produce un cambio conceptual y un cambio en la manera en que él entiende lo que le interesa de economía, nación, Estado o fiscalidad. La otra hija le traducía el japonés, a fines de la década ya escribe en un inglés precario. Quiero decir que lo que leemos en los documentos es solo la borra.

Ahora, pensemos en la cuestión de cómo digo “imperio”, cómo digo “nación” y cómo nombro las cosas en un mundo que es no nacional, no imperial. Nuestras categorías de “nación” y de “imperio” están muy marcadas por opuestos: el imperio extiende las fronteras, la nación se extiende solamente hasta la frontera con otra nación.

Queda claro que durante el siglo XIX el imperio Qing tiene sus maneras de explicar cuál es su tipo de unidad política, cuya clave era la diferencia, no la identidad; no corría la idea de que todos son chinos. La dinastía, las élites imperiales, los letrados, entendían que si uno puede gobernar a otros es porque es superior, y uno es superior porque es diferente, y esa es la base de la unidad políti-

ca. Si alguien es leal y acepta estar bajo las órdenes de alguien, es porque acepta que ese alguien es superior, porque es diferente. El emperador es el más diferente de todos, es el único capaz de absorber lo mejor de todos sus súbditos, el único que puede tener el espíritu de Gengis Kan, que puede ser discípulo de los Lamas del Tíbet. Estos son los dispositivos simbólicos de legitimación del imperio de Qing.

Magdalena Fernández: Como dijo Gabriel, es una caja de pandora. Nombreste a las fuentes y cómo circulan las ideas, hiciste hincapié en la necesidad de atender con quién hablan y con quién están interactuando y discutiendo esos actores. A mí me surgió esta pregunta: ¿cómo eran y cuáles eran los ámbitos intelectuales chinos?, ¿cuáles eran los espacios que habitaban aquellos intelectuales, dentro y fuera de China?, ¿cuáles eran los espacios de referencia?

Pablo Blitstein: Los podemos encontrar en una pequeña aldea en el sur de Cantón y en alguna academia en Cantón que ellos mismos fundaron. Tenían academias, a veces para pasar exámenes, a veces para transmitir algún saber. Formaban su propia escuela, después fueron a las ciudades y, el que tenía suerte, terminaba en la corte. En el palacio podían hacer muchas cosas diferentes: estar en lugares donde escribir la historia, o escribir poesía para una ceremonia, escribir códigos legales y códigos administrativos.

Lo que se agrega a los letrados del exilio, es que se los puede encontrar en asociaciones ligadas a trabajadores y empresarios, cantoneses ligados al origen geográfico, a la pequeña aldea de Cantón, al apellido. Todos muy activos. También se los encuentra en hoteles, restaurantes, en lugares donde entrar en contacto con las grandes figuras de las finanzas y la política en América del norte. Por eso terminan reuniéndose con Porfirio Díaz, Carnegie y Roosevelt. Estos son los espacios en los que actuaban entre 1895 y 1915.

Magdalena Fernández: ¿Quiere decir que la situación del exilio fue clave?

Pablo Blitstein: Esa es mi hipótesis. Otros los estudian de otra manera. Yo estoy hablando del Sarmiento chino. Este Kang Youwei es uno de los Sarmientos chino.

Pablo Torres: Remarcabas que la experiencia de las finanzas y la experiencia de la diáspora fue clave en ese mundo de asociación. Qué grado de permeabilidad tenía la asociación en los distintos lugares de la diáspora a los debates políticos que se venían dando. Como dijiste que trabajabas China hasta 1920, la segunda pregunta es: con el surgimiento del partido comunista, China en la década del 20, ¿qué relación montó con esa gente de saberes, los intelectuales, la gente de ideas?, ¿hubo una política en los 20 para con esto?

Pablo Blitstein: El neologismo “intelectual” es comunista y se usó porque la otra clase de personas de saber usaban el neologismo “clase”, lo cual no iba bien con el marxismo debido a que los intelectuales no son una clase, entonces lo corrigieron. La palabra “intelectual” no existía, se instala en Francia a fines del siglo XIX para distinguir a un grupo de saber y con rol moral. El equivalente lo produjo China en los años 10 y 20: la clase de gente de saber y la gente de saber. En los dos casos se ven cuatro caracteres. Los comunistas hicieron la segunda, le sacaron “clase” porque los intelectuales no pueden ser una clase. Ahora, los que fundan el Partido Comunista en los años 20 son grandes lectores y lo odian por razones políticas. Su generación escribe textos bastantes furiosos porque terminan siendo lealistas (lealtad a la corona). Kang Youwei, que pedía monarquía constitucional, cuando cae la corona, es leal a la dinastía Qing y se opone a la república. Entonces, a todos esos revolucionarios que fundan el Partido Comunista Chino les parece las antípodas, pero se lo respetaba mucho, porque en la historiografía, incluso en la historiografía oficial, él y los otros reformadores de su generación son los que lanzaron la China contem-

poránea y son ellos quienes lanzaron la idea de nación. La idea de nación es clave en todo el siglo XX, y el comunismo chino no se entiende sin la idea de nación. Juegan un rol muy importante en la organización de la diáspora para boicotear los bienes americanos a principios del siglo 20 y mandar fondos a los que boicotean en China.

Adriana Milano: ¿Cómo te encontraste con el desarrollo de la historiografía?, ¿tuviste que hacer trabajo prosopográfico previo?, los letrados ¿están interconectados por relaciones de familia o por espacios de sociabilidad?

Pablo Blitstein: Si es el Sarmiento chino, hagan la comparación. En general, a este grupo la historiografía lo hace desaparecer con la caída del imperio, porque su proyecto de monarquía constitucional falló. Igualmente, hay muchísimos trabajos sobre lo que hicieron a fines de los años 1890.

Lo segundo es que hay un tipo de fuente muy interesante que es lo que se llama biografías analíticas. Año por año, día por día, hora por hora, un discípulo de ellos organiza los documentos o citan sus correspondencias. Son los discípulos los que facilitan el trabajo del historiador, gente próxima a las principales figuras de aquel grupo.

Dhan Zunino Singh: ¿Dónde estaban las fuentes, con qué archivos trabajaste?

Pablo Blitstein: Están por todos lados, depende qué tenga que hacer. En China, el archivo está muy centralizado. Encuentro muchas cosas en las bibliotecas, en la prensa, y como hubo un trabajo de digitalización muy importante, me permite no desplazarme. Un problema es que hay fuentes a las que uno no puede tener acceso porque las guardan para investigadores propios.

Dhan Zunino Singh: Claro, con gente que está en México o en Estados Unidos, ¿qué huellas se pueden encontrar?

Pablo Blitstein: En México las huellas que tengo son so-

bre todo en la prensa, pero también hay guías de viaje donde hablan del banco chino que fundaron en Torreón y la persona que está a cargo del banco. Tengo los documentos que escribieron los que estaban en Torreón describiendo cómo era la zona (ese documento está en chino, los otros están en español). La guía de viaje en español, mezclada con las cartas del que gestiona el banco, me da una idea bastante importante. Yo ahí hago el trabajo de historia intelectual.

Luis Mauricio Leyva: En primer lugar, muchas gracias por la exposición. La verdad es que, como ya dijeron, abrieron una caja de pandora. Pregunto: cuando te referís al planteo de reforma basado en la idea de nación territorial, ¿podría el emperador perder el estatus de diferente? Incluso, ¿podría el sistema monárquico llevar a prescindir del emperador?

Pablo Blitstein: De eso lo acusaron, precisamente, a Kang Youwei. Una de las pocas cosas que quedó de la reforma fue la universidad de Pekín. No se produjo demasiado. Esas ideas van a producir algo un poco después, hacia final de la primera década del siglo XX. Ahí uno va a encontrar documentos de trabajadores que mandaron cartas a cierta asociación por la protección del ferrocarril, porque están en contra de la nacionalización del ferrocarril, porque quieren que quede en manos de financistas chinos, y ahí, en esas cartas que mandaban uno ve que están hablando de “no queremos que vendan al país”. Están hablando de la nación; la revolución está por estallar. Ahí uno ve que el discurso que podrían tener los letrados que discuten entre ellos, que están en la capital, en la corte, en medio de gente con diplomas, de repente lo están usando en una ciudad del interior un grupo de trabajadores.

Gabriel Entin: Para ir cerrando, te planteo algo. Voy a empezar por la general: ¿Para vos sirve la distinción oriente-occidente? ¿No sería eso parte de la crítica que haces a la esencialización historiográfica? Pienso en que

cuando se piensa en orientalismo, se asocia fácilmente al despotismo, como al sultán en Turquía. Sin embargo, vos hablás de una forma política cuya unidad reside en la diversidad, no en la imposición vertical de un modelo, y eso cambia mucho.

Finalmente, si no hay imperio, si no hay nación como decías, la forma política nos desafía a pensar en algo de lo que no estamos acostumbrados en occidente: la soberanía, que se construye en espacios territoriales a través de la guerra.

Pablo Blitstein: La cuestión de la soberanía, en general, es escalonada. Quiero decir que se pueden encontrar formas en las que la soberanía, en realidad, es “yo te doy un tributo y te reconozco como superior; pero yo hago lo mío, tengo mis reglas, mis leyes, y las cambio cuando quiero y ni te aviso”.

Gabriel Entin: El concepto de soberanía no existía.

Pablo Blitstein: Claro, el concepto de soberanía tenía el sentido del *superanus* (el que está arriba tuyo). Eso no quiere decir que va a decir cómo hay que hacer todo, sólo espera que se le reconozca que está arriba. Eso en China tiene sus matices. Hay soberanía escalonada con la diferencia, y ahí yo creo que funcionaba la fantasía que tenía la ilustración. Es verdad que existen cuerpos políticos diferenciados por sus sistemas legales y sus lenguas, pero la idea es que la monarquía los obliga a mantenerse así. Había toda una serie de dispositivos que nunca pueden funcionar, y menos en las condiciones del siglo XVIII, pero que tendían a mantener poblaciones que, en teoría, se rigen según sus costumbres, y en la práctica, se da una enorme imposición que viene de arriba.

Cuento una historia divertida, la historia de la urna de oro (que saco del libro de Max Oidtmann). En el Tíbet, para elegir al descendiente del Dalai Lama está la urna que buscan y así van a encontrar al chico que va a reemplazar al próximo Dalai Lama. Esto fue una imposición de Qian-

long, no existía, se le impuso al Tíbet en el siglo XVIII. Después había dos ejércitos ahí, pero no se metían, hacían lo suyo; no obstante, estaba este tipo de imposiciones que venían desde arriba y que alimentaban, a través de los informantes jesuitas o misioneros, todas las fantasías de la ilustración, o del siglo XIX, sobre el despotismo del otro lado.

Y lo de oriente y occidente, yo dudo mucho. No me gusta la idea de partir por la mitad. Después, usar oriente como referencia geográfica, a partir de nuestras categorías geográficas, no es muy grave.

Dhan Zunino Singh: Se habla de conexión Pacífico. Estamos muy acostumbrados a las conexiones transatlánticas, pero no transpacíficas, y es importante para estos análisis.

Pablo Blitstein: Si, muy importante. Ahora, el Pacífico apareció en la geografía de todo el mundo. Siempre estuvo, pero el mundo se da cuenta de que hay cosas que se están decidiendo entre dos potencias del Pacífico y el Atlántico.

Adriana Milano: Pregunto si empezaste a estudiar medioevo chino por algo que te interesaba del XIX? ¿Cómo ves esto en el caso de China, una larga edad media o no, o no hace falta hablar de esto porque no tiene sentido?

Pablo Blitstein: Está bien la pregunta. Se decía que la Edad Media terminó con nuestros abuelos (Le Goff), pero lo que pasa es que las periodizaciones son construidas sobre ciertas experiencias históricas. Yo hablo del chino medieval aunque en el fondo no tiene mucho sentido. Los japoneses fueron los primeros en decir que había medioevo, porque predominaban las relaciones de interdependencia personal, como las feudales en el medioevo occidental. En China, la modernidad empezó en el siglo XI, por el grado de comercialización, la monetarización de la economía y la evolución de las ciudades. No hay ningún problema en usar periodos, en periodizar,

no niego que hubo cambios rápidos y profundos a partir del siglo XVIII en el mundo, pero las fechas que le vamos a dar a cada cosa que hacemos hoy en día nosotros, son muy distintas según la región del mundo en que estemos. Si vamos a hablar de reclutamiento de funcionarios por exámenes, eso es viejísimo en China, y relativamente nuevo en Europa occidental, algo que se asocia a la modernidad. Así uno empieza a buscar y va a encontrar muchas cosas que tienen muy diferentes dimensiones tem-

porales. Lo que creo es que la periodización no tiene que preceder el trabajo del historiador. Yo lo haría al revés.

Gracias a todos por las preguntas y la discusión.

Gabriel Entin: Muchas gracias.



Maestría en Historia Intelectual
<https://n9.cl/mhiunq>

Historia intelectual y sectores subalternos: cruces y diálogos



Magdalena Candiotti

Es Doctora en Historia (Facultad de Filosofía y Letras-UBA), Magíster en Historia (IDAES-Universidad Nacional de San Martín) y Licenciada en Ciencia Política (UNR). Se desempeña como Investigadora Adjunta del CONICET con sede en el Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani” y es Profesora Adjunta ordinaria de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad Nacional del Litoral. Ha sido *visiting scholar* posdoctoral del Instituto de Estudios Latinoamericanos (ILAS) de la Universidad de Columbia (Nueva York, Estados Unidos, 2010-2011), del Max-Planck-Institut für Europäische Rechtsgeschichte (Frankfurt, Alemania, 2014) y del Afro-Latin-American Research Institute de la Universidad de Harvard con una beca Fulbright-CONICET. Entre otros libros, publicó *Un maldito derecho. Leyes jueces y revolución en la Buenos Aires republicana 1810-1830* (Buenos Aires, Didot Ediciones, 2017) y *Una historia de la emancipación negra. Esclavitud y abolición en la Argentina* (Buenos Aires, Siglo XXI, 2021). Participó de distintos proyectos de historia pública como la producción y participación en la serie de documentales *Negros. Descendientes de africanos en Santa Fe* y la curaduría de la muestra *Huellas de África en Santa Fe* para el Museo Histórico de esa provincia.

Buenas tardes, muchas gracias por la invitación. Voy a tratar de ser expeditiva. Les cuento que en mi proyecto doctoral me dediqué a trabajar sobre el campo de la justicia: cómo se habían transformado los sentidos, las formas de pedir y de practicar justicia durante la colonia y a partir de la revolución de mayo.

Trabajé con leyes, con debates legislativos, con proyectos de reorganización de la justicia, con las transformaciones efectivas del campo de la justicia, con obras eruditas, con cómo se había creado básicamente la Universidad de Buenos Aires y cómo había sido la formación jurídica en relación con la idea de reforzar el legicentrismo (la centralidad del derecho). Trabajé también sobre el perfil de los jueces de la revolución de mayo: ¿quiénes eran esos tipos que eran legos?, ¿qué sabían?, ¿qué podían saber?, ¿qué participación política, o no, habían tenido?, etcétera.

Traté de reconstruir perfiles de letrados que tenían distintas propuestas para la justicia, quienes en función de sus recorridos la veían de distintas maneras. Indagué con qué tradiciones dialogaban, etcétera. Terminé leyendo tratados, por supuesto el *Corpus iuri* de Justiniano. Trabajé con un montón de expedientes judiciales. Quería ver qué reclamaban los usuarios de la justicia, si las leyes circulaban o no, cuáles eran los valores, cuál el impacto que la revolución había tenido en términos de argumentos, incluso para pleitear.

Y resulta que me encontré con una evidencia que no estaba preparada para pensar: reclamos y demandas de esclavos. Había estudiado Ciencia Política, y en ese recorrido jamás habíamos pensado la esclavitud en Argentina, sabía de su presencia solo en la forma anecdótica habitual en nuestra formación. Entonces fui apartando todas esas causas sobre esclavizados y las trabajé después en mi post doctorado, en el marco de un cruce entre la historia intelectual y la historia social de la diáspora africana.

Un montón de materiales que trabajé en el doctorado me

resultaron reveladores para entender el proceso de abolición de la esclavitud “desde arriba”, en las letras de aquellos intelectuales, aquellos letrados que escribían y proyectaban sus sociedades. Leí prácticamente todos los periódicos de la primera mitad del XIX, por lo menos los centrados en Buenos Aires, pero ese tema no aparecía como algo central o cotidiano.

En el proyecto de posdoctorado me propuse entonces analizar los usos de la justicia por parte de pardos y morenos esclavizados y libres, quienes recurrían a la justicia y comprender qué pedían. Luego, como proyecto grande de ingreso a carrera me propuse entender el proceso de abolición entre 1810 y 1853 (cuando la Constitución Nacional declara ilegal la esclavitud) y 1860 (cuando se incorpora Buenos Aires).

Paralelamente, tuve la suerte de que a mi pareja lo hayan invitado a ser profesor visitante en Nueva York. Entonces viajé, postulé como visitante scholar en la universidad de Columbia y aproveché a tomar tres cursos doctorales allí que me hicieron decir “acá hay un mundo para leer, una tradición de estrategias para pensar y analizar”.

Como les decía, empecé por arriba, por la abolición y el problema de la esclavitud pensado desde las élites, los letrados, y cuando estaba leyendo el Registro Oficial de Leyes (es el ABC) encuentro algo que se llama *Reglamento para ejercicio y educación de libertos*, y que data de un mes después de la Ley de Vientre Libre de febrero de 1813. Ahí pude empezar a entender cuan gradual fue el proceso de abolición. Por ello y porque el fin del tráfico, por ejemplo, dispuso el cese del tráfico trasatlántico, pero no del comercio interno.

La nueva Ley, decía, defendía a unas personas que antes eran pensadas como “cosas”, y por tanto esa Ley afectaba el derecho de propiedad y también regulaba la vida de unas personas que se imaginaba incapaces. Entonces, el Reglamento de Libertos se enraizaba a la idea de vigilar

esas libertades infantiles, porque no se contemplaban las libertades de adultos sino las de los niños. A los niños que ya nacían libres, se les llamaba “libertos”, un estatuto específico del Derecho Romano (personas manumitidas libres).

Esa categoría tenía un montón de consecuencias para sus vidas, algo que reconstruyo en mi libro en base a una multiplicidad de juicios por el cuidado, el control, el trabajo, el rol de las mujeres. Todo eso me interesó recorrer y para hacerlo fue clave la luz que ofrecían las causas judiciales. El problema es que están muy mal catalogadas. Hay demandas por cobro de pesos, por deuda de un terreno, por alimento, cualquier cantidad de reclamos de africanos y afrodescendientes tratando de garantizar que el amo no esclavice a sus niños porque han nacido después del 31 de enero de 1813 y ya no esclavos según la ley, que no se los hagan trabajar gratuitamente después de la edad de emancipación, etc. La mayor parte de las personas no tenían clara su fecha de nacimiento, por lo tanto no sabían si eran libertos o no.

Toda esa información me llevó a plantear la reconstrucción del abolicionismo rioplatense. Me encontré con un convencimiento generalizado en la época de que la esclavitud era una institución nociva e insostenible, pero a la vez considerada resuelta con un par de leyes. Me encontré con los silencios, con la falta de debates, como si el fenómeno ya no estuviera sucediendo en la cotidianeidad.

Mi primer contacto, entonces, había sido con fuentes judiciales, pero después me fui a trabajar con registros parroquiales sobre casamientos y bautismos, con registros notariales de escribanos sobre compraventas, cartas de libertad y testamentos. El volumen de trámites que tenían que ver con africanos era realmente grande y muy fuerte. Entonces, empecé a problematizar un poco la cuestión de los silencios, a poner en cuestión la “nación liberal” y abolicionista que, en realidad, no era tal.

PREGUNTAS DEL AUDITORIO

Encontré muchos discursos de exaltación del antibolicio- nismo local, pero casi nada sobre la condición y sujeción de los “libertos”. Hallé un par de tesis que citaban libros de personalidades abolicionistas, pero no encontré a esos autores en las bibliotecas ni en las librerías, tampoco citados en la prensa; evidentemente, permanecen en el espacio privado. También analicé un librito del Deán Funes donde comenta que en 1517 Bartolomé de las Casas se sintió muy apenado por los indios que iban a trabajar a las minas y propuso el tráfico esclavista. Esa afirmación fue el inicio de un intercambio con el Abbé Gregoire en Francia y una intervención de Funes en el debate antiesclavista global. En fin, fuera de eso no hay reflexiones rio- platenses muy elaboradas sobre la esclavitud, sí muchas exaltaciones del consenso antiesclavista.

Fue fascinante encontrarme en la Biblioteca Nacional con un manual de piedad, religioso, de Grégoire, el cura que dialogaba con Funes y que contiene un discurso súper claro sobre la pedagogía de la resignación dirigida a pardos y morenos. Allí se sostiene que el África fue pionera del catolicismo, llena de sacerdotes y santos negros; no es presentada como un lugar de barbarie, hambre y guerras. Se dirige a los hijos de África en las Américas (en Haití, en Buenos Aires): sirvientes mártires trabajando por la resignación y, en definitiva, la salvación en el reino de los cielos por la gracia divina. Ese manual es interesante como instrumento de interpelación de los negros en el Río de la Plata y de llamamiento a la devoción y resignación por sobre la articulación política que el rosismo estaba llevando adelante.

En definitiva, encuentro que en el proceso de abolicio- nismo están las leyes, están los periódicos y la justicia. Ahora, debo decir que no hay una sistemática defensa de los amos ni un sistemático desamparo de las demandas. No, hay las dos cosas, no hay algo unánime, aunque hay defensores de pobres, comprometidos con causas que vulneran derechos de personas que reclaman justicia.

Encontré una estrategia de minimización, una negación de la centralidad de estos problemas. Por eso, finalmen- te, en mi libro¹ reconstruyo lo que pasaba desde abajo, cómo fue el abolicionismo desde abajo, cómo se desin- tegró la esclavitud a partir de leyes efectivas regidas por el Principio de Suelo Libre (toda persona que pise el Río de la Plata será libre inmediatamente), pero cómo esas personas tuvieron que luchar judicialmente para ejercer sus derechos.

Trabajé, como les decía, con distintos tipos de fuentes. Empecé por la justicia y seguí con un mundo de testimo- nios de promesas y negociación que revelan los archivos notariales y biografía que se pueden reconstruir con los archivos parroquiales, y todo eso es central para interpe- lar a la historia intelectual en el Río de La Plata e incor- porar a nuestros antepasados más negados. No es fácil, termino con una frase de Natalie Zemon Davis que dice:

[...] es difícil obtener evidencias sobre esclavos indi- viduales, sobre cómo pensaban, sentían y tomaban decisiones cuando tuvieron la oportunidad [de la libertad]. Entonces especulas, y dejas claro que es- tás especulando, pero incluso si no logras resolver el problema es importante intentarlo, recurrir a la especulación es mejor que directamente no hacer la pregunta.²

Dhan Zunino Singh: Muchísimas gracias, Magdalena. Ahora comienzan las preguntas.

¹ M. Candiotti, *Una historia de la emancipación negra. Esclavi- tud y abolición en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2021.

² N. Zemon Davis, “Las formas de la Historia Social”, en *Historia Social* nro. 10, 1991, pp. 177-184.

Gabriel Entin: Fascinante la exposición. Voy a tratar de sintetizar tres o cuatro comentarios y preguntas para que puedas ir respondiendo. ¿Qué entendés por secto- res subalternos? O sea, ¿por qué los que llamamos sec- tores subalternos son subalternos? Y, ¿cómo consideras los grupos sociales? ¿Consideras a los negros esclavos un grupo social? ¿Y a los libertos? ¿Hay ahí identidades sociales o categorías historiográficas que guían miradas? ¿Cómo entendés en tu trabajo —para decirlo de algún modo— el problema de las categorías? Y en esto tiene que ver el tema de “la raza”, los “racializados”. Y en rela- ción con esto, ¿cómo hacer una historia intelectual de la raza?

Y lo último: la cuestión del espacio. Hablás del Río de La Plata, ¿qué es para vos el Río de la Plata, el virreinato, la Banda Oriental, el Paraguay, Buenos Aires? Bueno, te lo dejo planteado así, tomalo por donde quieras.

Magdalena Candiotti: Bien, sobre los subalternos. No me caso con ningún paradigma, para ganar inteligibilidad y romper las fronteras. Hago historia social, hago historia política y cultural. Es algo *sui generis* que estoy armando y que es lo que me funciona para entender, quizás sea una hereje en cada uno de esos campos. Entonces, “sub- alterno” se puede definir de diferentes maneras: los que carecen de poder según los contextos (mujeres, pobres, locos), los de arriba y los de abajo (la manera inglesa).

Ahora, ¿cómo pensar esas identidades o cómo identi- ficar a aquellas personas? Hay una diferencia grande entre los vocablos históricos nativos que usan los actores y los diferentes orígenes africanos (del Congo, Mozambique o Angola). Todo eso está súper presente y lo recupero. Analíticamente, uso “africanos” y “afrodescendientes”, “pardos” y “morenos”. Y algo central que abordo es la historia de esos sectores populares como importantes y centrales, pero sin estar divididos por el color, como que no era un factor, al parecer.

Eso de recortar las identidades me parece central para pensar e indagar sistemáticamente porque tenemos una tradición muy fuerte de analizar los sectores populares, como sectores populares, sin pensar una distinción para combatir la ceguera cromática de un país donde no im- porta la raza. Para mí es importante pensar esas expe- riencias de racialización y segregación (anotar a un hijo y que le ponen “León, hijo de Magdalena, esclava de...”, o “parda libre”), categorías impuestas por funcionarios es- tatales. En Buenos Aires, hasta los años de 1870, se cam- bia eufemísticamente el registro de “gente de color” por “gente de servicio”. Hay que pensar en el impacto de esas experiencias, cómo las personas se imaginan a sí mismas, qué rol tienen esas identidades racializadas en la partici- pación popular.

Por supuesto, podemos usar categorías nativas, y algo que vale la pena hacer es perder el miedo a mencionar al “negro”, sacarle el tabú al vocablo. Yo celebro que es- temos todos pensando hoy sobre prácticas de racializa- ción, sobre raza y racismo, pero también creo que hay una tentación muy fácil de decir “en todos lados pasa lo mismo, el racismo funciona de la misma manera, es lo mismo”; bueno, no, tenemos que pensar en una historia de construcción de identidades racializadas. Evidente- mente, debemos dejar de contar la historia a partir de un punto de vista donde los negros o las personas racializa- das y los indígenas son “otros”. En realidad, son los secto- res mayormente populares, los pocos son los blanquitos.

En los primeros trabajos usaba raza entre comillas, por- que no existen las razas; pero después dije “la raza es un campo de indagación de diferentes historias y atribución de significados donde el color no es lo único”.

Adriana Milano: Hola, ¿qué tal Magdalena? Hablabas de reconstruir puntos de vistas, de armar fragmentos de vida, de que habías trabajado con los expedientes judi- ciales y los pleitos. Pregunto: ¿demandaban ellos mismos o había intermediación, por ejemplo del amo?

Magdalena Candiotti: Muy buena pregunta. Siempre los escritos están en primera persona, pero es raro que supieran leer y escribir. En general, creo que hay que pensar que son testimonios mediados. Pero donde aparecen las voces más directamente es en los interrogatorios, cuando hay testigos, incluso está buenísimo para conocer la manera de hablar y las creencias. Por esto les decía que encontré fascinante el hecho de trabajar con los registros notariales, porque es como una puertita al espacio doméstico, en muchas ocasiones, en otras no.

Yo creo que hay que considerar el material como testimonios mediados. Hay defensores que dicen “pasó esto y aquello”, otros dicen “el esclavo tal dice que pasó esto y aquello, fíjense si es así o cómo hay que proceder”, están los que siguen y tratan de defender efectivamente e impulsar las causas y los que no, otros las abandonan y dicen que no hay apelación, encontré uno que decía “este defensor que quiere defender a ultranza, está confundido, no puede ser que siempre tengan razón los esclavos”. Sí, hay diferencias. Después de los 30 va a haber un defensor de esclavos, que para mí proviene de políticas rosistas, pero no tiene que ver tanto con lo testimonial, y sí con estrategias que van a llevar adelante, por ejemplo, madres de libertos que los llevaban sus hijos a la casa de Rosas buscando protección. Independientemente de la Justicia, Rosas disponía de ellos, y se abandonaba la causa judicial.

Otros testimonios posibles son más azarosos. Un coleccionista privado tiene una carta, de una mujer esclava escribiéndole al hijo, diciéndole “gracias por la ayuda que me das para emanciparme, ya hablé con mi ama y dice que me otorga la libertad por 200 pesos, gracias hijo querido por ayudarme”. Es difícil que eso lo haya escrito ella y que sea un testimonio de su puño y letra. Pero a partir de ahí, tiré del hilo y reconstruí su historia y encontré que logró manumitirse, con la ayuda de su hijo a través de Urquiza que la compró para liberarla.

Magdalena Fernández: En realidad mi pregunta era casi igual a la pregunta de Adriana. O sea, sobre las fuentes: ¿cómo eran esas fuentes con las que habías trabajado, y si todas eran producto de los actores externos a esos protagonistas? Más allá de si está hecho de puño y letra, llegar al testimonio es lo más cercano a que hablen ellos.

Magdalena Candiotti: También hay peticiones civiles y militares con descripciones de lo que pasó en primera persona. Pude reconstruir la petición de una esclava, Francisca Sebastiana de Araujo, que dice “yo vivía en Montevideo, me compró Don Antonio Porovio, me fui con él a Santa Fe, me dio la carta de libertad y nos fuimos al Alto Perú, y en la batalla de Sipe Sipe perdí la carta de libertad”. Lo cuenta todo en primera persona, yo fui ratificando su testimonio, su voz. Dice: “yo serví en el ejército en un todo, y lo servía a Porovio como su esposa, a su amo”. Hay algunos testimonios menos mediados.

Dhan Zunino Singh: La mediación de la escritura, para la historia intelectual es algo primordial. Es muy interesante cómo vos te detenés en eso para conocer cómo varía el discurso.

Magdalena Candiotti: En el caso de EEUU, se hizo una encuesta, que está en la Biblioteca del Congreso, a cientos de antiguos esclavizados para que cuenten cómo eran sus vidas en los distintos lugares del país. En Cuba, hay una autobiografía de un cimarrón, que en realidad es un testimonio mediado, pero que tiene algo de historia oral. Todos los fragmentos van ayudando a tejer el puzle, es mejor hacerlo como sea a no hacerlo.

Gabriel Entin: Si. Volviendo al Río de la Plata, nombraste la cuestión de la propiedad y la incapacidad de los negros para ejercer la libertad. ¿Cómo ves tu tema referido a la construcción de la república de ciudadanos iguales? Los revolucionarios, o los líderes de la independencia, tenían esclavos también y argumentaban como para evitar su libertad (caso Juan Martín de Pueyrredón, que alega-

ba en contra de los esclavos).

Magdalena Candiotti: El instituto Ravignani está realizando una historia de igualdad que, en realidad, es una historia de la desigualdad. La novedad es la idea de la igualdad, lo que es loco es pensar que somos iguales, lo más fácil de ver es que somos todos desiguales, que somos distintos. Yo trato de rastrear cómo se monta esa irrelevancia política de las diferencias raciales. Hay reglas de exclusión del sufragio en la primera década revolucionaria para excluir africanos e hijos de africanos. Sucedió mucho en Tucumán, en Córdoba, reglas que prohibían el acceso al voto. Se pensaba en la incapacidad, en que tenían que prepararse para ser libres. Agustina, una chica que trabaja conmigo, trabajó sobre la experiencia en escuelas para niños de color en Buenos Aires ¿En Buenos Aires escuelas segregadas!? Sí, había escuelas segregadas hasta los 70. Alejandro Frigerio ha trabajado en la revista *Caras y Caretas* con la construcción de estereotipos en los manuales escolares: los negros son sirvientes, ladrones, ridiculizados, animalizados, etc. Este país que se dice tempranamente igualitario y liberal, en realidad no es tal. Necesitamos revisarlo y revisar la construcción de las identidades políticas y las identidades personales ligadas a la historia.

Gabriel Entin: Tenemos que ir cerrando, pero podrás sugerirnos tres referencias para pensar esto desde la historia intelectual.

Magdalena Candiotti: Hay un artículo de Saidiya Hartman traducido al español titulado *Venus en dos actos* (se encuentra en la web). Tiene un libro también que se llama *Lose your mother* (Perder a tu madre), es un viaje por la ruta del esclavo. Otro de ella es *Escenas de sujeción* en el marco de una corriente llamada Afropesimismo, que enfatiza la violencia y la desposesión. Otro libro es el de Natalie Zemon Davis que mencioné. Y están los de Marcus Rediker, con historias desde abajo (*El barco esclavista* y *La hidra de la revolución*).

Leonor Ortuño: Buenas tardes. Gracias por tu exposición, Magdalena. ¿Cuáles fueron los desafíos que se te presentaron en los abordajes? ¿Cómo articulaste la construcción del problema de investigación, el trabajo con las fuentes judiciales y la construcción de los perfiles intelectuales?

Magdalena Candiotti: Yo cada vez leo menos teoría y más práctica. No quería un análisis del texto desenraizado de las condiciones de producción, en por qué se eligió traducir, en cómo pudo haber circulado y qué problema pudo haber abordado, si realmente preocupaban las prácticas religiosas africanas potencialmente heterodoxas, o si preocupaba la cuestión del concubinato. Traté de buscar, en la medida en que era posible, dar cuenta de ese universo en el que se escribía y en el que se inscribía. Entonces, conté la historia o el debate en el que estaba metido el autor, sin quedarme en el autor, sino también pensar en los traductores, pensar cuáles eran sus objetivos explícitos y posibles en relación con el contexto en que estaban produciendo.

En lo judicial, escribí a mis amigos del campo para que me ayuden a entender y pensar, porque yo pensaba en los grandes textos políticos, las obras eruditas de los letrados en términos jurídicos, que pueden verse en los expedientes judiciales y, sobre todo, las estrategias de ellos, los defensores de pobres. Por ejemplo, encuentro a un defensor de pobres que discute la noción de “libertos” porque trata de que no se lleven a un liberto a Montevideo, porque allá no hay ley de vientre libre; es una documentación sofisticada y, rastreándolo a él, fue alumno de la Universidad de Buenos Aires, fue alumno de uno de los juristas que discutía esa figura. Entonces, ahí hay una conexión clara entre esas ideas y ese campo erudito, y el impacto en la práctica política. El tipo dice “esto contradice la ley tal”, entonces también hay un diálogo con la producción de leyes que se está dando en ese momento. Eso también lo rastreo en el contexto de la convención

constituyente, cuando se va a decidir abolir la esclavitud. Una de las preguntas que me hago es ¿de dónde viene eso?, porque Juan Bautista Alberdi no lo proponía en las Bases, en las *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina* escritas por él no está. Si bien habla de la igualdad en general, no dice “vamos a abolir la esclavitud”. Ahí trato de entender qué leían y qué discutían para decir, en 1853, que en la Argentina no había esclavos y que todo aquel que participe en ese comercio será juzgado.

Dhan Zunino Singh: Agradecerte un montón esta hermosa charla. La verdad, súper interesante y, como dijo Gabriel, estas cosas de historia específica nos hace repensar toda la narrativa de la historia argentina. Es interesante también repensar cómo hemos escrito y hemos pensado el pasado y el presente.

Magdalena Candiotti: Gracias a ustedes.



Maestría en Historia Intelectual
<https://n9.cl/mhiunq>



6. Historia cultural e historia intelectual

La obra de Roger Chartier es no solamente una referencia ineludible en el campo de la historia del libro y la lectura, sino, de modo más general, una invitación a adentrarse en un abanico de problemas de historia cultural. Uno de esos problemas es el de su relación con los estudios sobre intelectuales. En el siguiente diálogo, que ofició de apertura del año lectivo 2021

de la maestría, Jorge Myers conversa con el gran historiador francés acerca de su trayectoria, y lo que ella permite pensar en relación a los puntos de convergencia entre ambas perspectivas, la de la historia cultural y la historia intelectual. El diálogo fue presentado y coordinado por Flavia Fiorucci.

Roger Chartier y la historia intelectual. Un diálogo con Jorge Myers



Roger Chartier

El historiador nació en Lyon en 1945 y se formó en la École normale supérieure de Saint-Cloud. Integra una generación que logró sortear los típicos ritos universitarios del antiguo sistema académico francés, entre ellos, eludir la tradicional *thèse d'État*. Tras un breve paso por la Université de Paris I, en 1984 ingresó a la École des hautes études en sciences sociales donde dictó su habitual seminario de los jueves hasta su incorporación al Collège de France en el año 2006. Formó parte de la cuarta generación de *Annales* sin dejar de tomar una elocuente distancia crítica de ella y, desde sus primeros trabajos, dio impulso a una historia cultural que se convirtió en el principal territorio de todas sus investigaciones. A partir de allí, Chartier operó una profunda renovación de la historia de la cultura popular, la edición, el libro y la lectura, la historia de la vida privada, el mundo de la literatura y la traducción junto con una reinterpretación muy perdurable de los orígenes culturales de la Revolución francesa. Entre sus principales obras, cabe destacar *Lectures et lecteurs dans la France de l'Ancien Régime* (1987), *Au bord de la falaise. L'histoire entre certitude et inquiétude* (1998) y *Cardenio entre Cervantès et Shakespeare* (2011), entre muchas otras.

Presentación

Flavia Fiorucci: Hola a todos y todas. Agradezco mucho la presencia de ustedes en este conversatorio por zoom que, como ustedes saben, abre el ciclo 2021 de la Maestría en Historia Intelectual de la Universidad Nacional de Quilmes que comenzó a dictarse el año pasado –en formato virtual por obvias razones–, y que continuará este año con el mismo formato.

Abrimos este ciclo con dos presencias que nos honran y nos entusiasman: la de los profesores Roger Chartier y Jorge Myers (profesor de esta casa e integrante del Centro de Historia Intelectual, especialista en Historia intelectual latinoamericana y animador importante de esta Maestría).

Roger Chartier es profesor emérito en el Collège de France y la École des Hautes Études en Sciences Sociales y Annenberg Visiting Professor in History en la Universidad de Pensilvania. Su obra es extensa y constituye una referencia insoslayable para quienes hacemos historia y sobre todo historia cultural. Un número importante de sus libros y ensayos ha sido publicado en español. Por suerte tenemos acceso a ellos. Por mencionar algunos: *El mundo como representación: estudios sobre historia cultural*, publicado por Gedisa en 1992; *Libros, lectura y lectores en la edad moderna*, publicado por Alianza en 1993, *Cultura escrita y textos en red*, escrito junto a Carlos Solaris y publicado por Gedisa en 2019; y *Lectura y Pandemia, conversaciones*, de próxima aparición, un libro publicado por la editorial Katz.

El profesor Chartier necesita pocas presentaciones, hemos acordado con él una presentación breve porque nos queríamos dar el lujo de escucharlo.

Intercambio entre Jorge Myers y Roger Chartier

Jorge Myers: Me sumo al agradecimiento, es realmente un honor contar con su presencia aquí. La obra de Roger es realmente importante para la renovación de la historia intelectual y de la historia cultural. No solo ha iluminado

sus propios temas de trabajo, que han tenido que ver con la historia de la lectura, la historia del libro y la historia cultural de lo social; sino que, a partir de la noción de historia cultural de lo social, ha producido una renovación de fundamental importancia que permitió a toda la tradición de historia intelectual de Francia heredada de los Anales, abrirse a temáticas y perspectivas nuevas y mucho más fructíferas que las que prometía la historia serial practicada en los años de 1950 y 1960, o las visiones estructuralistas dominantes en los 70.

Para comenzar, una pregunta breve que nos gustaría que nos comentara: ¿cómo entiende él la historia intelectual? No solo la de hoy, sino también la de la tradición más amplia sobre la base de textos como *Histoire intellectuelle et Histoire des mentalités* que aparece en su libro *Al borde del precipicio* o *Al borde del acantilado* (*Au bord de la falaise* en el original, imagen fuerte que describe la tarea del historiador). Dejo la palabra a nuestro invitado de lujo.

Roger Chartier: Antes de responder quisiera agradecer la invitación y también la presentación. Debo decir que es un gran placer para mí encontrarme en Quilmes a pesar de ser a través de nuestras pantallas, porque me hace acordar de una visita mucho tiempo atrás para el primer congreso de historia intelectual organizado en Quilmes. Quisiera también recordar las conversaciones que he tenido con Oscar Terán, cuya obra admiro. Y finalmente aprovechar este momento para saludar el magnífico trabajo de la revista *Prismas*.

Cuando se habla de historia intelectual en el marco de la historiografía francesa, debemos pensar en tres herencias. La primera herencia es la *epistemología histórica* tal como fue concebida por Bachelard y Canguilhem, o sea una tradición que distingue el conocimiento que es ciencia del que no es ciencia (pseudo-ciencias o ideologías científicas), que enfatiza la verdad de la ciencia como conocimiento racional, comprobado y verificado, y al mismo tiempo adopta una perspectiva histórica en cuanto

a los instrumentos, conceptos y teorías que operan en el trabajo científico.

La segunda herencia es la *historia de las ideas*. En su manera francesa era una dimensión fuerte de la historia de la literatura porque había una serie de libros sobre la noción de felicidad (por ejemplo, Robert Mauzi) o las nociones de naturaleza (Jean Ehrard) o energía (Michel Delon). En fin, se trataba de una aproximación de la literatura a partir de su núcleo intelectual fundamental.

La tercera herencia se ubica en la *perspectiva de los Annales* y de la *historia de las mentalidades*. Decir esto puede parecer un poco paradójica, porque todos conocemos los textos de Lucien Febvre que denunciaba con gran vehemencia los anacronismos de la historia de las ideas considerada como desencarnada y fuera del tiempo. Al mismo tiempo, en la tradición de los *Annales*, Febvre no utilizaba la expresión “historia de las mentalidades”, hablaba de herramienta mental, y él mismo practicaba una historia intelectual. Lutero, Rabelais, Marguerite de Navarra, todos son los autores cuyas biografías intelectuales escribió Febvre. En cada libro, el énfasis será sobre las categorías del pensamiento y sus límites, las herramientas de la construcción de los conceptos o de las concepciones. En la herencia de la historia de las mentalidades, podemos ver cuándo se ha transformado en una psicología colectiva, por ejemplo. En la obra menos conocida de Alphonse Dupont, las ideas eran una parte del horizonte de la historia de la psicología colectiva, porque las ideas se deben pensar a través de su encarnación, como también de la pluralidad de sus significados. Se puede ver cómo nació dentro de esa perspectiva una historia social de las ideas, que daba una gran importancia a la semántica histórica.

Estas tres herencias de la historiografía francesa todavía están vivas, pero se han reformulado totalmente con varias aportaciones desde fuera. En ese sentido, hay tres elementos que han definido un nuevo paisaje intelectual.

En primer lugar, *la historia intelectual de lo popular*. Una manera de leer a los italianos Guinzburg y Poni es hacer hincapié en la prosopografía del “basso”. Es decir, considerar como en los textos más nobles de la historia intelectual, las ideas, los conceptos, las categorías del pensamiento popular. Se puede hacer así una historia intelectual de la cultura popular o de las figuras de los pensadores dentro de la cultura popular – por ejemplo, el molinero Menocchio.

Segunda aportación: la *historia de los conceptos*, porque reforzaba lo que decía de la semántica histórica. La construcción de Koselleck; asociando las temporalidades tanto de la escritura de la historia, como de la experiencia fenomenológica de los individuos ha tenido una gran importancia. No se podría pensar en el trabajo de François Hartog sobre los regímenes de la historicidad sin la referencia a Koselleck.

Por fin, la nueva *historia de las ciencias*, la de Simón Scheffer, Steven Sapino, Mario Biagioli o Lorraine Daston. Propone una radical historicidad, no solamente de los conceptos, sino también de los instrumentos y de los aparatos de la ciencia. Al mismo tiempo, esa radical historicidad que justificaba, por ejemplo, el uso del género de los estudios de controversias, se vincula con la relación cognitiva e instrumental del saber con la realidad de la naturaleza.

Creo entonces que hoy en día, en la historia intelectual en Francia, existe un encuentro provechoso entre las tres tradiciones francesas fundamentales (la epistemología histórica, la historia de las ideas y la perspectiva de los Annales) y estas aportaciones que mencioné (aunque seguramente haya más): la historia intelectual de lo popular, la historia de los conceptos y la historia de las ciencias.

Jorge Myers: Lo que observo en lo que acabas de decir es que es central el tema de la materialidad para la renovación de la historia cultural e intelectual, salvo en

el caso de la *Begriffsgeschichte*, que se dedica a estudiar específicamente el plano de las ideas y los conceptos. Entonces, antes de pasar a otras preguntas me gustaría una reflexión sobre eso.

Roger Chartier: Como decías, la historia de las ciencias se ha transformado con la atención a los aparatos, desde la bomba de vacío hasta el ciclotrón. Lo que se define como materialidad en nuestra perspectiva es la atención a las modalidades de inscripción de los textos en sus soportes, y la forma de presentación de los textos sobre ese soporte. Quiero decir: el formato, el carácter tipográfico, la puntuación, la presencia de las ilustraciones, la encuadernación, etc. Esa atención me parece necesaria y tal vez no fue tomado suficientemente en consideración por la historia intelectual, aún cuando se hace hincapié en la movilidad y la historicidad de las obras.

Lo que estoy diciendo de la materialidad se remite a tres inspiraciones, ninguna francesa: la visión de la cultura escrita en su totalidad con las homologías que pueden existir entre géneros diferentes o entre manuscritos e impresos (Armando Petrucci), la bibliografía transformada en una sociología de los textos que hace hincapié en la publicación, en la construcción del sentido por parte de los lectores, en la sincronía y la diacronía (D. F. McKenzie), y la inspiración filológica de la ecdótica, la ciencia de la edición (Francisco Rico).

A menudo la historia intelectual, la teoría política, la filosofía consideran las obras como idénticas a sí mismas, sin dar importancia a sus formas sucesivas de publicación. Sin embargo, se habla por ejemplo de la *Fenomenología del espíritu* de Hegel, cada uno la ha leído en una lengua diferente, en una forma de publicación particular, en una modalidad propia de inscripción del texto sobre la página. Es la razón por la cual me parece que, por un lado, se debe hacer hincapié en todos los dispositivos que han desmaterializado las obras (puede ser el copyright, la crítica kantiana, la referencia neoplatónica) y, por otro

lado, se debe reconstruir las condiciones, los contextos, la materialidad del texto que han dado sentidos plurales, múltiples, cambiantes a las obras. Me parece que es el desafío o tal vez el recurso de nuestro presente.

Jorge Myers: Siguiendo ese hilo de reflexión, yo me pregunto: si contrastamos lo que escribiste sobre la historia de la lectura y la relación texto-libro –el texto como producto de un autor y el libro como producto de muchas manos que, trasladado a la lectura, producen una obra con sentido plural–; ¿esto no implicaría que, desde una historia contextual de las ideas –al estilo de la escuela de Quentin Skinner, donde es tan valioso recuperar la intención original del autor–, haya confrontación de perspectivas –entre la intención original del autor y el sentido que recaban los lectores–? ¿En qué lugar queda el autor? Me da la impresión de que el proyecto lo margina.

Roger Chartier: Me acuerdo de una cita de un bibliotecario americano, Roger Stoddard, que decía que los autores no escriben los libros. Por supuesto, el libro no es un manuscrito que se trasladaría al lector, la mente y la mano del autor. Pero, a menudo la historia intelectual olvida que la cadena de actores transformaron el texto de un autor en páginas de un libro. Existe esta cadena, con modalidades diferentes, en los tiempos del manuscrito medieval, del libro impreso en el “antiguo régimen topográfico”, entre los siglos XV y XVIII, en la edición de los siglos XIX y XX o también en la edición electrónica. En cada momento, la pluralidad de los actores involucrados en el proceso de publicación pone en juego la intención autoral.

Entre la intención del autor y el texto que lee el lector, debe considerarse todas las intervenciones que dan materialidad a la creación intelectual o estética. Semejante perspectiva no es contradictoria con el proyecto de Quentin Skinner, que se ha interesado en las transformaciones de la intención del autor. El autor debe pensar en las condiciones de posibilidad para que su texto sea re-

cibido como lo desea, pero no debemos olvidar que este texto así recibido es un texto encarnado cuyas formas materiales pueden modificar poco o mucho lo que era la intención primordial.

Todo el estudio de la materialidad de los textos, como lo ha mostrado la historia de la ciencia, es una contribución para la comprensión de lo más intelectual de la historia intelectual, y no es una reducción materialista supuestamente ignorante del contenido intelectual de las obras. Esto es aún más verdadero en el caso de la historia de la literatura –yo trabajo más con textos literarios que con textos filosóficos–.

Jorge Myers: En función de la historia de la lectura, la pérdida del sentido estable, me pregunto ¿cuál sería entonces el modo de controlar el riesgo del relativismo? ¿Qué recaudos debe tomar el historiador?

Roger Chartier: Es un desafío fuerte. Entonces, para ir al punto esencial, me parece que no son necesariamente contradictorios el desciframiento de la intención autoral y los sentidos producidos por las diversas comunidades de lectura. La tensión fundamental reside en la relación entre imposiciones y apropiaciones. Por un lado, la fuerza de las argumentaciones, los géneros discursivos, las formas materiales de publicación imponen un sentido, pero, al mismo tiempo, las prácticas de lectura, los horizontes de expectativas, los contextos de recepción fundamentan las interpretaciones. Podemos hablar del entrecruzamiento entre constreñimientos transgredidos y libertades coaccionadas. El sentido implícito, que inspiró la obra, delimita el espacio de las lecturas posibles y, al revés, la pluralidad de las apropiaciones no supone la muerte del autor. Entonces creo que el fantasma del relativismo está al borde del acantilado, al borde de un precipicio, pero que podemos evitar la caída. Entre una significación única y última y la proliferación infinita de las interpretaciones arbitrarias, podemos ubicar la dialéctica entre los límites del posible y la pluralidad de las respuestas.

Jorge Myers: Una pregunta que llega del auditorio: en la historia de la lectura, ¿cómo analizas la relación entre la historia del libro y de la edición, y qué puede aportar esa relación a la renovación de la historia intelectual? Y yo añado otra pregunta relativa a los desfasajes en los tiempos y las diferencias en las modalidades de alfabetización: ¿podrían haber contribuido a prácticas de lectura experimentadas de forma distinta por los protagonistas en un continente y en otro —pensando que coexiste en un mismo espacio temporal una Europa muy alfabetizada al mismo tiempo que una América Latina donde hay élites muy alfabetizadas, pero una masa de población que hasta mediados del siglo XX, por lo menos, permanecía en situación de analfabetismo casi total—?

Roger Chartier: Hacer una historia de la lectura, es diferente para un historiador y para un sociólogo o un antropólogo, que usan instrumentos de investigación como la entrevista, el cuestionario o la observación directa —por ejemplo, en una biblioteca o en una librería—; para el historiador eso es totalmente imposible. Y en eso se pueden hacer vinculaciones con el tema de los continentes. ¿Qué son las fuentes de la historia de la lectura? Una primera fuente es lo que algunos lectores han escrito a propósito de sus lecturas. Puede ser una cosa fundamental en la tradición de la historia intelectual, porque la intertextualidad está basada sobre esta idea que se dice algo explícitamente sobre las lecturas cuando se incorporan en una obra citas de las obras que fueron leídas. Pero más ampliamente, puede ser a través del estudio de las cartas, de los diarios íntimos, de las memorias que se encuentra lo que fue escrito por alguien a propósito de sus lecturas. Parece una relación muy directa, pero al mismo tiempo hay una trampa, porque si la gente escribe a propósito de sus lecturas es por alguna razón. Puede ser una relación del individuo con sí mismo, pero también puede ser una forma de presentación y representación de sí mismo a partir del discurso sobre las lecturas. Es una fuente preciosa, pero merece, como todas las fuentes, una aproximación cuidadosa.

Una segunda serie de fuentes sería lo que los lectores han escrito en los libros que han leído, y de ahí una ampliación del tema de las anotaciones marginales que es un gran tema de la historia intelectual para los autores cuyas bibliotecas fueron conservadas. Es el caso, por ejemplo, de las anotaciones marginales de Voltaire en todos sus libros que estaban en Rusia. Pero también se puede ampliar culturalmente, socialmente esta búsqueda de las huellas de lecturas que son las menciones manuscritas en los libros. Se puede reconstruir así las categorías y prácticas intelectuales de la lectura. Una transformación profunda de los estudios sobre el Renacimiento ocurrió cuando se ha considerado que la técnica de los lugares comunes era una técnica intelectual fundamental de los humanistas. El lector docto era un lector que confrontaba, comparaba y cotejaba los textos, que los leía para extraer de ellos citas y ejemplos. La técnica exigía también diferentes prácticas de la escritura, desde las anotaciones en los libros mismos, en el correr de la lectura, hasta la copia de los extractos en la arquitectura temática del cuaderno de lugares comunes.

Jorge Myers: Entonces, ¿qué es la operación de Michel de Montaigne?

Roger Chartier: Montaigne fue el príncipe de los humanistas, pero no practicaba la técnica de los lugares comunes. ¿Qué hacía Montaigne? Pasajes enteros —como varias páginas el famoso ensayo sobre los caníbales— son copias literales de libros que él tenía en su biblioteca.

De todas maneras, lo que buscamos es la representación de las prácticas, inclusive cuando se trata de un diario íntimo, pero al mismo tiempo no debemos nunca olvidar que para comprender la representación de la práctica, y tal vez establecer un discurso sobre ella, debemos pensar en la práctica de la representación: ¿por qué?, ¿cómo?, ¿con qué códigos se ha plasmado en un cuadro o en un diario íntimo o en una carta la representación de las prácticas del lector?

A partir de esto, no tengo la competencia para responder a la primera cuestión. Sería otro desafío de la historia intelectual. ¿Qué hacemos con la propuesta de las historias conectadas?, ¿qué hacemos con la propuesta de una historia global que está muy de moda y es muy legítima? Lo que podemos hacer se remite a varias perspectivas: la historia comparada (por ejemplo, entre la imprenta del mundo occidental y la imprenta sin prensa y fundamentalmente sin caracteres móviles en China), o la historia de las culturas escritas impresas en los imperios (con la presencia o no de talleres tipográficos en las colonias o el contraste entre el uso de las lenguas indígenas para la cristianización y la imposición de la lengua de la metrópolis o del latín para la justicia y la administración, o bien la historia de las migraciones de las obras entre territorios, tiempos y lenguas.

Jorge Myers: Una pregunta más de orden teórico-metodológico. En función de tu propia trayectoria y tus prácticas como historiador, ¿cómo explicas la interdisciplinariedad y la combinación de metodologías tomadas de la Historia y también de la Sociología, la Antropología, la Filosofía, la Crítica de Arte, etc.? En tus textos es impresionante el manejo que demuestras de una cantidad de herramientas tomadas de disciplinas diversas, hasta incluso la Filología. ¿Podrías darnos alguna receta, hablarnos un poco de cómo trabajas?

Roger Chartier: Primeramente, trabajo en un tiempo de cierto estallido de las tradiciones metodológicas nacionales (los Annales, la historia marxista, la historia de las ideas). Trabajo a partir de hibridaciones, de encuentros entre propuestas metodológicas. Nosotros no podemos ubicarnos en una sola tradición historiográfica. Tenemos que conservar una mirada abierta sobre los vecinos. La historia de la cultura escrita hoy en día supone la vinculación entre la historia del libro francesa, la “bibliography” inglesa y americana y la historia global de la cultura escrita en la manera italiana.

Después, debemos considerar los azares de la vida. En mi

caso, la presencia de la École des hautes études en sciences sociales, fundada sobre el encuentro y diálogo con otras disciplinas. Allí me interesé por la sociología, conocí a Pierre Bourdieu, trabajé sobre la obra de Elías y llegué a escribir no sé cuántos prólogos a las traducciones de sus obras. Allí conocí la antropología y los antropólogos y etnólogos trabajando sobre la propia cultura francesa.

En otra vuelta de azar fui nombrado director del Centro de Historia de las Ciencias, el Centro Alexandre Koyré de la École y del CNRS. Lo fue porque no había nadie para hacerlo; no soy un historiador de la ciencia, pero era muy interesante volver a la epistemología histórica francesa, que había leído antes, pero había olvidado bastante, y descubrir las “science studies” que ya mencioné en nuestra conversación. Puedo añadir otro azar de la vida que ha reforzado todo lo que estoy haciendo y pensando sobre la materialidad del libro. Desde el año 2001, salvo este año de pandemia, soy “visitan” profesor de la Universidad de Pensilvania, cuya característica es la atención a la materialidad de las obras. Allí tengo un trabajo muy estrecho con la biblioteca, los bibliotecarios, los especialistas de Shakespeare, el seminario que ya tiene treinta años dedicado al “material text”.

Siguiendo en la perspectiva de los azares de la vida, había aprendido el español en la escuela, pero lo había olvidado. Lo aprendí una segunda vez cuando fue invitado para cursos de verano en España. Este conocimiento me permitió medir la importancia de la filología española abierta a la historicidad y la materialidad de las obras (con Francisco Rico, Pedro Cátedra y otros). Más allá, empecé a trabajar sobre las obras mismas del Siglo de Oro (*Don Quijote*, la picaresca, la comedia) que a menudo hacen de las prácticas de lo escrito y de la realidad de la publicación y de la lectura los motivos mismos de la ficción (como lo subrayó Auerbach). Se estableció así un vínculo fuerte entre la creación literaria y la consciencia de sus condiciones histórica y técnica de su posibilidad. Es lo que nos enseñan también las ficciones de Borges o la reflexión crítica de Ricardo Piglia.

PREGUNTAS DEL AUDITORIO

Flavia Fiorucci: Muchísimas gracias. Increíble lo que hemos escuchado. Voy a abrir a las preguntas del auditorio escritas en el chat. El señor Guilherme pregunta si usted piensa posible hacer una historia intelectual desde relatorios de diplomáticos.

Roger Chartier: ¿Una historia intelectual de la diplomacia?

Flavia Fiorucci: No. Desde relatorios de diplomáticos (informes escritos de diplomáticos).

Roger Chartier: Me parece que con el marco metodológico que hemos dibujado, por supuesto con adaptaciones y especificidades, se puede apoderar de cualquier tipo de texto. Evidentemente, cada tipo de discurso tiene sus normas de producción específicas, pero las preguntas o la manera de aproximarse a ellos puede utilizar los mismos recursos analíticos y metodológicos que vinculan el estudio del género discursivo, la atención a las formas de inscripción y circulación y las recepciones de los lectores.

Flavia Fiorucci: Desde YouTube llega una pregunta de Marisa Restiffo: ¿cómo han influido las tecnologías/culturas digitales en la materialidad del libro de la que estuvo hablando y en las prácticas de lectura de los y las jóvenes?

Roger Chartier: Bueno, precisamos varias horas de encuentro para acercarnos a responder esa pregunta esencial. Intentaré ir a lo esencial. Se habla de *desmaterialización* al referirse a la ruptura con el soporte material impreso de la escritura. Hoy en día la pantalla informática es el soporte para recibir o mandar cualquier tipo de texto o imágenes, para leer y para escribir. En este sentido, no se puede olvidar su materialidad propia.

Los libros electrónicos representan una ínfima parte de lo escrito en el mundo digital, dominado por la omnipresencia de las formas breves y fragmentadas del escribir y

por la forma apresurada del leer. Este nuevo modelo de la práctica de la lectura puede alejarnos del libro como género discursivo y, fundamentalmente, puede introducir —lo vemos con tristeza cada día— un desafío para el conocimiento y para la democracia. Para el conocimiento, porque se despreocupa del criterio de validación de los enunciados y genera teorías absurdas. Para la democracia, en el sentido que ya era planteado en la ciudad griega antigua, de las falsificaciones y manipulaciones de las pasiones.

La separación entre la materialidad del objeto libro y el contenido discursivo instaura una nueva relación entre el fragmento y la totalidad. En el mundo digital, esta relación desaparece y está sustituida por la apropiación de los fragmentos como unidades textuales descontextualizadas de la totalidad textual en el cual se encontraban, lo que puede evidentemente conducir a profundos anacronismos o distorsiones en la comprensión de las obras.

Adrián Gorelik: Buenas tardes Roger. La verdad, es un enorme gusto poder escucharlo. Y el diálogo con Jorge ha sido enormemente enriquecedor. Teniendo en cuenta el enorme impacto de su obra, de la transformación historiográfica que produjo, yo diría que tiene dos efectos sobre los cuales me gustaría preguntar. Por un lado, la ampliación del mapa de lo historiado (como la incorporación de la materialidad) que da lugar a una suerte de imperialismo de la dimensión simbólica; entonces, pregunto: ¿cómo ve usted esto?, ¿qué se pierde y qué se gana con esta transformación que ha operado la historia cultural hacia otra historia?

Roger Chartier: Se puede pensar con la omnipresencia de lo simbólico encarnado en varias materialidades o prácticas porque la historia no puede ser sino cultural. En este sentido la palabra antropológica se refiere a la manera a través de la cual los individuos o las sociedades piensan su relación con la naturaleza, con la divinidad, con los otros. Otra definición de la historia cultural pue-

de delimitar un campo particular de objetos entendidos como producciones o prácticas simbólicas sustraídas a lo inmediato de la necesidad, o diferenciadas de otras prácticas como las de la religión, o del derecho, o de la política. Entonces, es entre estas dos definiciones de la cultura que podemos o debemos navegar. No creo que haya una respuesta contundente a eso, me parece que debemos respetar las lógicas que gobiernan la producción o la apropiación de los objetos que llamamos culturales en un sentido más restringido. Debe evitarse, por ejemplo, el hecho de utilizar sin control las nociones de leer y de lectura. Se debe ser cuidadoso con el uso metafórico y no literal de nociones que son centrales de la cultura. Así se puede resistir a la tentación de pensar las prácticas como si fuesen textos o, para citar a Bourdieu, de imponer la lógica de los discursos a los gestos del sentido práctico.

Ana Clarisa Agüero: Un comentario ligado al de Adrián y a la noción de historia cultural. Hay una expansión de la dimensión simbólica que aparece modulando todo; en parte esto provoca grandes ganancias en ciertos trabajos o en ciertas líneas de indagación, pero a la vez creo que el cuadro dominante también muestra una especie de escasa voluntad de volver a proyectos más o menos integrales. En estas dimensiones creo que hay una especie de inversión (máximo de expansión del motivo cultural, mínimo de voluntad integral). Eso es todo, gracias.

Roger Chartier: Depende un poco de lo que llama usted "voluntad integral". Si es en referencia a una historia de la totalidad social —tal como podríamos pensar que en cierto sentido era el proyecto de Elías—, me parece no existe más. Tal vez porque somos enanos sobre las espaldas de gigantes. La idea de lo integral, o de lo global, se ha desplazado de la totalidad social al espacio geográfico. Los proyectos de la historia global (historias comparadas, historias conectadas, historias de los imperios) son una manera de dar una dimensión geográfica y horizontal a proyectos que intentan articular varios elementos de la totalidad social.

Otra respuesta es que, sin la voluntad de reconstrucción integral de un mundo social, un análisis limitado a una práctica, o a una obra, o a una situación, pueden restituir algo de esta totalidad. Por ejemplo, si se piensa en una obra de Shakespeare, sus condiciones de producción, las formas de representación sobre las tablas o en los impresos y en su doble relación con el mundo social, incorporándolo y plasmándolo, estamos frente a una historia que no es más la historia de la literatura, o la bibliografía, o la historia social, es una historia que a partir de un objeto particular intenta comprender las relaciones, vinculaciones, cadenas de posibilidades y efectos que construyen el mundo social. Me parece que es la respuesta que los historiadores intentan proponer, frente a la desaparición efectiva de las construcciones históricas majestuosas tal como las identificamos con los nombres de Elías o Braudel.

Flavia Fiorucci: Bueno, deberíamos ir cerrando, no queremos abusar de su tiempo. Estamos muy agradecidos, ha sido muy esclarecedora y hermosa la conversación.

Roger Chartier: Podemos dar lugar a una pregunta más.

Flavia Fiorucci: Bien, paso una que llegó desde YouTube. Dice: ¿podría decir algo acerca de los límites disciplinares? Es decir: los estudios de la materialidad, los conceptos y la cultura, ¿se pueden entender indistintamente como historia intelectual y cultural?

Roger Chartier: Lo que discutimos es la posibilidad o la necesidad de organizar encuentros, hibridaciones, mestizajes entre elementos pertenecientes a varias disciplinas y de construir nuevos espacios para la investigación a partir de esos encuentros y así crear objetos que no pertenezcan solamente a una disciplina, que puedan existir en proyectos colectivos y que suponen varias aproximaciones. La primera exigencia es la curiosidad, que hace salir de su propia tradición, de su propio camino y estar siempre atento a lo que pueda existir fuera de esta he-

rencia. Se plantea así el problema de las lenguas en la medida en que nadie puede dominar todas las lenguas del mundo. Esto no significa que no se puede estar atento a lo que se escribe, inclusive en lengua que la gente no puede inmediatamente descifrar, y tener una perspectiva abierta y encontrar las mediaciones posibles para superar la dificultad.

Esto lo experimento en las clases que estoy dictando en los Estados Unidos, porque para un estudiante estadounidense, si un texto no existe en inglés, entonces no existe. Y no significa que no conocen otras lenguas... Lo

digo para los estudiantes, para mí mismo y para todos nosotros: debemos conservar la vigilancia para que lo extraño, lo extranjero, lo que está fuera de nuestros hábitos no fuese ignorado.

Jorge Myers: Me sumo a los agradecimientos. Habría tantas más cuestiones que discutir... y sin embargo, ¡hé-las!, *ars longa, vita brevis...*



Maestría en Historia Intelectual
Secretaría de Posgrado
UNIVERSIDAD NACIONAL DE QUILMES